

A close-up photograph of a woman with a warm smile, wearing a vibrant orange turtleneck dress and a gold necklace. She is seated at a vintage typewriter, her right hand resting on the keyboard. The typewriter is a classic model with a green and grey finish, featuring a keyboard with green and yellow keys. A sheet of paper is visible in the carriage. The background is a plain, light color.

LA HERMOSA BURÓCRATA

Helen Phillips

Siruela Nuevos Tiempos

Para ADT, RPT, NPT y PT

UNO

<MY?>TUK<JM>0< JIMKGN

La persona que la entrevistó no tenía rostro. En otras circunstancias —si el mercado laboral no hubiera llevado tanto tiempo en una situación tan deprimente, si el verano no hubiera sido tan triste y bochornoso—, puede que eso le hubiera quitado las ganas de llegar a poner un pie siquiera en aquel despacho. Pero, tal y como estaban las cosas, lo primero que pensó fue: «¡Estupendo, la pinta del entrevistador seguro que desalienta a los otros candidatos!».

Lógicamente, encontró casi de inmediato una explicación a la impresión de que la persona sentada a la mesa carecía de rostro: su piel tenía la misma tonalidad gris que la pared de detrás, los ojos estaban ocultos tras unas gafas con cristales espejados y la luz de los tubos fluorescentes desdibujaba los rasgos que quedaban por encima de un traje gris que podía ser tanto de hombre como de mujer.

A pesar de todo, la impresión no desapareció.

Josephine dejó su currículum en la enorme mesa metálica y se alisó la falda del sencillo pero pulcro traje marrón. El hombre (o tal vez fuese una mujer, no habría sabido decirlo) tenía en la mano un bote de tìpex, con el que le indicó una silla de plástico.

Los labios del entrevistador, reseco y ligeramente torcidos, se separaron y dejaron escapar al peor aliento que Josephine había olido nunca cuando le preguntó si había visto algo extraño de camino a la entrevista.

Lo más extraño que había visto de camino a la entrevista era el edificio en el que estaban. Al salir de la estación de metro y doblar la esquina para llegar

a la dirección indicada, la había sorprendido toparse con una inmensa construcción de cemento sin ventanas que parecía extenderse sin fin en lo que era, por lo demás, un modesto barrio residencial. La fachada de cemento estaba interrumpida a intervalos regulares por robustas puertas metálicas. En un lado había unas enormes y descoloridas «A» y «2» superpuestas de tal forma que era imposible saber cuál de las dos debía leerse primero. Una estrecha franja de césped medio seco separaba el edificio de la acera. Siguiendo las indicaciones, localizó la puerta Z; de hecho, fue la primera que encontró y decidió interpretarlo como un buen augurio. El ascensor era lento. Los pasillos de cemento resonaban con un ruido acelerado que no logró identificar.

—No —mintió Josephine.

—Está casada —preguntó, o afirmó, La Persona con Mal Aliento, como si fuera un corolario de la primera pregunta.

—Sí —dijo y a ella misma le conmovió el tono alegre de su voz; hacía ya cinco años y todavía le parecía una novedad lo de ser su mujer. Unos meses antes, a los pocos días de mudarse a esa ciudad desconocida para ellos, cuando estaba vaciando cajas en el apartamento recién alquilado, había pensado: «¿De verdad la evolución se las ha arreglado para acabar en esto? ¿En esta cuchara, esta taza, este plato, en nosotros, aquí?».

—El nombre de su marido —prosiguió La Persona con Mal Aliento. Qué voz más seca; a Josephine le dolió la garganta por simpatía.

—Joseph —respondió.

—Nombre completo.

—Joseph David Jones.

Reparó entonces en que La Persona con Mal Aliento no le había dicho ni su nombre ni su cargo.

—Trabaja.

—Sí, como administrativo, no muy lejos de aquí. —Decidió no mencionar que había conseguido el trabajo hacía apenas un mes; que así había puesto fin a una larga y agotadora temporada de desempleo; que habían huido del *hinterland*^[1] con la esperanza de encontrar trabajos como esos; que habían huido con la esperanza de encontrar esperanza—, a solo una parada de metro, en realidad —añadió, en vista del silencio que había seguido a su

primera respuesta.

—¿Le molesta que su marido tenga un nombre tan corriente?

No estaba segura de si debía considerarlo parte de la entrevista, un comentario informal, una pregunta retórica o una simple broma. Pero llevaba demasiado tiempo en el paro como para ofenderse por aquello o por cualquier otra cosa que insinuara La Persona con Mal Aliento. A decir verdad, ella misma había pensado a veces que el nombre de Joseph David Jones no hacía honor a su marido, y tampoco a su carácter y su bondad.

—Conservé mi apellido de soltera —puntualizó para eludir la pregunta.

—Newbury, Josephine Anne —dijo La Persona con Mal Aliento, sin mirar su currículum.

Se preparó para escuchar la trillada ocurrencia a propósito de su nombre. Josephine.

—¿Quiere procrear?

Tampoco esta vez supo si el tono era informal o burlón, afable o despectivo; pero, sintiendo latir en su interior el vehemente anhelo de siempre, asintió y cruzó los dedos de las dos manos, tal y como acostumbraba a hacer últimamente cada vez que surgía ese tema tan doloroso.

—¿Cómo tiene la vista?

—Perfecta —respondió, confiando en que no lo comprobasen. No se la había graduado desde hada ocho años y últimamente los objetos lejanos habían empezado a ponerse borrosos y a temblar.

Antes de que Josephine tuviera tiempo de decidir si debía o no preguntarle cómo se llamaba, La Persona con Mal Aliento se puso en pie de repente. Josephine la siguió titubeante fuera del despacho y por el largo pasillo. Una vez más, oyó el ruido; como si hubiera un montón de cucarachas correteando detrás de las puertas cerradas, sumado a unos ocasionales quejidos mecánicos. Mientras andaban, La Persona con Mal Aliento se tomó tres pastillas de menta de un botecito que llevaba en el bolsillo interior. El mal aliento le pareció a Josephine un poco menos desagradable cuando vio que se hacía un esfuerzo por remediarlo.

La Persona con Mal Aliento se detuvo delante de una de las puertas y sacó un gran manojito de llaves. La puerta daba a un habitáculo que era poco más que un cubil rosado, con las paredes envejecidas por agujeros de

chincheta y restos de cinta adhesiva. A Josephine le habrían bastado cinco pasos para tener al alcance de la mano la pared de enfrente. Encima del escritorio metálico, un anticuado ordenador zumbaba bajo la luz mortecina del tubo fluorescente del techo. Al lado del ordenador, había un montón de carpetas grises.

—Abra la primera carpeta —le ordenó La Persona con Mal Aliento, Indicándole con un gesto la silla que había detrás del escritorio.

Ella hizo lo que le pedía y encontró dentro de la carpeta una hoja de papel con un confuso texto mecanografiado:

La Persona con Mal Aliento apoyó una mano blanquecina encima de las hojas.

—A usted solo le interesa la cabecera de la primera página, señora Newbury. No tiene por qué mirar nunca más allá de la línea en la que se indica el nombre y la fecha.

El dolor de cabeza remitió levemente.

La Persona con Mal Aliento clicó en el ratón. La pantalla del ordenador se encendió: una borrosa y atenuada hoja de cálculo detrás de una ventana emergente en la que se pedía la contraseña de acceso.

—H mayúscula, S mayúscula, ocho, nueve, ocho, cero, cinco, dos, cuatro, dos, tres, ocho, uno —le dictó La Persona con Mal Aliento mientras los dedos de Josephine pulsaban las teclas correspondientes.

La ventana de la contraseña mostró un mensaje rojo de error.

—HS898052423S1 —repitió con impaciencia La Persona con Mal Aliento.

Esta vez los dedos fueron precisos y la hoja de cálculo se iluminó ante sus ojos.

—Bienvenida a la Base de Datos —dijo La Persona con Mal Aliento. Josephine pudo oír las mayúsculas—. Tiene acceso solo para realizar su tarea.

Al oír eso, Josephine sonrió —estaba contratada, al parecer, y ya se moría de ganas por contárselo a Joseph—.

—¿Mi tarea? —preguntó, esforzándose por no sonreír tontamente.

—Encuentre la entrada en la Base de Datos mediante la función de búsqueda —le ordenó La Persona con Mal Aliento—. Utilice el número que empieza con HS del impreso.

Ella obedeció, poniendo mucha atención en las teclas que pulsaba. El cursor saltó a la fila correcta. Ahí estaba; IRONS/RENA/MARIE, seguido de una serie de casillas rellenas con una intrincada combinación de letras y números. Solo la casilla de más a la derecha estaba vacía.

—Coteje el número y el nombre de la Base de Datos con el número y el nombre del impreso. El impreso siempre esté bien; puede darse el caso de que la Base de Datos esté desactualizada.

La Persona con Mal Aliento hizo una pausa y Josephine asintió con la

cabeza. Se sentía jovencísima, como una niña en su primer día de colegio.

—A continuación, Introduzca la fecha de la cabecera del impreso en la columna de la derecha de la Base de Datos.

La ponía nerviosa tener a alguien observándola con tanta atención mientras realizaba una tarea tan sencilla y tonta como teclear 09072013^[2].

Pero entonces se dio cuenta de que esa era la fecha del día siguiente. Contrapuso el mérito de encontrar un error con la descortesía de señalarlo y se armó de valor.

—¿No tendría que llevar la fecha de hoy? —preguntó.

—Coloque la carpeta en la bandeja de salida —le ordenó La Persona con Mal Aliento, señalando el archivador metálico que había en el escritorio.

Josephine sintió vergüenza por el visible temblor de su muñeca al poner la carpeta en su sitio. La Persona con Mal Aliento dio un paso atrás y la miró, o eso supuso ella, pues era difícil saberlo con esas gafas espejadas.

—Siguiente carpeta —dijo La Persona con Mal Aliento.

Josephine cogió la siguiente carpeta y la abrió. JEAL/PALOMA/CHACO. Buscó el número HS; cotejó los datos (todo bien); introdujo la fecha del impreso (09062013); puso la carpeta en la bandeja de salida.

—Una ejecución impecable —la elogió La Persona con Mal Aliento.

Josephine sintió un acceso de ternura por su nuevo jefe.

—Tal vez le parezca un trabajo tedioso —dijo La Persona con Mal Aliento—. También es absolutamente confidencial. No debe hablar de esto con nadie. Ni siquiera con él. —Añadió ese «él» de un modo provocativo, casi agresivo.

Josephine asintió. Habría asentido a cualquier cosa.

—Buen cutis y buenos ojos —murmuró La Persona con Mal Aliento, o tal vez Josephine lo entendió mal, pero, como quería causar buena impresión, siguió asintiendo—, HS898052423S1, ¿entendido?

—Sí —mintió Josephine.

Una tarifa por hora de XX,XX dólares (no era mucho, pero sí mucho más que nada), prestaciones, papeleo fiscal, Ingreso directo en cuenta en caso de cambia de domicilio, firme aquí, lunes a las nueve de la mañana, y se fue, contratada, regurgitada por la mole de cemento al atardecer de aquel día.

DOS

))'&%#\ \\\//}} I ELNSN I HIGJER

Joseph estaba sentado en la cama. La cama estaba en la acera, delante de su edificio, rodeada por todas sus pertenencias, todo lo que se habían traído del *hinterland*. No era mucho, pero era suyo: la estantería, la mesa coja, la planta, las maletas, las sillas plegables.

Fue corriendo hacia él, olvidándose de la celebración que había planeado en el metro de vuelta.

—Nos han desahuciado —dijo él, en tono neutro, en cuanto ella llegó a su lado con la respiración agitada.

Josephine se quedó mirando su robusto árbol de jade mientras él le explicaba que, poco después de volver del trabajo, la casera había llamado a la puerta, acompañada de varios de sus hermanos y de una pila de cajas de cartón; estaba decepcionada, había dicho, por todos los retrasos con el alquiler y por ciertos..., eh..., ruidos procedentes de su apartamento que oía con alarmante frecuencia.

—Ja —concluyó Joseph.

Ella se sonrojó, de vergüenza y de ira, al acordarse de que unos días antes había estado llorando por la mañana —otro día en busca de trabajo, yendo inútilmente de aquí para allá sin nada que hacer, deambulando por el parque en busca de vistas bonitas; en esencia, lo mismo que había hecho en el *hinterland* (*hinterland*, *hint of land*^[3], el término con el que se referían despectivamente al lugar en el que habían nacido, aquel interminable páramo suburbano)—, antes de que él se fuera a trabajar; se había empeñado en quedarse tumbado en la cama a su lado a pesar de que ella insistía en que se

marchara para no llegar tarde. Durante todo aquel verano, los días cegadores en tecnicolor se habían alternado con otros sofocantes que olían a gusano. Y en la ola de calor de principios de mes, con el apartamento sumido en un bochorno y una humedad desconocidos en el *hinterland*, el frigorífico había empezado a emitir un doloroso «tank» cada ocho minutos, y en la oscuridad ella se había sentido como una alienígena y lo había deseado, a él, a su compañero alienígena.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, la empresa de almacenamiento lo recogerla todo; Joseph así lo había dispuesto ya. ESTO TIENE DUEÑO, escribió en un trozo de papel, y lo pegó en la pantalla de la lámpara.

—No podemos abandonar nuestras cosas aquí sin más —protestó ella.

Pero él ya había empezado a andar hacía el Four Star Diner. En momentos de mayor despreocupación, se habían preguntado por qué el Four Star no se había animado a concederse la quinta estrella. Dudó un segundo antes de seguirlo. Él le tendió la mano hacia atrás sin darse la vuelta. El restaurante estaba lo bastante cerca para tener controlado desde la mesa del rincón el bulto informe que conformaban todas sus cosas. Pidieron dos especiales de dos-huevos-de-cualquier-tipo-con-patatas-fritas-y-pan-tostado-de-su-elección-más-café-limitado.

—Me han dado el trabajo —anunció Josephine, acordándose de pronto, y olvidada ya la preocupación por cómo mantendría en secreto los detalles del trabajo, sustituida ahora por la preocupación aún mayor de no tener casa.

—Aquí tenéis, chicos —dijo la camarera. Su pelo tenía un tono naranja resplandeciente y artificial; exactamente el color mágico que Josephine había querido para el suyo de pequeña. En la etiqueta prendida del uniforme color púrpura imperial, ponía que la camarera se llamaba HILLARY.

—Gracias —contestó Joseph.

—¿Algo más? —preguntó la camarera.

—Ella quiere un batido de vainilla.

Era cierto.

La camarera les guiñó el ojo y se marchó.

—Un brindis —propuso él, levantando su taza de café—. Por los burócratas con aburridos trabajos de oficina. Que nunca se hable de eso en casa.

El desahucio lo había vuelto frívolo. Ella tenía las manos húmedas y temblorosas, y el asa de cerámica se le escurría entre los dedos.

—Hogar, dulce ahogar —dijo ella.

—Laboratorio de diagnósticos —repuso él—. Laboratorio de agnósticos.

Estaba mirando el laboratorio que había al otro lado de la calle. Unos trabajadores habían colocado una escalera que tapaba las letras «di». El tipo de coincidencia que más le gustaba.

—Bien visto —lo elogió ella.

Hillary era de esas camareras que lo dejan a uno quedarse toda la noche, y eso hicieron; bebieron café ilimitado, practicaron papiroflexia con los sobrecitos de azúcar, comieron porciones individuales de mermelada de uva directamente de las pequeñas tarrinas de plástico e intentaron no quedarse dormidos.

Fue Hillary quien los despertó a la mañana siguiente cuando dejó en su mesa un par de tortitas sumergidas en un mejunje de fresa. Joseph tenía el dibujo de la piel sintética del banco marcado en la mejilla. Cuando se incorporó, miró a Josephine como un niño, alguien demasiado joven para estar casado.

—Invita la casa, chicos —murmuró Hillary.

Josephine se quedó mirando la enorme serpiente verde que la camarera llevaba tatuada en el antebrazo. No habría sabido decir si aquella mujer tenía treinta y cinco años o cincuenta y cinco.

—Digo la buenaventura, esa es la razón —le informó Hillary, que se había percatado de cómo miraba la serpiente enroscada—. Te diré la tuya cuando quieras, siempre que no sea un sábado por la mañana con una muchedumbre hambrienta aporreando mi puerta para desayunar, ¿de acuerdo, encanto?

Josephine sonrió educadamente. Ellos no creían en esas cosas.

Solo les habían robado las dos almohadas y una silla plegable. Lo distribuyeron todo bien en el pequeño trastero: una ordenada pila de cajas, la cama y la estantería, todo colocado como uno lo colocaría en un dormitorio de verdad. Él le pasó su fornido brazo por los hombros y se quedaron en la

entrada, contemplando sus cosas. Mientras él bajaba la persiana naranja, ella miró el árbol de jade, confiando en que fuera lo bastante fuerte para soportar aquello.

No pareció desconcertar al desconocido que se presentaran en su puerta con el equipaje auestas, como si estuvieran listos para mudarse al apartamento realquilado en ese mismo instante, y lo cierto es que lo estaban. En un par de minutos, les explicó la historia de su nombre y les mostró su húmedo apartamento de una habitación: un enredo de sábanas grisáceas en el futón, revoltijos de pilas viejas, recibos y trastos en todos los rincones, una majestuosa y reluciente guitarra eléctrica roja colgada en la pared. A través de la única ventana, oscurecida por el hollín, vieron el metro a su paso por un tramo de vía elevado, la misma línea que los llevaría entre quejidos al trabajo el lunes. Mientras lanzaba calcetines y calzoncillos sucios a una bolsa de lona y descolgaba la guitarra de la pared, el desconocido les explicó que el gobierno lo estaba buscando porque había ganado la lotería, así que tenía que marcharse y poner en orden algunas cosas.

—Si les pasa algo a esos platos, moriré —dijo, señalando cuatro platos dispuestos precariamente en vertical sobre el estrecho estante que había encima de la minicocina. Estaban decorados con el dibujo de una enredadera verde que rodeaba escenas de jardines ingleses, en las que doncellas y caballeros paseaban entre rosales, Josephine asintió; siempre era muy cuidadosa con todo.

Se marchó con prisas después de meter con satisfacción en la bolsa de lona el dinero que la entregaron, y allí se quedaron ellos, protegidos por cuatro paredes y un techo, dispuestos a pasar por alto el estado del cuarto de baño.

Se dejaron caer sobre las sábanas grises. Ella abrazó a Joseph por detrás y olió su cuello para bloquear los olores del apartamento del desconocido. Cuando despertó, se dio cuenta de que las sábanas grises eran en realidad sábanas blancas que no se habían lavado en meses, si es que se habían lavado alguna vez. Estaba anocheciendo y el apartamento se sumía rápidamente en una oscuridad aún más profunda que la que mostraba por el día, Se notaba mareada y acalorada.

Fuera, a la sombra del paso elevado del metro, no había restaurantes. Caminaron.

Con cada paso, él le daba un golpecito con la mano derecha en el muslo izquierdo, una costumbre que había cogido al principio de la relación —el único de sus tics nerviosos que la relajaba—. Al final encontraron una bodega: palitos de queso, cacahuetes, yogur y M&M's. Se sentaron en la zona de carga de una fábrica de la que salía un intenso olor a levadura, lo que les dio hambre pese a estar ya comiendo. Rodearon la fábrica en busca de una puerta por la que entrar y comprar lo que quiera que estuviera desprendiendo ese aroma, pero el edificio era un bloque impenetrable. De no ser por el olor, habrían pensado que el sitio estaba abandonado.

—Bonita noche —dijo él, golpeando con los tacones el suelo de cemento de la zona de carga.

Al principio creyó que estaba siendo sarcástico, porque ella solo podía pensar en comer pan y en encontrar algo de vegetación.

—No vendría mal un árbol que alegrara —contestó ella.

—No vendría mal echar una meada.

Sin reírle la gracia, se abrazó las piernas.

—El cielo —añadió él para animarla—. Los grafitis.

Estaban delante de la puerta de su apartamento, intentando aclararse con las llaves del desconocido, cuando se entreabrió una puerta al otro lado del rellano y apareció un perro negro enorme tirando de una correa y gruñendo como si tuviera tres cabezas.

Josephine empezó a temblar de forma instintiva: siempre había tenido miedo a los perros.

—No pasa nada —dijo él, metiendo con más fuerza la llave en la cerradura.

Y ella lo vio introducir la llave en la cerradura de la habitación más barata del hotel más lujoso de la ciudad, agotados y encantados en su noche de bodas; «*'tis the gift to be simple, 'tis the gift to be free, 'tis the gift to come down where me ought to be*»^[4]. Él llevaba un traje que no le podía quedar peor. Lo habían comprado en una tienda de un centro comercial, donde les atendió el vendedor más amable del mundo; el eccema que sufría aquel

hombre les impresionó tanto que no se dieron cuenta de lo mal que les aconsejó sobre cómo debía quedar un traje.

—No pasa nada —volvió a decir.

La llave entró por fin en el ángulo adecuado. Abrió la puerta y ella se coló rápidamente en la húmeda seguridad que le ofrecía la casa del desconocido.

TRES

|62 |15 |63 |ve1767zuno r8a

El lunes por la mañana, después de la vigesimoséptima carpeta —DE ANGELIS/HEKTOR/PAUL—, Josephine estaba ya inquieta y aburrida, aunque intentaba combatir ambos sentimientos. La asaltó de pronto una necesidad imperiosa de saber lo que habla en el escritorio, si es que había algo. Todos los cajones se abrieron sin dificultad, revelando solo vacío, clips y tacos de pósits, excepto el último de la derecha, que no se abrió ni siquiera cuando tiró de él con fuerza.

Sabia que tenía que volver a ponerse de inmediato con el gran montón de carpetas y, sin embargo, se levantó y le dio una patada al cajón. Al fin y al cabo, sus zapatos de batalla negros estaban ya raspados. Le dio una segunda patada, y una tercera, también una cuarta, y entonces tiró con rabia del cajón y este se abrió chirriando un centímetro. Siguió tirando, alentada por sus progresos, pero no era más que otro cajón vacío. Se quedó mirándolo fijamente, observando sus mudos ángulos grises, antes de volver a sentarse y coger la carpeta DEAN/MALCOLM/ALEXANDER.

En ese momento, La Persona con Mal Aliento abrió la puerta, atraída (suponía y se temía Josephine) por el ruido de los zapatos golpeando el metal. Esa boca, esa nariz, esos ojos... de algún modo, seguían sin formar una cara. Cuando cerró los ojos un instante al parpadear, lo único que vio de La Persona con Mal Aliento fue un espacio en blanco en el lugar que debería haber ocupado la cara.

—¿Va todo bien? —preguntó La Persona con Mal Aliento.

Josephine seguía sin saber el nombre o el cargo con el que tenía que

dirigirse a su jefe; y, si no lo preguntaba ahora, nunca lo haría.

—Todo bien —murmuró sumisamente, acariciando las hojas de Dean.

La Persona con Mal Aliento se quedó en la puerta, lo que le dio a Josephine la oportunidad para armarse de valor y hacer la pregunta obvia, la pregunta a la que llevaba dándole vueltas desde que el viernes había abierto la carpeta de Rena Marie irons.

—Me preguntaba... —empezó a decir— si... Bueno, se le olvidó explicarme para qué era la Base de Datos.

—Agradecemos su curiosidad —contestó La Persona con Mal Aliento con una sonrisa seca.

Josephine le devolvió la sonrisa, aliviada.

—Pero no es necesaria —añadió, cuando ya comenzaba a cerrar la puerta.

Después de cincuenta carpetas, Josephine se recompensó con una visita a los aseos, que tenían ese olor a orina y lejía característico de los servicios públicos de todas partes. Había alguien en el urinario del medio. Es una música incómoda, la de dos mujeres meando una al lado de la otra, y se preguntó si eso cohibiría a la otra mujer tanto como a ella; que el principio y el final de sus necesidades se intercalaran con las de Josephine.

Cuando se levantó para subirse las medias, vio sangre en el suelo y dio un grito ahogado. Cuatro, seis, siete, nueve gotas... ¿Cómo era posible que no las hubiera visto al entrar? Parecía como si un animal pequeño y herido hubiera pasado cojeando por el urinario.

Su repugnancia se convirtió casi de inmediato en vergüenza, y esta a su vez en decepción, cuando se dio cuenta de dónde procedían las gotas; varias vueltas de papel higiénico, una compresa improvisada, la incomodidad de ser un animal.

Pero todavía quedaba el desastre del suelo, donde había esparcido tres gotas con el zapato. Se quedaría en el urinario hasta que se fuera la otra mujer y entonces lo limpiaría todo. Estaba esperando al lado del váter, respirando lo más silenciosamente posible, cuando apareció una mano por debajo de la puerta.

Josephine no pudo evitar que se le escapara un grito.

La mano, muy cuidada y con las uñas pintadas, agitaba una toallita

húmeda.

—¡Solo intento ayudar! —exclamó una voz amistosa e insistente—. Coge esta y te traeré alguna más.

Sonrojada de pies a cabeza, avergonzada por la sangre y por el grito, Josephine aceptó la toallita. Se arrodilló y limpió el suelo.

—Gracias —le dijo a la mujer las dos veces que volvió con más toallitas.

—¡No hay de qué! —respondió esta, una mezcla de Virgen María y enfermera de guerra, reda y de semblante amable; o, al menos, así se la imaginó Josephine.

Cuando por fin descorrió el pestillo y abrió la puerta del urinario, se quedó muda de asombro al encontrarse con una mujercita rubia platino que aparentaba veintitantos años y llevaba un traje de chaqueta rosa chicle que a duras penas resistía la presión de unos pechos desproporcionadamente grandes. No se le había ocurrido pensar que hubiera más mujeres jóvenes trabajando allí. Los pocos burócratas vestidas de negro que había visto apresurándose por los pasillos o entrando con rapidez en algún despacho la habían llevado a creer que todos los empleados debían de estar más muertos que vivos, como La Persona con Mal Aliento.

La mujer estaba plantada en la puerta del urinario, bloqueándole la salida a Josephine y más cerca de lo que a esta le habría gustado. Tan cerca que podía oler su perfume dulzón.

—¡Hola! —saludó la mujer, ofreciéndole la mano como si le diera igual que hubiera estado limpiando sangre del suelo. Todavía avergonzada, Josephine le ofreció la suya con timidez. Cuando las juntaron, la mujer soltó un breve y extraño estornudo: «trish-iffany».

—Salud —dijo Josephine, percatándose con cierta preocupación de lo enrojecidos que estaban los ojos de la mujer. No se le podía poner ningún otro pero a su apariencia, aunque esos ojos inyectados en sangre la obligaron a replantearse los años que le había echado en un primer momento. Debía de haber dejado atrás los treinta hada tiempo.

—¡Trishiffany! —repitió la mujer—. Así es como me llamo. Mis padres no se decidían entre Trisha y Tiffany, así que acabaron llamándome Trishiffany. Trisha significa «patricio» en latín, y Tiffany, «aparición de Dios» en griego, así que mí nombre significa lo que quiera que sumen esas

dos cosas. En fin. Trishiffany Carmenta. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo, de verdad, Es un placer —dijo Josephine, para intentar compensar.

—¡Es una suerte que haya venido hoy a estos aseos! —exclamó la mujer, ajena al embarazo de Josephine—. Prefiero con diferencia los que no están en las plantas de Archivos. Es decir, en serio, odio los servicios de las plantas de Archivos. ¡Te juro que el polvo se abre camino hasta el asiento de los inodoros! Creo de verdad que vale la pena mover el culo hasta la planta de arriba (o la de abajo) con tal de no ir nunca a Archivos. Aun así, hay veces que, por pereza... Pero hoy he pensado... Algo me impulsó a bajar a la novena planta, ¿sabes? A todo esto, ¿qué tal en el despacho 9997?

Josephine no se había dado cuenta de que su despacho tenía un número, y menos aún de que era el 9997, por no hablar de que otros empleados supieran que ella trabajaba allí.

—Bien —contestó. Pero pensar en los cientos de despachos sin ventanas que había en el edificio le producía una presión muy desagradable en las sienes. Se coló por al lado de Trishiffany y fue directa a los lavabos.

Trishiffany la siguió, mirando el reflejo de Josephine con los ojos entornados pensativamente. Josephine se fijó en que sus propios ojos estaban más inyectados en sangre de lo que habían estado nunca. NI mucho menos como los de Trishiffany, pero muy enrojecidos. No soportaba seguir mirándolos, así que bajó la vista a las manos, que estaba restregando una contra la otra bajo el tibio chorra automatizado de agua. Pensó que ojalá pudiera elegir agua fría, sentir su frescor en los dedos ensangrentados.

—Uno sesenta y cuatro, ¿verdad? —dijo Trishiffany.

Josephine asintió.

—¿Cincuenta y siete kilos?

Volvió a asentir.

—¿Treinta... y dos años?

Asintió por tercera vez. Si Trishiffany no hubiera sido tan amable con las toallitas, le habría resultado algo impertinente la asombrosa exactitud de sus estimaciones.

—¡Vaya! —exclamó Trishiffany, dando palmadas como una niña pequeña—. Qué bien se me da. Aunque en tu caso no es muy difícil; tienes

un perfil medio y una cara de facciones regulares, como un robot.

Ofendida, Josephine no respondió.

—Cuando digo «como un robot», quiero decir «con la perfección de un robot» —aclaró Trishiffany enseguida, pero ya era tarde—. Además, ya sabes lo que dicen las revistas de estar en la media.

Josephine no tenía ni idea de qué decían las revistas sobre estar en la media. Se observó en el espejo: su patética falda, su cárdigan desgastado; lo más selecto de la poca ropa que había rescatado de las cajas antes de meterlo todo en el trastero. Había hecho lo que había podido para su primer día de trabajo, vistiéndose entre toallas desgastadas en el cuarto de baño del desconocido.

—Bueno, tú te pareces a Barbie —dijo bruscamente.

—¡Ah! —gritó Trishiffany con gran entusiasmo—. ¡Gracias!

Insistió en acompañarla al 9997; mientras andaban, Trishiffany combatió el persistente y monótono ruido del pasillo con un monólogo que iba subiendo de volumen sobre lo mucho que le gustaba ir a que le hicieran la pedicura y a noches de chicas y a musicales y demás, por qué no darse la gran vida mientras una pueda, ¿verdad?

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Josephine. Se había visto obligada a interrumpirla, cansada de esperar una pausa en su discurso.

—¿Qué ruido? —dijo Trishiffany, con la cara iluminada aún por la sonrisa que le había dejado el recuerdo de un conocido musical.

Josephine extendió los brazos a los lados para señalar todo el pasillo.

—¡Ah, ese ruido! —respondió Trishiffany, casi con una risita—. Ya ni siquiera lo oigo. Son las máquinas de escribir.

—¿Las máquinas de escribir?

—Es como para volverse loca, ¿verdad? —comentó, sin darle mucha importancia—. Pero no te preocupes, acaba integrándose en tu cerebro. Dejarás de oírlo cuando lleves aquí un tiempo. Es una de esas cosas a las que te acostumbras, como a que los móviles nunca pillan buena cobertura.

Se puso entonces a hablar de su bar favorito, uno al que iban los bomberos todos los jueves, pero, como Josephine estaba casada, tal vez no le interesaran ese tipo de cosas. Sí, Trishiffany se había fijado enseguida en la alianza, ¡claro que sí!

—No me gusta meterme donde no me llaman —dijo Trishiffany cuando Josephine abrió la puerta del despacho 9997—, pero deberías cerrar tu puerta con llave siempre. Incluso cuando solo vayas al aseo, ¿sabes?

Josephine asintió con un enérgico movimiento de cabeza, Impaciente por librarse tanto de la simpatía de Trishiffany como de la molesta gratitud que sentía.

—Gracias —dijo, cerrando la puerta—, ¡gracias, gracias!

—¿Te puedo llamar Jojo? —estaba diciendo Trishiffany—. Siempre he querido llamar a alguien así. ¡Es un apodo precioso para una Josephine!

HS89805242381: esa mañana había encontrado un amable pósito pegado entre dos filas del teclado —«memorizar/destruir»—, y ahora, al volver a su escritorio, fue capaz de introducir la contraseña con la misma destreza que si fuera su número de la Seguridad Social.

Preocupada —y, como ya era habitual a esas alturas del mes, desanimada — por lo que había pasado en los aseos, cogió distraídamente el ratón para buscar la entrada correspondiente a FIKIOTIS/MARJORIE/LORDES. Pero la Base de Datos se bloqueó y no pudo desplazarse por la ventana. Se le tensó el cuello al hacer ese descubrimiento; solo podía moverse por la Base de Datos con la función de búsqueda, por lo que nunca podría hacerse una idea de su tamaño.

Así pues, Introdujo el número de FIKIOTIS/MARJORIE/LORDES en el cuadro de búsqueda. Estaba cotejando el archivo cuando cayó en la cuenta de que no le había dicho a Trishiffany cómo se llamaba. Alzó la vista de la pantalla, intentando hacer memoria. ¿Lo había dicho sin darse cuenta? Vio una mancha oscura en una de las paredes que con tan mal gusto habían pintado de rosa. Apartó los dedos del teclado y alargó el brazo para tocarla. Cuando su mirada recorrió la pared, se dio cuenta de que no eran solo los agujeros de chinchetas y los restos de cinta adhesiva acumulados durante años lo que la hacía parecerían estropeada. Habla arañazos, manchas, oscuras huellas de dedos; el recuerdo de unas manos.

Le entraron ganas de llamar a Joseph, pero, desde que había empezado en su nuevo trabajo, nunca le cogía el teléfono. Por otra parte, como ya le había anunciado Trishiffany, su móvil apenas mostraba una rayita de cobertura y no tenía teléfono fijo en su escritorio.

Muy lentamente, de forma casi imperceptible, las cuatro paredes comenzaron a acercarse, presionando unas contra otras, cerrándose sobre ella. Intentó respirar hondo, pero no había aire. Se puso de pie y tiró al suelo sin querer la carpeta FIKIOTIS/MARJORIE/LORDES, cuyos papeles acabaron revoloteando por debajo de escritorio. Fue corriendo hacia la puerta y escapó del despacho.

Volverla enseguida, por supuesto; era algo pasajero, un breve momento de pánico. Sin embargo, sus pies siguieron alejándola del 9997 por el pasillo de cemento, en dirección al letrero de SALIDA DE EMERGENCIA. Experimentó un timorato instante de miedo cuando empujó la robusta puerta. Pero, cuando esta se abrió, no saltó ninguna alarma y se encontró en una escalera donde reinaba el silencio. Los escalones de cemento se perdían hacia arriba y hacia abajo, sin que fuera posible ver dónde terminaban.

CUATRO

{|<><CWT GUYS

En el apartamento del desconocido, siete velas de la Virgen María combatían la suda penumbra. Olía a cera y a mantequilla caliente. En la cocina larga y estrecha, Joseph estaba cocinando espaguetis a la luz de una vela.

—Qué religioso —dijo Josephine dejando su bolso junto a la puerta.

—Solo tenían vírgenes —explicó él.

—No, me gusta —contestó ella.

Todas las vírgenes llevaban un manto de color púrpura imperial.

No era propio de Joseph comprar velas, pero tampoco impropio. Joseph era al mismo tiempo las dos caras de la moneda. No tenía paciencia para las películas con final feliz; se ganaba la confianza de los niños al instante.

Extendieron una manta y comieron encima para protegerse de la oscuridad del suelo. Ella estaba feliz. Los espaguetis, la mantequilla.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —le preguntó él.

Ella no quería pensar en las paredes manchadas, en la escalera infinita. Que nunca se hable de eso en casa.

—Me ha venido la regla —dijo—. He sangrado. En el suelo de los aseos.

Él se quedó callado. Decepcionado, otra vez. Un mes tras otro tras otro.

—Ha sido embarazoso —continuó ella, como si no le afectara la decepción de él—, y lo he puesto todo perdido, pero una mujer muy amable me ha ayudado.

—Llegará el día en que tendremos otro tipo de vida —le aseguró él.

Ella quería preguntarle a qué se refería exactamente y si no habían intentado ya tener otro tipo de vida al mudarse a esa dudad, pero estaba

cansada y lo dejó correr.

Más tarde, estaba tumbada en el futón del desconocido. Era hora de dormir. Todas las noches, él se encargaba de apagar las luces: el sucio interruptor en la residencia de estudiantes, las distintas lámparas en las distintas habitaciones alquiladas en el *hinterland*, la bombilla con cadenita en el apartamento del que los habían echado. Lo vio recorrer la habitación, soplando una por una las velas de vírgenes.

CINCO

FGW?/> < >OPFSE

Las carpetas seguían llegando, inagotables. Hacía ciento cuarenta, ciento cincuenta, ciento sesenta al día, y algunas veces tenía la sensación de haber logrado algo; pero entonces, al día siguiente, había otro montón esperándola: ciento cuarenta y siete, ciento cincuenta y tres, ciento sesenta y cuatro. No tenía ni idea de quién las traía por la mañana ni de quién se las llevaba por la tarde. Le fastidiaba pensar en la gente a la que pertenecían esos nombres. Saber que, mientras ella estaba encerrada en ese despacho, ellos seguramente estaban por ahí fuera, paseando por calles flanqueadas de árboles, o tomando café, o llevando a sus hijos al colegio. Manipular todos esos papeles le dejaba las manos reseca; se había hecho tantos cortes con las hojas que ya ni siquiera podía estrujar una rodaja de limón. Le dolían los antebrazos, tenía la mandíbula permanentemente apretada y se notaba los ojos llenos de polvo. Pese a todo, hacía lo que tenía que hacer. Iba rápido por el pasillo e intentaba ignorar el ruido de las máquinas de escribir. No se despistaba contemplando las huellas de dedos en la pared o haciendo conjeturas sobre los mareantes cuadros de texto de los impresos. Durante los diecinueve meses que se había pasado en el paro, había jurado que, si alguna vez conseguía otro trabajo, no se quejaría nunca.

Y aquel le procuraba cierta satisfacción, ver cómo iban bajando los montones de carpetas, fijarse en los nombres más extraños y en los más pintorescos, reparar en las pequeñas pero sorprendentes coincidencias (un trío de apellidos acabados en X, alguien con las iniciales FEO, un par de Michael Jackson), ir deslizando una carpeta detrás de otra en la bandeja de salida. Se

imaginaba que estaba construyendo un muro. Una piedra, y otra, y otra. Era minuciosa y estricta. De vez en cuando corregía alguna pequeña errata (cambiar un MARY de la Base de Datos por el MARIE del impreso, Insertar el espacio en el apellido DEL SOL).

Aun así, la distancia entre las cuatro y las cinco, entre la carpeta 148 y la 166, a menudo se le antojaba interminable. A veces, a media tarde, Josephine pensaba en algo —algo profundo y fascinante, que nada tenía que ver con la tarea que estaba realizando ni con el sitio en el que se encontraba; algo que tenía que contarle a Joseph, una imagen recuperada de un sueño o un recuerdo olvidado de la infancia, un enrevesado juego de palabras o una nueva idea sobre lo que tendrían que hacer con su vida—, pero entonces el momento pasaba y el pensamiento se perdía, atrapado para siempre entre las líneas horizontales y verticales de la Base de Datos. Se pasaba el resto de la tarde lamentando la pérdida, enfadada con la prisión de la que el pensamiento nunca escaparía. A última hora de la tarde, desesperada por tomarse un descanso, sacaba una cuchara y un yogur del bolso, le quitaba la tapa, cerraba los ojos y se lo comía a ciegas.

Ni que decir tiene que eran esos momentos los que elegía siempre La Persona con Mal Aliento para entrar en su despacho. Instintivamente, Josephine escondía la comida debajo del escritorio, no tanto para ocultar el hecho de que había parado a comer como para evitar que alguna molécula del aliento de La Persona con Mal Aliento pudiera acabar cerca de su cuchara.

—Recuerde, ¡necesita la Base de Datos tanto como ella la necesita a usted! —decía La Persona con Mal Aliento, o algún tópico por el estilo, y deslizaba una pastilla de menta entre los labios resecos.

Josephine respondía con la sonrisa que le había servido para todo durante su infancia en el *hinterland* y, en cuanto La Persona con Mal Aliento cerraba la puerta, sentía una oleada de alivio que le daba fuerzas para enfrentarse a las carpetas que quedaban.

Cuando el reloj por fin marcaba las cinco, recogía rápidamente sus cosas, casi trastabillando, muriéndose de ganas de estar fuera para ver de qué color era el sol, y recorría el pasillo a toda prisa; total, para volver a recorrerlo en sentido contrario dieciséis horas después, arrastrándose hasta el despacho 9997.

El viernes, cuando a mediodía sacó de su bolso el sándwich de queso, la perspectiva de volver a comer sola en su despacho sin ventanas le pareció insoportable. Seguro que en algún lugar de aquel enorme edificio había una cafetería o algo similar; como mínimo, una sala con mesas y sillas. Quizá incluso con una ventana.

Animada por esa posibilidad, volvió a guardar el sándwich, se colgó el bolso del hombro y enfiló el pasillo. Simplemente le preguntaría a alguien. Pero el pasillo estaba vacío, no había burócratas a la vista en ninguna dirección, ni siquiera el sonido de pasos lejanos, y todas las puertas estaban cerradas.

Giró a la derecha, alejándose del despacho de La Persona con Mal Aliento, y llamó con suavidad a todas las puertas por las que pasaba. Ninguna se abrió, aunque una o dos veces le pareció oír rumor de actividad humana al otro lado. Se sobresaltó cuando por fin se abrió una, a ocho de distancia de donde se encontraba en ese momento; la persona que habla al otro lado había tardado varios minutos en responder a su llamada. Ahora tenía la cabeza asomada al pasillo.

—¡Aquí! —exclamó Josephine, acercándose a toda prisa.

El burócrata se volvió hacia ella y negó con la cabeza. Se parecía a Abraham Lincoln, pero sin la determinación de este.

—Perdone —dijo ella—. Le ruego que me disculpe —añadió, como adorno, al notar cómo la preocupación tensaba la frente del hombre—. Me preguntaba... Estoy buscando...

Verá... ¿Hay aquí alguna cafetería o sala de descanso o algo parecido?

El hombre seguía moviendo la cabeza lentamente. Decidida a conseguir algo, lo miró a los ojos y le dedicó su sonrisa más amable. Le ofreció la mano, pero él decidió pasar por alto el gesto.

—Soy nueva —explicó ella. La ansiedad del hombre era contagiosa—. Por eso..., no sé..., en fin, dónde están las cosas.

Él siguió moviendo la cabeza. Tal vez fuera sordo.

—Lo siento —dijo ella—. No quería interrumpirlo.

—Pues lo ha hecho —murmuró él, o quizá no, mientras cerraba la puerta.

Dejo de parecerle buena idea lo de llamar a todas las puertas que encontraba. Pero se negó a comer en su despacho. Se acordó de la franja de

césped que había delante del edificio. Podía sentarse allí cinco minutos, sentir el sol en la cara. Fue corriendo al ascensor y poco después estaba empujando la puerta señalizada con una Z y saliendo a la espléndida luz de septiembre. Si se sentaba con las piernas cruzadas, cabía en la parcela de césped; su sándwich de queso pasó de ser una comida triste a ser una agradable. Estaba a punto de dar el último bocado cuando una burócrata delgada y elegante salló del edificio y se quedó de pie en los escalones que Josephine tenía detrás.

Triunfante y animada por la nueva táctica que había ideado para hacer más llevadera su jornada laboral, recibió a la mujer con una sonrisa radiante.

—Bonito día, ¿verdad? —dijo.

—Sí —respondió la mujer—, pero todos comemos en nuestro escritorio.

Al menos, por las noches siempre tenía a Joseph iluminado por siete velas de la Virgen María. Se las arreglaron para camuflar el apartamento original, su lóbrega suciedad, hasta convertirlo en su casa, sin preocuparse por el moho creciente de la ducha (simplemente cerraban los ojos y giraban la llave hasta que el agua salía casi ardiendo), sin preocuparse por las sábanas grisáceas (las tiraron en un rincón y compartieron la única manta que no habían dejado en el trastero). Después de la primera noche, él nunca volvió a preguntarle por el trabajo y ella le estaba agradecida por eso. Y también por no romper el agradable silencio cuando se iban a trabajar juntos por la mañana. Y por tener encendidas las velas todas las noches cuando ella entraba en casa, a pesar de que él solía llegar solo diez o quince minutos antes. Y por burlarse de los irrefrenables escalofríos que la recorrían de arriba abajo cada vez que el perro tricéfalo del vecino se asomaba gruñendo al rellano.

Aun así, llevaba la Base de Datos consigo a todas partes; flotaba en su cerebro como una red para atrapar y matar cualquier idea brillante que apareciese por allí. Sentada en el suelo encima de la manta, mirando fijamente las profundidades del vino blanco barato que se habían servido en copas de plástico, le confesó a Joseph:

—Me estoy convirtiendo en una burócrata.

—Bebe un poco de agua —le dijo él—. Come algo de verdura. —Se levantó y fue a la minúscula cocina.

—¡S9805242381! —susurró ella para sí. Casi le hizo sentirse bien.

—Creo que aún tenemos por ahí esas zanahorias.

—¿Mi voz no suena como la de una burócrata?

—La verdad es que están un poco viscosas —dijo él, cerrando la puerta de la mininevera. Volvió a la manta y le ofreció una taza con manchas de café y llena de agua—. Bebe, buró rata.

—¿Cuál es tu número de la Seguridad Social?

La asustó no haberse aprendido aún una información tan importante sobre su marido.

—041-74-3400 —respondió él.

Ella lo repitió hasta que consiguió memorizarlo.

—¿Quieres saber el mío? —preguntó, casi con timidez.

—Se me olvidaría enseguida.

Aun así, se lo dijo tres veces seguidas, muy despacio.

—Tu número de la Seguridad Social tiene auténtica armonía —le dijo ella a modo de cumplido. Había apoyado la cabeza en el estómago de él y se movía arriba y abajo al ritmo de su respiración—. Los ceros. Los cuatros. Te pegan. —Empezaba a sentirse feliz otra vez. Un intercambio de secretos siempre ayudaba.

El segundo lunes que fue a trabajar estaba saliendo rápidamente de los aseos, volviendo a toda prisa con sus carpetas, cuando oyó el agradable sonido de una risa. La burócrata que se reía estaba andando por el pasillo en dirección contraria al despacho de Josephine, pero esta no pudo resistir la tentación de seguirla.

La mujer se dio la vuelta al oír sus pasos. Una lagartija de diamantes de imitación le sujetaba al cuello un pañuelo de seda naranja.

—¡Eh! —dijo la mujer, agitando una hoja de papel en el aire—. ¡Échale un vistazo a esto!

Josephine se acercó corriendo y se puso a su lado.

—¡Mira! —La burócrata señaló la hoja.

Era un memorando sobre el plazo de entrega de un informe. Una muestra de papeleo burocrático como otra cualquiera.

—Mira —le insistió la burócrata—. Abre bien los ojos y fíjate.

Últimamente, cada vez que Josephine oía la palabra «ojos», notaba los suyos aún más secos.

—Venga, mujer —la apremió la burócrata con impaciencia, sin dejar de señalar el plazo de entrega resaltado en la cabecera de la hoja.

Ponía PELAZO DE ENTREGA en vez de PLAZO DE ENTREGA.

Josephine soltó un pequeño «Ah», aliviada por haber entendido la broma. Pelazo de entrega. Qué expresión más fea: sonaba a peluquín hortera.

—Una errata, supongo —dijo.

—Si. —La burócrata parecía decepcionada por el poco entusiasmo con el que había reaccionado Josephine—. Pero ¡qué errata! ¡Qué errata!

La mujer siguió su camino por el pasillo, riéndose sola. El sonido de esa risa persiguió a Josephine hasta que llegó al 9997.

Esa noche, cuando entró en el apartamento, se encontró las luces del techo encendidas y las velas apagadas. Joseph estaba de pie al lado de la única ventana, observando las vías del tren como el personaje de una novela.

—Ey —saludó ella, apagando aquella luz mortecina. Se dio cuenta de lo mucho que había confiado en que siempre sería él quien le levantase el ánimo a ella. No era el tipo de hombre que se queda mirando con nostalgia por la ventana.

Casi le sorprendió cuando él respondió «Ey» con voz normal, cuando se dio la vuelta y vio que su cara era la de siempre, ni magullada ni pálida.

—¿Estás bien? —preguntó ella. La habitación pasó del amarillo al rojo cuando cambió el semáforo.

—Ey —repitió él. Habla algo distinto en su aspecto; en sus ojos. Un brillo adicional. Tal vez un poco de fiebre.

—¿Te sientes bien? —Josephine se acercó a él.

—¡Estoy bien! —dijo—. ¡Estoy bien!

Eran extraños, los signos de exclamación, la insistencia; nunca se exaltaba. No obstante, el resto de la noche transcurrió con normalidad, y, cuando se fueron a dormir, ella ya había olvidado esos dos primeros minutos tan raros.

Si no una cafetería, al menos una máquina expendedora. Josephine salló

de su despacho el miércoles por la tarde con ánimo resuelto. Había llamado solo a un par de puertas cuando una de ellas se abrió de golpe.

—¿Sí? —dijo una burócrata.

La sorpresa inicial de Josephine dio paso inmediatamente al asombro, porque le encontraba a aquella burócrata un gran parecido consigo misma: el mismo cárdigan desgastado y los mismos zapatos de batalla, la misma altura media y el mismo peso medio y una cara igual de corriente, los vasos sanguíneos de los ojos igual de marcados, la misma expresión amable pero agotada que sabía que mostraría ella si algún desconocido llamase a su puerta cuando estaba enfrascada en los impresos.

—¿Sí? —volvió a decir la burócrata, con un tono amable y cansado.

A Josephine le costó un poco dar con las palabras.

—¿Sabe si hay por aquí alguna máquina expendedora?

—Tengo entendido que hay una en la sexta planta —respondió la burócrata—. Yo siempre me traigo de casa un sándwich de queso.

—¡Yo también! —exclamó Josephine, llena de esperanza.

Pero la burócrata estaba preocupada, sin la disposición de ánimo necesaria para muestras de compañerismo.

—Lo siento —dijo y señaló con un gesto el interior de su despacho al tiempo que cerraba la puerta—. Tengo mucho que hacer. ¡Buena suerte!

Dominada por un deseo vehemente e impreciso, Josephine bajó en ascensor a la sexta planta. Las puertas no se abrieron. Aporreó el botón de ABRIR PUERTAS. No ocurrió nada. Le dio sin querer al botón con el número 7. El ascensor subió y la dejó en la séptima planta, que era idéntica a la suya. Empezó a llamar a las puertas. Una burócrata relativamente joven, de altura y peso medios, con una cara corriente y una sencilla falda marrón, abrió la tercera.

Josephine se quedó de una pieza, preocupada.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarla? —dijo la mujer, con la escueta cortesía de una burócrata amable pero abrumada por el trabajo.

Josephine le preguntó a su segunda doble por la máquina expendedora.

—Quinta planta —respondió la mujer sin dudar antes de disculparse y volver a meterse en su despacho—. ¡Que vaya bien!

Recorrió desesperada el pasillo vado de la quinta planta hasta que decidió

que la habían engañado.

Se lo pensó un momento y llamó a otra puerta. Abrió una tercera burócrata: otra joven atenta y extraordinariamente corriente. Le aseguró que la máquina expendedora estaba en la tercera planta. Tenía roja la piel alrededor de los ojos, como si hubiera estado llorando hacía poco, o quizá solo se había frotado los ojos con demasiada fuerza.

Josephine se estremeció varias veces mientras volvía a entrar en el ascensor y bajaba a la tercera planta. La cara y la forma de las mujeres ya empezaban a desvanecerse. Tal vez no se parecían tanto a ella, después de todo. Pero... ¿de verdad no se parecían?

Allí estaba, al final del pasillo de la tercera planta. La máquina expendedora se encontraba cubierta de polvo por la falta de uso. La mayoría de las chokolatinas parecían antiguas, con colores llamativos y tipografías recargadas propias de otra época. Las demás parecían recientes; más que nuevas; chokolatinas que jamás había visto, con envoltorios blancos y plateados de estilo futurista. Se alegró de reconocer uno de los artículos, las barritas Mars —que nunca habían sido sus favoritas, pero al menos las conocía—. Introdujo las monedas por la ranura y pulsó el botón correspondiente. Cuando metió la mano para recoger la barrita Mars, lo que sacó fue un paquete de caramelos de lavanda que, por la pinta que tenían, bien podría haberlos comido su abuela cuando era pequeña. No le quedaban monedas.

—Que te jodan —le susurró a la máquina.

En el ascensor, de camino a la novena planta, abrió el paquete de caramelos. Para cuando llegó a su despacho, estaba entusiasmada con su sabor perfumado, con los afilados bordes de cada cuadradito violeta.

Cuando llevaba medio paquete, la lengua le empezó a sangrar, cortada por los caramelos al deshacerse en su boca, afilados como huesos de pájaro. Pero siguió comiéndolos toda la tarde, introduciendo datos, comiendo caramelos de lavanda, introduciendo datos.

Cuando regresó del trabajo ese día, Joseph estaba dando vueltas por la habitación. NI velas ni cena, solo una bolsa marrón de la compra que llevaba bajo el brazo.

—Vamos —dijo él, antes de que ella hubiera acabado de entrar—. Ponte algo.

—¿Algo? —preguntó ella. Le dolía la boca. Nunca volvería a comer caramelos de lavanda.

—Algo elegante. Insinuante. Fascinante.

Le dieron ganas de burlarse. Estaba todo en el trastero, a excepción de la ropa insulsa con la que iba a trabajar. Pero se puso unos enormes pendientes de plástico rojo.

Echaron a andar en dirección contraria al tramo de vía elevado y acabaron en el parque. Ella se dejó llevar y caminaron por allí en busca del banco perfecto —cerca del lago, sin chicles pegados y a una distancia prudente de cualquier cubo rebosante de basura—. Encontraron varios candidatos a banco perfecto, pero estaban ocupados, así que se conformaron con uno no tan perfecto con grandes desconchones de pintura. Pese a todo, tenían buenas vistas del lago.

Sacaron de la bolsa de papel la comida para el banquete de celebración: una *baguette* y queso *brie*, higos y aceitunas, agua con gas y chocolate negro.

—¿Qué celebramos? —preguntó ella.

—La vida.

Ella intentó estar alegre, pero había algo extraño en él. Le dio un bocado a un higo y observó cómo se deslizaban un par de cisnes en la cambiante luz blanca del atardecer.

Una tras otra, las rosadas farolas que bordeaban el lago se fueron encendiendo. La ciudad podía ser espléndida algunas veces. Allí sentada, casi podía convencerse de que el despacho sin ventanas que ocupaba en el edificio gris había dejado de existir. ¿Si no hay nadie en el edificio a quien la Base de Datos pueda controlar, sigue teniendo el control?

—Qué bonitos son los cisnes, ¿verdad? —comentó ella.

—Querrás decir el cisne.

—Hay dos.

—Uno —replicó él.

—¡Dos! —insistió ella.

Pestañeó para fijarse mejor y entonces los dos cuellos se fusionaron en uno solo.

—Tienes razón —admitió, Irritada por lo cansada que tenía la vista.

Dos niños bajaron rodando y chillando una pequeña pendiente que había detrás del banco, con la piel manchada por el césped y dorada bajo la luz de las farolas, mientras el padre los animaba y la madre miraba hacia arriba y al otro lado, lejos de su familia.

—Pequeños bambis zombis locos —dijo Joseph.

Ella se volvió bruscamente a mirarlo. No era capaz de interpretar el tono con que lo había dicho, irritado o encantado, cansado o anhelante.

Incluso después de una noche de higos y cisnes, su despacho sin ventaras en AZ/ZA la esperaba. Pero el Jueves por la mañana se encontraba más calmada de lo habitual, más inclinada a hacer conjeturas acerca de la gente que aparecía en las carpetas. Una mujer que se llamaba Esme Lafayette Gold debía de tener una vida más apasionante que alguien con un nombre como Josephine Anne Newbury. Se imaginó una sombra de ojos verde metálico y vestidos de satén en tonos perla y amores trágicos, hasta que se recriminó por haber caído en clichés tan infantiles. Esme bien podía ser una profesora de primaria que siempre vestía colores apagados y se acostaba a las ocho y media. O puede que fuera una profesora de primaria que se ponía sombra de ojos verde metálico. ¿Y qué hay de Jonathan Andrew Hall? ¿Era tan soso y agradable como sugería su nombre, o estaba cargado de rabia? ¿Se había llamado JAH y escuchaba *death metal*? ¿Era precisamente ese nombre tan agradable el origen de su rabia?

Bostezó, estiró los brazos y miró al techo, que tenía menos marcas y agujeros que las paredes. Cuando bajó la vista para volver a centrar su atención en la carpeta de JAH, dio un grito: La Persona con Mal Aliento estaba a solo unos centímetros de su escritorio.

—Santo cielo —dijo La Persona con Mal Aliento, llevándose las manos a los oídos.

—¡Perdón, perdón, perdón! —exclamó Josephine.

—Está perdonada. —La sonrisa era seca pero no desagradable—. Espero que vaya todo bien por aquí.

Sintió que estaba siendo solo un poco falsa cuando asintió con la cabeza. La Persona con Mal Aliento no hizo amago de marcharse, sino que parecía

estar esperando a que Josephine dijera algo más.

—Se ha adaptado bien al trabajo, ¿verdad? —comentó La Persona con Mal Aliento.

Alentada por esa muestra de atención, por la pequeña prueba de vulnerabilidad que suponía el hecho de que el cuello de la camisa de su jefe sobresaliera por detrás en vez de quedar por debajo de la chaqueta gris, Josephine reunió el valor para confesar:

—Me pregunto por ellos.

—¿Por quién? —dijo La Persona con Mal Aliento, como si no estuviera claro—. Oh, ellos. —Ahora se dirigía ya hacia la puerta, cogió el pomo y ya casi había salido cuando añadió—: Es mejor no preguntarse nunca por ellos.

La ordenada tranquilidad del despacho de Josephine se había transmutado en un silencio tenso. Se pasó lo que quedaba de jornada peleando con carpetas, devorada por la curiosidad, con unas ganas locas de irse a casa de una puñetera vez y volver a ser una persona al lado de Joseph.

SEIS

{*W:JBODFLHEXX| 4378|

Cuando volvió de trabajar, él no estaba en el apartamento. Cogió una notificación de correo que habían dejado en la puerta y entró justo cuando el perro de tres cabezas embestía contra la puerta al otro lado del rellano. Se notaba las manos débiles y la vista nublada. Dejó la notificación en el montón de correo del desconocido, al lado de la mesa. Se sentó en el futón. Llamó a Joseph al móvil. Saltó el buzón de voz. No dejó ningún mensaje.

Abrió la mininevera. Había media cebolla y un poco de nata agria caducada. Tenía hambre y no tenía hambre.

Decidió hacer cosas útiles. Encendió las velas. Reunió toda la ropa sucia, incluidas las sábanas, e intentó recordar si el desconocido les había dicho dónde estaba la lavandería del edificio. Pero entonces cayó en la cuenta de que no tenía monedas ni detergente, y solo pensar en poner remedio a esos inconvenientes se le hizo un mundo. Al fin y al cabo, se las habían arreglado hasta entonces sin hacerla colada.

Encontró cuscús y garbanzos en el armario. Encontró curri. Picó la cebolla, encendió el fuego, preparó algo, sirvió el resultado en dos de aquellos platos verdes que eran una reliquia familiar para el desconocido, extendió la manta en el suelo, puso un par de velas en el centro y dobló unos trozos de papel de cocina a modo de servilletas. Estaba muy satisfecha con la capacidad de improvisación que había demostrado, a pesar del fracaso con la colada. Sabía que Joseph llegaría en cualquier momento; cada vez que hacía algo —cortar, mezclar, servir—, se imaginaba que él entraba en ese preciso instante y se encontraba con aquella escena, y se imaginaba también la cara

que pondría, ese gesto con las cejas, la sorpresa fingida, como si se le hubiera olvidado que ella también sabía cocinar.

La comida se estaba enfriando en el suelo. Volvió a llamarlo al móvil; otra vez el buzón de voz. Encendió la radio que había en equilibrio encima de la mampara de la ducha y se imaginó que la voz del locutor era la de Joseph hablándole desde el cuarto de baño, haciendo predicciones moderadas y tranquilizadoras sobre el mercado de valores. Esperó, y al final engulló su comida. Lo llamó por tercera vez y le dejó un malhumorado mensaje de voz. Le envió un mensaje de texto con un solitario signo de interrogación.

Pasó el tiempo; más de una hora. Volvió a llamarlo y le dijo a su buzón de voz que estaba empezando a asustarse. Se debatía entre la preocupación y el enfado. No podía soportar ni un segundo más en ese apartamento sin él. Del armario salía olor a podrido. Fue entonces cuando se le ocurrió preguntarse si le habría dejado alguna nota. Rebuscó entre el desordenado montón de cartas del desconocido. La notificación que había encontrado en la puerta cayó al suelo. La recogió. Estaba a punto de meterla en medio del montón cuando algo familiar captó su atención.

En el recuadro del destinatario ponía JOSEPHINE NEWBURY.

Pero no le habían dado a nadie aquella dirección.

Examinó la notificación. NO HA SIDO POSIBLE REALIZAR LA ENTREGA EN EL PRIMER INTENTO: *No ha sido posible entregar el paquete / es necesaria la firma.* No había información sobre el remitente. Le temblaban los dedos, Sopló las velas. Encendió la luz del techo. Un tren pasó quejándose al otro lado de la ventana.

A esas alturas, odiaba a la mujer que le ofrecía una y otra vez la posibilidad de dejar un mensaje de voz para Joseph Jones; la misma que, después de haber dejado muchos mensajes, le informó de que el buzón de voz de Joseph Jones estaba lleno. Vio que su mensaje de texto no le había llegado. Pensó en llamar a la policía. Se los imaginó riéndose de ella. Un marido que vuelve a casa unas horas más tarde de lo habitual. Lo sentimos, guapa, no eres la primera. Se quedó mirando la luz del techo hasta que tuvo que apartar la vista. La apagó y estuvo muchas horas sentada en la cama sin dormirse.

SIETE

IT 1 2 3 |62

El viernes, en su escritorio registrando impresos en la Base de Datos, Josephine empezó a pensar que era la única persona en todo el edificio. Había tanto silencio en el 9997 —el único ruido era el que hacía ella tecleando y abriendo carpetas— que oía un grito por debajo de toda esa calma, un agudo chillido que reconoció como el flujo de su propia sangre en los oídos; y, sin embargo, sonaba como una *banshee*^[5] atrapada en las paredes, en esas paredes rosadas y arañadas —normalmente evitaba mirarlas, pero ese día no podía apartar la vista de las misteriosas manchas y las viejas huellas de dedos, como si pudieran revelarle el paradero de Joseph—.

Esa noche llamaría a la policía y a sus padres, que les habían advertido de lo que pasaría si se marchaban del *hinterland*. Veía a su madre, de pie en la cocina beis de su casa alquilada, hablando de lo que había visto en las noticias: hoy en día las bandas de adolescentes en las grandes ciudades se acercaban a cualquiera por la calle y le daban un puñetazo, ¡un puñetazo en la cara!, como parte de un ritual de iniciación o algo así. Y ese era precisamente el tipo de cosas que en unos sitios ocurrían y en otros no. ¿Y si, dijo, Josephine se quedaba embarazada algún día y una banda de adolescentes la golpeaba por la calle? ¿Qué pasaría entonces? Su madre sabía muy bien qué decir en cada momento para aguarle la fiesta. Las conversaciones con su madre consistían en una lista de cosas que ella pensaba pero no decía. «¿Por qué mudarse a un sitio en el que no conoces a nadie?» {«¿No te has dado cuenta de que nuestra vida aquí no progresa, mamá? ¿De que estamos estancados? ¿De que las autopistas nos están arrasando?»}. «¡Allí vas a estar

sola!» («¿Y qué hay de Joseph, mamá?»). «¡Sin amigos!» («Estaré con Joseph, mamá. Con el amor de mi vida, mamá»). Pero para entonces su madre ya estaba llorando; un llanto melodramático, pero llanto, a fin de cuentas.

¡Sin amigos! ¡Sin amigos! El eco de estas palabras le llegaba como una maldición.

La puerta se abrió de golpe. Josephine se quedó paralizada, pensando que sería La Persona con Mal Aliento, pero fue Trishiffany quien entró y se plantó delante de su escritorio. Llevaba un traje del color de una señal de *stop*, una carpeta gris abrazada contra su pecho y un peinado con mucho volumen.

—Hola, chica Jojo.

La alegría de Josephine por ver a otro ser humano —vestida nada menos que de rojo vivo— se vio contrarrestada en parte por el uso inapropiado del apodo; su madre insistía siempre en que todos la llamasen Josephine, y eso hacían. Abrió la primera carpeta de la nutrida colección que tenía en su escritorio (BRAAK/MARCUS/TODD) e intentó parecer atareada.

—Esto es para ti —anunció Trishiffany, poniendo su carpeta gris encima de la de Braak.

OLGUIN/VIOLA/PINK. Un nombre lo bastante peculiar para que Josephine lo recordara, vagamente, de la semana anterior.

—Este ya lo tramité —dijo Josephine.

—Claro que sí, chica Jojo —susurró Trishiffany, inclinándose sobre el escritorio de un modo casi seductor y que dejaba a la vista su escote. Josephine se estremeció al ver los capilares rojos en el blanco de los ojos de Trishiffany; empezó a notar punzadas en los suyos por simpatía—. Pero ahora tienes que borrarlo.

—¿Borrarlo? —Apartó la mirada del exorbitante pecho y de los ojos cansados de Trishiffany. No conseguía decidir si el tono de su compañera de trabajo era amistoso o amenazador.

—Bueno, solo la fecha en la última columna —aclaró Trishiffany. Se irguió y se quedó en jarras, dando golpecitos con su tacón de aguja rojo, un gesto asociado tradicionalmente a la impaciencia, pero que, sin embargo, no armonizaba con la paciente sonrisa dibujada en su cara.

—No me dijeron que algún día me pedirían que borrara algo —se resistió Josephine.

Trishiffany ejecutó un rápido paso atrás y sacó de repente una tarjeta de identificación.

—Soy tu superior —dijo, tendiéndole la tarjeta.

A Josephine aquella tarjeta no le decía nada, pero los documentos oficiales siempre la ponían nerviosa. Esa vieja ansiedad del DMV^[6] y del IRS^[7].

Trishiffany le dedicó una sonrisa deslumbrante y rodeó el escritorio para ponerse detrás de su silla.

—La Base de Datos es confidencial —dijo Josephine, remarcando la «B» y la «D» e intentando tapar la pantalla con las manos, convencida de que La Persona con Mal Aliento aparecería en cualquier momento.

—Es solo un Error de Procesamiento —explicó Trishiffany; Josephine oyó la «E» y la «P» mayúsculas—. Trabajo en el Departamento de Errores de Procesamiento. Tengo autorización. Puedo leer el archivo que quiera de principio a fin cuando a mí me parezca, chica J.

—¿He cometido un error de procesamiento? —murmuró Josephine. Había sido muy meticulosa con la Base de Datos. Lo último que quería era volver a esos diecinueve meses de desempleo, a ese sentimiento de desesperación. No necesitaba entender su trabajo; solo necesitaba conservarlo.

—Oh, no, Jojo —dijo Trishiffany, deleitándose con la rima. Se inclinó voluptuosamente sobre el escritorio otra vez, de un modo que quizá pretendía ser reconfortante—. Es un error de los de arriba, A veces pasa. Por favor, encuentra a Olguin por su número HS.

Aliviada, Josephine obedeció.

—¡Ahí está! —exclamó Trishiffany, riendo alegremente. Era extraño que se riera, pues no parecía el mejor momento para hacerlo—. Adelante, borra la fecha.

Josephine la borró; un clic, dos clics.

—¡Buena chica! —dijo Trishiffany—. Llevaré la carpeta de Olguin a Archivos.

Josephine volvió a centrar su atención en BRAAK/MARCUS/TODD, con

la esperanza de que Trishiffany se marchara. Pero lo que hizo esta fue sentarse en el escritorio y contemplar las paredes. Josephine tecleó el número HS de Braak en la función de búsqueda.

—Estas paredes —refunfuñó Trishiffany—, ¿ya te están volviendo loca?

Josephine alzó la vista.

—¿Por qué no las vuelven a pintar? —dijo.

—Eso ya se solicitó hace ocho años, chica Jojo. Lo harán. Pero mejor hablemos de algo agradable. ¿Cómo está tu marido?

Josephine clavó una mirada sombría en la Base de Datos. Trishiffany no se dio por enterada.

—Por ejemplo, ¿dónde os conocisteis? —insistió—. Me gustaría encontrar un príncipe como él.

—En la universidad —contestó Josephine.

—¡Oh! Vaya, ya llego tarde para eso —dijo Trishiffany con un suspiro. Entonces, animándose de nuevo, añadió—: ¿Cuándo supiste que lo querías?

—No lo sé.

—¿No sabes si lo quieres o no sabes cuándo supiste que lo querías? —preguntó Trishiffany.

—Si —respondió, poco dispuesta a colaborar.

—Vale, está bien —dijo Trishiffany, mirándola—. ¿Cómo es?

—Pelo castaño, ojos marrones, altura media.

Josephine no tenía ganas de explayarse, de explicarle que algunas veces su pelo parecía castaño oscuro y otras, castaño claro; que sus ojos oscilaban entre el negro carbón y el marrón avellana; que era alto cuando se ponía derecho y bajo cuando andaba desgarrado; que a veces era larguirucho y a veces, achaparrado; que podía parecer Drácula o un leñador; que una vez alguien había creído que era austríaco y que en otra ocasión un desconocido lo tomó por egipcio. ¿Cómo se lo describiría a la policía, llegado el caso?

—¡Oh! —exclamó Trishiffany jadeando. Estaba siempre jadeando y suspirando—. Me refería, ya sabes, a su personalidad.

Cínico, tierno, considerado, realista, pesimista, tranquilo, pasivo, nervioso, excéntrico, sensato, irónico, valiente, inteligente, inquieto.

—Lo siento —dijo Josephine. Le resultaba demasiado difícil pensar en él. Cuando lo hacía, el pánico se adueñaba de su cuerpo—. No sé cómo

describirlo.

Trishiffany agachó su maquillado rostro y Josephine vio que estaba llorando.

—El rímel —le advirtió Josephine; dio por hecho que a una mujer como Trishiffany le escandalizaría llevar el rímel corrido—. ¡No llores! —le dijo, intentando que la petición no sonara tan apremiante como era en realidad. No soportaba las inexplicables lágrimas de Trishiffany.

—Lo siento, lo siento —contestó esta—. Es solo que me doy cuenta de lo mucho que lo quieres. ¡Y es tan bonito que os llaméis igual! —Se levantó de un salto del escritorio y fue hasta la puerta, donde se detuvo—. Siempre vuelven locas a las chicas, pero no dejes que te vuelvan loca a ti, ¿vale?

Una joven detrás de otra sentada en el mismo escritorio, escuchando el mismo silencio de las *banshees*, pensando en otras vidas... El cuello de Josephine se tensó.

—Solo son paredes, al fin y al cabo —concluyó Trishiffany.

Josephine todavía estaba intentando acordarse de si había llegado a mencionar el nombre de Joseph cuando la puerta volvió a abrirse; Trishiffany debía de tener alguna ocurrencia más.

Pero era La Persona con Mal Aliento, con las gafas espejadas enmascarando cualquier expresión.

—Mucho trabajo —dijo La Persona con Mal Aliento. Una orden, no una pregunta. Josephine olió el aliento desde donde estaba sentada; la pastilla de menta no conseguía disimular nada.

OCHO

RORVR'WE UIJOPU ||

No sabía si entretenerse de camino al apartamento o darse prisa, y acabó haciendo un poco de cada: iba medio corriendo un rato y después se frenaba. No oyó al perro de tres cabezas mientras intentaba atinar con la llave. Antes de que pudiera meterla, la puerta se abrió.

Joseph tenía en su mano derecha una gran fruta roja.

—¡Tú! —exclamó Josephine, enfadada y encantada.

Él tiró de ella hacia dentro y cerró dándole dos vueltas a la llave. Entonces le ofreció la fruta.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Una granada.

Su voz sonó cansada. Pero quizá también eufórica. Ese matiz de euforia o lo que quiera que fuera... la inquietó.

—¿Dónde demonios estabas? —dijo ella, deseando ser el tipo de persona capaz de reconocer una granada.

—Trabajando —contestó él—. Era urgente.

—No llamaste.

—Era urgente —repitió—. Una emergencia.

—Creía que tu trabajo era aburrido.

—Había un plazo de entrega.

—Tendrías que haberme llamado.

Él ahuecó las manos en torno a su cuello y le sonrió; una sonrisa sincera, mirándola directamente a los ojos. Sus iris eran casi negros.

—Tendrías que haber llamado.

Él asintió.

Un carrito de helados pasó por debajo de su ventana, con su alegre musiquita saliendo distorsionada de un altavoz estropeado.

—Si vuelves a hacer eso... —lo amenazó.

Pero él ya iba camino de la pequeña cocina para freír cuatro huevos en abundante mantequilla.

Le dio la vuelta a los huevos con su maña habitual, pero ella advirtió algunas cosas: el rápido tamborileo de sus dedos sobre la espátula, el temblor del vaso de agua que tenía en la mano.

No quería hacer conjeturas. Era difícil no hacer conjeturas.

—¿Has...? —empezó a decir ella.

—¿Me pasas la pimienta? —la interrumpió él.

Le pasó la sal, la pimienta y los platos.

Se sentaron con las piernas cruzadas en el suelo a la luz de las velas, con las rodillas tocándose. Él le habló del nuevo apartamento que había encontrado para ellos: uno con jardín no muy lejos de allí, en la misma línea de metro; un poco más alejado del centro, pero más bonito que aquel. Y pronto volverían a tener dinero ahorrado y podrían conseguir su propia casa y empezar de nuevo una vida distinta.

—Abrazame —dijo ella cuando acabaron de comer. Se dio cuenta de lo ñoña que parecía, como una niña pequeña. Pero él se lo debía.

Joseph apartó los platos. La abrazó. Era raro abrazarse sentados, así que se tumbaron en el suelo, sobre la manta.

La noche anterior, ella había llegado a imaginar que él no volvería nunca: la vida sin Joseph. Al acordarse de esa versión suya abandonada y apesadumbrada, presionó sus caderas contra las de Joseph. Notó que él respondía a su presión y se sintió orgullosa.

—Hola —dijo ella.

—Hola —repitió él.

Se desabrochó la falda y se contorsionó para quitársela.

—No sé —dudó él, Incorporándose.

—¿Perdón? —dijo ella, incorporándose también. Señaló su pene, grande y duro debajo del pantalón.

Él iba a decir algo, pero se lo pensó mejor. Miró el techo y después a ella.

Esa noche tenía el pelo negro y de punta.

—Tal vez deberíamos... —dijo, e hizo una pausa—, esperar.

Ella estaba furiosa. La sospecha empezó crecer en su interior.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó con rabia.

—Vale, vale, vale, vale, vale —dijo él. Se tumbó y tiró de ella. Se desabotonó la camisa. Se desabrochó los pantalones. Ella lo observó hasta que se quedó desnudo a excepción de los calcetines.

—Los calcetines también —insistió.

Él obedeció.

A continuación, él le cogió la blusa y se la quitó por la cabeza. La ayudó con las medias y con las bragas, acompañándolas hasta que pasaron los pies. Ella se puso encima de él. Era un alivio estar tan cerca. Se sintió relajada, moviéndose de la forma habitual.

—¿Has oído algo? —preguntó él al cabo de un momento. Su voz era cortante y se abrió paso entre la luz de las velas.

—¿Algo? —dijo ella. Estaba completamente transportada y no le gustaba cómo él se estaba ablandando en su interior.

—Alguien. En el rellano.

—No sé. Tal vez. Ese perro.

Estaba moviendo las caderas en círculo encima de él. No quería preocuparse por lo que estaba preocupando a Joseph.

Le pareció que él intentaba no correrse. Habla resistencia en sus músculos. Eso la enfadó y presionó con más fuerza y se movió más rápido. Puso su boca muy cerca de la de Joseph y, cuando él gritó, el sonido resonó también dentro de su cabeza. Ella se desplazó rápidamente hasta la boca de él y se arrodilló encima, y, cuando se corrió, cayó hacia delante y se quedó apoyada con las manos, riéndose.

—¡041-74-3400! —dijo.

Era hora de abrir la granada.

—Déjame a mí —insistió ella, pese a que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Cogió una de las reliquias familiares del desconocido, la apoyó en la estrecha franja de encimera y clavó en la granada un cuchillo para la carne. Grandes gotas rojas salieron disparadas de la fruta, salpicando las paredes y

los armarios. El plato resbaló de la encimera y se hizo añicos contra el suelo de linóleo.

Joseph y Josephine esperaban con aire culpable en la acera bajo la luz de la farola y la llovizna, rodeados de maletas llenas a reventar y bolsas de lona rebosantes de cosas metidas de cualquier forma. Una botella medio vacía de vino blanco barato asomaba entre la ropa sucia. Su paraguas tenía las varillas torcidas como en una viñeta cómica. La calle estaba desierta bajo las vías del tren. No pasaba ningún taxi. Entonces apareció uno, pero el taxista aceleró al verlos. Esperaron mucho rato. Detrás de ellos, en el edificio, el perro tricéfalo armaba escándalo, tan siniestro y frenético como siempre, y un plato ordinario intentaba dar el pego entre tres reliquias familiares.

El taxista que finalmente los recogió les habló de la lejana granja que tenía; criaba vacas y cultivaba plátanos en otro continente, y pronto volvería a ese lugar y se quedaría a vivir allí para siempre. Josephine sintió que la corroía la envidia, pero, aun así, le preguntó educadamente acerca de las técnicas de cultivo para frutas tropicales.

En vez de jardín, el apartamento con jardín tenía una entrada mal iluminada que olía a bodega. Ni siquiera había una maceta. Sí que había, sin embargo, como señaló Joseph, un edredón con estampado de mariposas en la cama.

—Y la bañera es rosa —anunció desde el cuarto de baño.

Ella se sintió mal por que él se sintiera mal por no saber que allí «jardín» significaba «sótano» en los anuncios inmobiliarios.

—Tomaré un baño —dijo ella, intentando contentarse con lo que había. Pero, cuando se disponía a abrir el grifo, algo negro asqueroso salió borboteando del desagüe. Le entraron arcadas y fue corriendo a la cocina, donde estaba Joseph.

—Es solo una cría —dijo él.

Al principio ella no entendió a qué se refería, pero entonces vio una pequeña cucaracha caminando lentamente hacia el frigorífico.

—Solo quería sentirme inmaculada unos minutos al día.

Pasear al sol la hizo sentir inmaculada. El helado de menta y dormir ocho

horas y no tener que tocar ninguna carpeta gris y darles algún dólar a los violinistas del metro y beber grandes vasos de agua y comprar al cincuenta por ciento de descuento un calendario de paisajes naturales del *hinterland*. Joseph hizo lo que pudo, a pesar de que el cielo estuvo nublado casi todo el fin de semana. Y, aunque siempre había sido una persona inquieta, aunque sus movimientos nerviosos habían irritado a Josephine durante diez años, ahora habían llegado a un extremo terrible.

—¿Se puede saber qué te pasa, 041-74-3400? —le preguntó por fin el domingo por la tarde, cuando él estaba jugueteando simultáneamente con la pata de la mesa, el salero y una cuchara.

—Estoy asustado —le confesó.

Sintió una enorme compasión por él. Cogió el salero y la cuchara. De repente, tuvo la absoluta certeza de que nunca volvería a abandonarla; de que nunca volvería a pasar una noche sentada a solas y preguntándose dónde estaría. Al menos, no hasta que él muriese.

—Bienvenido al club —dijo.

—Bienquerido *blues* —respondió él.

NUEVE

vafe*^(&))U)BBJE()

El lunes por la mañana, clavó con chinchetas el nuevo calendario — fotografías en color de campos de flores silvestres— en la pared, al lado del escritorio. Ocultaba algunas manchas. Resistió la tentación de adelantarse y echar un vistazo a la foto del mes siguiente; así se pasaría lo que quedaba de mes en un estado de ligera expectación.

Pero, de momento, era lunes; el cerebro tenía que estar por completo al servicio del deber, del cotejo de información.

Los nombres iban y venían entre sus dedos. Empezó a olvidar que tras ellos había personas de carne y hueso. Se convirtió en una especie de juego, la búsqueda de nombres curiosos, nombres que sonaban como si se los hubieran inventado unos niños, cualquier migaja de diversión entre todos aquellos nombres infinitos e infinitamente corrientes: Ida Abagaba, Timothy Bonebreak, Sadie Elbow. Todavía le procuraba un poco de diversión encontrar coincidencias; ocho apellidos seguidos que empezaban con «F», tres Eve como segundo nombre, una Sarah Jane seguida de inmediato de una Sarah Jean.

Confortada por al fin de semana relativamente tranquilo, descubrió un poso de alegría en su interior, una gratitud recién descubierta por su situación. Joseph había vuelto y se encontraba bien; allí estaba ella sentada como el capitán de un barco diminuto; sabía lo que hacer y cómo hacerlo; estaba bien hidratada. Esa noche, una vez hubiera terminado la tarea que le habían asignado, iría a casa con él. Sus ahorros iban aumentando en la pequeña cuenta corriente que compartían, cuyo saldo había rondado el cero

durante muchos meses. Eso era una vida; era una vida; era su vida. Esos pensamientos tranquilizadores la ayudaron a sobrellevar el día hasta que, a media tarde, alzó la vista y vio a La Persona con Mal Aliento plantada en silencio en la puerta de su despacho. Intentó disimular los estremecimientos producidos por el sobresalto.

—Por Dios —dijo La Persona con Mal Aliento, señalando con un dedo grisáceo el calendario—. No debe colgar nada en las paredes. De lo contrario, los pintores podrían acobardarse cuando vengan.

—De acuerdo —contestó Josephine.

La Persona con Mal Aliento esperó.

Josephine quitó la chincheta. El calendario cayó al suelo. Cuando se agachó a recogerlo, vio pelos viejos y bolas de polvo debajo del escritorio; un olor a humedad acumulada durante años.

—Buena chica —dijo La Persona con Mal Aliento, pero, en esa boca árida, el coloquialismo sonó inapropiado.

—¿Lo de las paredes no se solicitó hace ocho años? —murmuró Josephine cuando la puerta aún no se había cerrado del todo. Se pasó medio minuto deseando que no la hubiera oído y el otro medio deseando que lo hubiera hecho.

Le dio una patada al último cajón del escritorio, vendó su testarudez con un tirón y deslizó dentro el calendario. Estaba a punto de cerrar el cajón de un golpe cuando se frenó, volvió a sacar el calendario y lo abrió por el mes actual: una ladera alpina cubierta de flores amarillas y púrpuras. Tan ajena a ella en ese despacho como una imagen de un planeta de otra galaxia. Acarició la reluciente página. La miró entornando los ojos, para intentar ver el bosque detrás de la pradera; ¿había una mujer, una mujer que llevaba un niño en la espalda, de pie entre las sombras de los pinos? El reflejo de la luz fluorescente en la página satinada le impedía ver la imagen con claridad y tenía la vista cansada después de horas de trabajo.

Cogió la chincheta, la clavó en la pared y colgó el calendario en el mismo sitio que antes.

Aquel minúsculo acto de rebeldía aligeró su paso esa noche en el camino de vuelta al pseudoapartamento con jardín. Pasó por delante de un restaurante

chino de comida para llevar, se paró a leer el iluminado menú en el escaparate, contempló la extrañamente tentadora posibilidad de llevarse un empalagoso pollo con ajonjolí y se sintió un poco optimista.

Pero entonces reparó en un hombre con pantalones vaqueros y una sudadera gris que estaba de pie dentro del restaurante —su piel enfermiza en contraste con el verde claro de las paredes— mirándola fijamente. Sus ojos mostraban una concentración inquietante, como si la hubieran elegido. O tal vez solo estuviera mirando absorto hacia la calle.

Incómoda, Josephine se apresuró a seguir su camino. En cuanto empezó a andar, el hombre de la sudadera gris se dirigió rápidamente a la puerta del restaurante. Ella aceleró el paso, corriendo en las últimas manzanas, incapaz de mirar atrás para comprobar si la seguía, por miedo a que eso pudiera alentarlos. Solo cuando hubo alcanzado la dudosa seguridad de la oscura escalera se atrevió a echar un vistazo. En la acera no había nadie.

En su nervioso y encogido fuero interno, esbozó una sonrisa débil y desdeñosa. No obstante, era un alivio bajar a trompicones los peldaños del sótano, tirar el bolso en la silla desvencijada y llamar a Joseph.

No estaba allí. Casi disfrutó el leve hormigueo de impaciencia, de duda; cuando llegase, y lo haría de un momento a otro, ella le daría al hecho de volver a verlo la importancia que merecía; «¡041-74-3400!», le diría.

Le saltó directamente el buzón de voz. Estaba lleno. Acababa de colgar cuando sonó la notificación de un mensaje de texto. Cogió el teléfono de inmediato, pero el mensaje era de su madre: «Las manzanas están en su punto hoy hemos ido al huerto tendrías que estar aquí. ¡Besos!».

Se sentó a la mesa de la cocina, El sótano estaba lleno de sombras y de olor a tierra.

Al menos no había cucarachas a la vista. Recorrió sigilosamente todas las estancias del apartamento. Hasta los objetos más inofensivos habían adquirido una indudable apariencia malévola: la jarapa, el cubo de basura de plástico, la colcha de mariposas. Volvió a la cocina. Bebió un vaso de agua. Empezó a encontrarse mal. Estaba enfureciéndose cuando el teléfono comenzó a vibrar en la mesa.

—¿Dónde estás? —preguntó.

La breve respuesta consistió en una confusión de ruidos indescifrables.

—¿Dónde estás? —gritó.

Esta vez la respuesta fue un murmullo entrecortado. Puede que un trío de gerundios («haciendo pegando jodiendo») o puede que no. Sílabas distorsionadas, y entonces, claro como el agua, un suspiro de agotamiento justo antes de que su voz se hundiera de nuevo en el barro de las interferencias.

—¡No te oigo! —gritó, consciente de la violencia con que lo hada.

Él dijo unas cuantas cosas más, pero ella solo consiguió entender fragmentos, pitidos y caos.

—... palosohaz... granrega... dadycurar... ada... onto...

—¿Qué? —chilló ella.

Él dijo algo que parecía terminar con una exclamación.

—¿Qué?

—... así que...

La voz de Joseph surgió alta y perfectamente clara durante dos palabras, a las que siguió el corte de la comunicación y un silencio absoluto.

DIEZ

2s3qd423efwdbgr7h [{}]]

El Four Star Diner estaba abarrotado con la muchedumbre habitual de los lunes por la noche, pero, así y todo, Hillary se abrió paso rápidamente en cuanto Josephine puso un pie en el restaurante. Su coleta naranja brillaba más que ninguna otra cosa en aquel local reluciente.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —dijo Hillary a voz en cuello—. Ven conmigo, cielo. —Rodeó a Josephine con un brazo y la condujo con decisión hasta la fila de taburetes rojos de la barra. Parecía mayor de lo que Josephine recordaba—. ¿Qué te pongo? ¿Un sándwich de atún con queso fundido por encima? ¿Uno con queso gratinado? Espera, no, desayuno para cenar: ¿qué tal unos gofres? ¿Tortitas? Con fresas, ¿verdad? ¡Bingo! ¡Una chica necesitada de tortitas con fresas! Escucha, vuelvo enseguida. Tengo una mesa de abuelitas que quieren un millón de cosas.

Hillary le sirvió la comida muy rápido, guiñándole un ojo, y Josephine se la comió también muy rápido, casi de forma grosera, como comía siempre Joseph. En cuanto se acabó las tortitas, la asaltó otra vez la sensación de no saber qué hacer; había dado el largo paseo hasta el restaurante y había comido, pero ahora el dolor estaba golpeando enloquecido, furioso. Hillary se acercó para limpiar la barra.

—Bueno, cuéntame —le dijo a Josephine, como si fueran amigas íntimas—. ¿Dónde ha ido?

Josephine se quedó mirando el salero.

—Oh, cielo —exclamó Hillary—. ¡Tienes una pinta horrible! Lo he sabido en cuanto has entrado por esa puerta. Bueno, en realidad, lo supe la

noche que pasasteis aquí, cuando quiera que fuera. Te dije que era vidente, ¿no? Quédate por aquí hasta que te hayas calmado un poco, ¿vale?

Josephine apoyó la cabeza en las yemas de los dedos y notó el texto en braille, cada vez más extenso, que formaban sus granos. Se bebió unas cuantas tarrinas de leche, de un solo trago, como si fueran chupitos. La multitud de dientes empezó a disminuir. Observó cómo una familia numerosa obstruía la salida, el alegre caos mientras buscaban el abrigo del abuelo y el chupete del bebé. Distraídamente, solo por hacer algo, se preguntó si alguna vez teclearía el nombre de alguno de ellos en la Base de Datos.

Seguía embelesada con el bebé, que tenía un hipo muy fuerte y rizos despeinados, cuando alguien le cogió la mano y le dio la vuelta sobre el mantel individual de papel. Josephine se volvió y vio a Hillary inclinada sobre la barra, enfrascada ya en el estudio de la palma de su mano. Olía a cigarrillos y a jabón Dove y a sirope. Llevaba remangado el uniforme púrpura imperial, de modo que la serpiente verde de su antebrazo quedaba al descubierto. Tenía la mano caliente, casi ardiendo, y musculosa, y envidiablemente reseca; las manos de Josephine estaban siempre sudorosas. Aunque era raro que una mujer que apenas conocía le tocara los dedos de esa forma, no podía negar que el contacto de Hillary le resultaba tan agradable como el de alguien cepillándote el pelo o masajeándote los hombros.

—Tienes una gran capacidad a la que todavía no le has sacado partido —murmuró Hillary, mirando las líneas con los ojos entrecerrados—. Disciplinada y serena por fuera, sueles ser aprensiva e insegura por dentro.

Josephine intentó apartar la mano, pero Hillary la retuvo.

—Eres demasiado dura contigo misma —prosiguió—. A veces tienes muchas dudas sobre si has tomado la mejor decisión o si has hecho lo que debías.

Josephine se llevó al cuello la mano que le quedaba libre e intentó localizar el nudo que tenía en la garganta.

—No te parece prudente sincerarte demasiado cuando te das a conocer a los demás —dijo Hillary lentamente—. Te enorgulleces de tener tus propias ideas. Sueles ser introvertida, precavida y reservada. Aun así, a menudo deseas estar acompañada. La seguridad es uno de los principales objetivos de tu vida, pero te sientes insatisfecha cuando te ves confinada. Algunas de tus

aspiraciones son poco realistas.

Hillary se interrumpió al percatarse del efecto que estaban teniendo sus palabras, sacó una servilleta del dispensador metálico y la puso en la palma de la mano que le había leído a Josephine.

—No te preocupes —la tranquilizó—, es normal llorar. Todo el mundo lo hace.

Josephine se sentía desnuda, avergonzada, demasiado comprendida. Se pasó la servilleta por la cara y miró fijamente aquel injusto pelo rojo. ¿Hillary era amable o cruel?

—Solo soy el mensajero, cielo —dijo Hillary—. ¿Estás preparada para las buenas noticias?

Josephine volvió a abrir la mano sobre la barra, pero Hillary la ignoró.

—Aunque tienes algunas flaquezas, normalmente eres capaz de compensarlas.

Josephine esperó. Hillary sonrió.

—¿Ya está? —preguntó Josephine.

—¿Te parece poco? —respondió Hillary.

—¿Dónde está él? ¿Cuándo volverá? ¿Seguiremos casados? ¿Tendremos hijos? ¿Cuántos? ¿Cuántos años voy a vivir?

—Oh, cariño —la reprendió Hillary—, no te conviene saber nada de eso.

—¡Claro que me conviene! —protestó Josephine y ella misma se asustó por el alarido que había dado.

—¿Quieres otro café? —dijo Hillary, irguiéndose otra vez y ofreciéndole a Josephine la sonrisa deslumbrante e indiferente de cualquier camarera. Se alejó majestuosamente como si no hubiera pasado nada importante entre ellas.

Josephine dejó una generosa propina, se enrolló la bufanda alrededor del cuello tantas veces como le fue posible y pasó del resplandor rosa y amarillo del restaurante a la oscuridad de la noche, donde las hojas muertas revoloteaban por encima del cemento y en torno a sus pies.

—¡No te preocupes tanto, cielo! —Creía que había salido sin ser vista, pero Hillary le lanzó aquel valioso consejo antes de que la puerta se cerrase de golpe—. ¡Es malo para el cutis!

ONCE

4BKVBEDG-+_QWBGX

Llamaron suavemente a la puerta del despacho de Josephine, a continuación la abrieron de un fuerte empujón y entró Trishiffany con un vestido de fiesta rosa tan grande que se quedó atascada, aunque no dio muestras de haberse dado cuenta. Convirtió una bola de chicle que llevaba en la lengua en un globo enorme. A medida que el globo crecía, empezó a adoptar la apariencia de una parte del cuerpo imposible de identificar; un riñón, o un hígado, o un útero; algo venoso y de color rosa oscuro. Cuando el globo estalló, algunos trozos del órgano salieron disparados hacia la cara de Trishiffany y otros se confundieron con su vestido rosa. Trishiffany se rio tontamente. Algo estaba empujándola por detrás, forzándola a avanzar, y, cuando ella y su vestido rosa de fiesta por fin entraron en el despacho, Josephine vio que quien la estaba empujando era Joseph.

Por la mañana, los ojos de Josephine estaban inyectados en sangre. El sumidero de la bañera rosa seguía estropeado y aquella sustancia negruzca no paraba de borbotear. Se frotó las axilas con una manopla encima del lavabo y se lavó un poco la cara. La luz artificial resaltaba la tensión de los tendones del cuello. Se asustó de sí misma. Los dedos fe fallaban; no conseguía sujetar las cosas, se le cayó el cepillo de dientes. El buzón de voz de Joseph seguía lleno.

Se vistió para ir a trabajar, bebió un vaso de agua, intentó calmarse respirando profundamente diez veces —«disciplinada y serena por fuera, sueles ser aprensiva e insegura por dentro»— antes de salir a lo que resultó ser una mañana de septiembre fresca e indulgente. Se quedó en el umbral un

momento, mirando hacia arriba por el hueco de la escalera, observando todas las hojas que ya empezaban a amarillear, antes de reparar en la notificación de correo que había en la puerta:

JOSEPHINE NEWBURY. NO HA SIDO POSIBLE REALIZAR LA ENTREGA EN EL SEGUNDO INTENTO.

Tampoco le habían dado esa dirección temporal a nadie. El pequeño consuelo que le había brindado la claridad del día se esfumó.

De nuevo en el despacho entre aquellas paredes heridas, Josephine concluyó que había una mujer llevando a un niño, casi ocultos los dos por los árboles y las sombras más allá del campo de flores alpinas. A no ser que fuera cosa de su imaginación. Aun así, la mera posibilidad la calmó. Pero, a pesar de las aguileñas, se quedaba una y otra vez con la mirada ausente puesta en el martes. Era consciente cada vez de que se había pasado varios minutos observando un arañazo en la pared encima del calendarlo, pero al final tuvo que admitir que no podía evitarlo ni controlarlo; no podía escapar a su atracción. Su vista empezó a llenarse de líneas tortuosas.

Cuando un dolor que había arraigado en lo más profundo de su cabeza llegó a la superficie, se fue corriendo a los aseos. Intentó evitar su propia mirada perdida en el espejo concentrándose en la intrincada red de capilares de sus ojos, minúsculas líneas rojas que entraban por un lado del iris y salían por el otro. Se compadeció de sus ojos como si fueran animales frágiles y maltratados que no le pertenecieran. Su piel estaba poniéndose del mismo color, entre rosáceo y amarillento, que las paredes de su despacho. Contó cinco granos que le habían salido en la frente.

La puerta de los aseos se abrió; Josephine se quedó paralizada, como si la hubieran pillado.

—¡Chica Jojo! —Esta vez llevaba un traje naranja con ribetes amarillos—. ¿Dándote una vuelta por aquí?

—Hola —susurró Josephine, y pasó a toda prisa junto a Trishiffany y salló.

No era que no quisiera hablar con ella; precisamente ese día, quería hablar con ella, hablar con alguien, con quien fuera, decir en voz alta «Estoy triste», recitar de un tirón una lista de sospechas. «A menudo deseas estar

acompañada». Pero solo verla —su pregunta amistosa, su ropa vistosa— liberó un rugido de terror en su cabeza, como si todas sus defensas se desintegrasen ante el más leve indicio de una persona amable dispuesta a escucharla. «No te parece prudente sincerarte demasiado cuando te das a conocer a los demás». Nunca se le había ocurrido pensar que algo que no fuera la muerte pudiera separarla de Joseph.

Se pasó el resto del día trabajando con la diligencia de un robot. Un corazón mecánico y obediente.

La puerta del despacho de La Persona con Mal Aliento estaba siempre cerrada, pero a las cinco de aquel día, cuando Josephine se marchaba, la vio abierta y sujeta con un tope. Por la abertura alcanzó a ver a su jefe hablando por teléfono, con los pies encima de la mesa metálica y los tobillos, con calcetines de rombos, perfectamente cruzados.

—HS1292S5656855 —estaba diciendo La Persona con Mal Aliento con un tono aburrido e irritado—. Uno, dos, nueve, dos, ocho, cinco, seis, cinco, seis, ocho, cinco, cinco.

Llevada por un terror incontrolable, Josephine se dio más prisa que nunca en salir del edificio.

Se quedó en el umbral del apartamento y dijo su nombre siete veces antes de aceptar que no estaba allí.

Cerró la puerta. Se quedó completamente quieta en la entrada. No tenía ni idea de qué hacer con su vida en los siguientes minutos. Era mejor y más fácil quedarse allí parada, sin moverse ni un centímetro. No pensar en a quién llamar o a quién avisar. Se habría quedado allí para siempre, sin hacer nada más que pestañear y respirar, pero no tardó en sentir la necesidad imperiosa de mear.

Recorrió el vestíbulo a oscuras hasta el baño, jurándose que en cuanto acabase volvería a la entrada y se quedaría allí quieta. Meó a oscuras, se limpió a oscuras y tiró de la cadena a oscuras. Cuando volvía a su puesto, vio algo en el dormitorio: una forma alargada y oscura encima de la cama.

Lo primero que pensó es que era un intruso, pero entonces se le ocurrió que podía ser él.

Desnudo y durmiendo de lado, como siempre.

Qué extraña se había vuelto su vida.

Se quitó el cárdigan y los zapatos. Se acostó sobre la colcha de mariposas detrás de él y se pegó a su cuerpo, como hacía siempre. Estuvieron unos minutos sin moverse.

Esperaría un poco, solo un poco, y entonces lo soltaría, lo despertaría y le pediría explicaciones, fingiendo que no había estado hasta ese momento abrazada a él.

Cuando apartó el brazo con el que lo rodeaba para prepararse antes de discutir, él le cogió la muñeca. Ella dio un grito ahogado, asustada: le había parecido que estaba profundamente dormido.

—No te vayas —le pidió él, dándose la vuelta para cogerle la otra muñeca.

—Ja —dijo ella con frialdad.

Él se incorporó sin soltarle las muñecas. Su piel tenía una apariencia extraña, maligna, brillante bajo la luz pálida del callejón que entraba por la ventana.

A ella le estaba costando reconocerlo. Parecía eufórico, lleno de energía, casi sobrehumano.

—¿Eres un demonio? —preguntó ella.

—Demonio mundano —contestó él—. Demoniano.

Le soltó las muñecas y se disponía a desabrocharle los botones de la blusa, pero ella le dio un manotazo lo más fuerte que pudo; eso la hizo sentirse bien.

—¿Demonio y ano? —le soltó ella.

—Me gusta —dijo él y volvió a atacar los botones—. Más, por favor.

Ella lo complació con otro manotazo.

—Quítate la ropa —le ordenó, como si fuera un violador—. Es importante.

—Pareces un violador —dijo ella.

Él se rio como un violador.

—La última vez fuiste tú la que se empeñó en hacerlo.

—No me acostaría contigo ahora ni por... —dijo, pero no fue capaz de terminar.

—Ni por... ¿qué?

Estaba enardecido, rebosante de excitación, con una vitalidad que no tenía freno.

—¡Ni por un millón de dólares! —gritó hecha una furia, incapaz de pensar algo más original—. ¡Ni por todo el té de China!

—Pero es necesario —le aseguró él, divertido. La volvía a sujetar con fuerza de las muñecas. Él estaba desnudo y ella vestida, pero los dos sabían quién estaba desnudo en realidad y quién vestido.

Ella era ya incapaz de entender nada. ¿Qué le pasaba a él? ¿Estaba a punto de terminar su vida en pareja? «Algunas de tus aspiraciones son poco realistas». Él le estaba tocando la mano. Acariciándole como un loco las líneas de la palma. Eso le recordó a ella algo. Apartó la mano bruscamente y se encogió sobre sí misma.

—Todo está bien —insistió él.

Josephine deseaba convertirse en una esfera perfecta, sin ningún punto de agarre por donde él pudiera sujetarla.

—Si lo entendieras, lo entenderías —dijo él—. Quítate la ropa.

Ella emitió un sonido de protesta.

—Plantéatelo como un polvo de reconciliación —le sugirió él.

—¿Y qué hay de la discusión? —preguntó ella sin dejar de mirarse las rodillas.

—Lo siento —dijo él— y no lo siento.

Cogió la bola que ella había hecho de sí misma y le separó los brazos de las piernas como si la pelara.

Estaba furiosa; se aferró a sí misma; él se rio como si fuera un juego; tal vez era un juego; ella le pegó un manotazo, curvó la espalda y fingió que era aire, pero él siempre conseguía asirle alguna extremidad.

Ella se rindió. Se tumbó de espaldas sobre la colcha de mariposas. Él empezó a besarla en los labios y siguió por la barbilla, el cuello y más abajo. Esa exasperante mezcla de ira y deseo.

Más adelante, ella estaba encima de él, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en la ventana polvorienta, con la respiración en ese punto de profundidad, exaltación y locura que alcanza justo antes; y entonces, cuando llegó, abrió los ojos y dio un grito de placer: allí, al otro lado de la sucia ventana, había un hombre, un intruso, con los dedos separados, como un

reflejo de los de ella, su cara grasienta alargada en una expresión de éxtasis y sus ojos de un gris brillante y muy abiertos. El grito de júbilo se transformó en uno de horror y cerró los ojos como si eso la pudiera poner a salvo.

Joseph se incorporó debajo de ella, desconcertado, comportándose ya con normalidad, diciéndole las cosas necesarias para tranquilizarla y demostrando su preocupación con las preguntas adecuadas.

Cuando ella volvió a abrir los ojos, en la ventana no había nadie; el maníaco se había esfumado. Empujó a Joseph para quedar los dos tumbados en la cama, escondidos.

Malinterpretando esa urgencia como deseo, volvió a meterse dentro de ella otra vez, y quién era ella para negar el peso de aquello, la rotundidad de su presencia, las costuras rompiéndose debajo de ellos.

DOCE

{sdfvorkgafkhwok';lk | v—.

La Base de Datos la esperaba todas las mañanas como algo vivo, luminoso y familiar, junto con montones de carpetas grises, Era una decisión inteligente poner a los burócratas en despachos sin ventanas; si hubiera habido una ventana, puede que septiembre se hubiera mofado de ella con sus intensos y majestuosos tonos dorados, mientras que, de esa forma, ella y sus carpetas se sumergieron en las tenebrosas profundidades del viernes. La mirada perdida reaparecía a menudo, sedienta de venganza, y la separaba del mundo con su velo de indiferencia. Las carpetas se burlaban de ella cuchicheando como hojas cortantes. Trabajó con frialdad, como alguien que nunca hubiera amado; había hielo en su interior, a pesar de los dos últimos días, en los que Joseph le había preparado chocolate a la taza con cinco especias por la noche, servido en un tazón grande con nata montada y palabras tranquilizadoras, a lo que ella respondía poniendo los ojos en blanco.

A mediodía se sentó en su escritorio, en el arañado cubo rosado que se había convertido en su vida, y se comió un sándwich de queso y mostaza. El sándwich estaba revenido, cayéndose a pedazos, apenas comestible, pero ella nunca dejaba que nada se echase a perder. La soledad de los burócratas a la hora de comer.

Y de pronto ahí estaba Trishiffany; apareció como por arte de magia con su traje color chicle, cerró la puerta y dejó un plato de galletas envuelto en un plástico rosa transparente en el escritorio de Josephine.

—¿Son para mí? —preguntó Josephine con timidez, como una joven actriz recogiendo un premio.

—¡Todo para ti, chica Jojo! —dijo Trishiffany—. Eh, soy tu mejor amiga aquí, ¿no?

Desde luego, habla poca o ninguna competencia (Josephine se acordó con un ligero anhelo de las tres burócratas atareadas que le hablan dado indicaciones erróneas para encontrar la máquina expendedora). No obstante, eso no restaba valor a la infinita ternura que sintió de repente en su interior por Trishiffany, que estaba quitándole el plástico al plato y empujándolo hacia ella.

—Galletas de clase obrera —le explicó Trishiffany—. No suena muy bien, ¿verdad? Pero siempre me ha costado horrores decidirme entre los trocitos de chocolate y los trocitos de caramelo, ¡y aquí no tienes que elegir! ¡Nueces y cacahuetes! ¡Harina y copos de maíz! ¡Pasas y cerezas secas! Por no hablar del coco rallado. A veces necesitamos sentirnos libres, ¿sabes?

Las galletas eran grandes, macizas y doradas. Trishiffany la observó coger una.

—¿Y? —preguntó, antes de que su víctima hubiera acabado con el primer bocado.

Josephine se había formado una opinión, pero no estaba segura de si debía dársela.

—¿Y? —repitió Trishiffany.

—Es lo que siempre había querido comer —confesó.

—¡Pues claro! —susurró Trishiffany—, claro que lo es, chica Jojo.

Josephine se terminó la galleta y cogió otra. Pero Trishiffany no estaba comiendo.

—¿Es que vas a dejar que me las coma sola? —preguntó Josephine.

—Oh... Tengo que cuidar mi figura —dijo Trishiffany, bajando la vista a las curvas rosas de sus caderas.

—¿Y qué pasa con mi figura? —repuso ella, al tiempo que cogía la tercera galleta; y entonces se detuvo, preguntándose si las galletas estarían envenenadas.

—Bueno, yo no he pasado por lo que has pasado tú últimamente —explicó Trishiffany—. Te mereces una galleta, y siete también.

—¿Lo que he pasado últimamente? —repitió Josephine, alarmada. No te había dicho una palabra a nadie sobre nada. Sin embargo, era agradable oír

que alguien se compadecía de su situación. Pero entonces se le ocurrió que Trishiffany podía ser la otra, y la idea la hizo estremecerse—. ¿Porqué he pasado yo últimamente? —preguntó con cautela, tanteando el terreno.

—¡Oh, chica Jojo! —exclamó Trishiffany—. ¡Eres un encanto! No hace falta que seas siempre tan desconfiada, ¿sabes?

Josephine miró fijamente los ojos inyectados en sangre de Trishiffany. Sus propios ojos cansados se reconocieron en los de su colega. «Sueles ser aprensiva e insegura por dentro». Descartó sus ridículas sospechas.

—Lo sé —admitió Josephine. Mordió la tercera galleta. Notó cómo se soltaba; quería hablar con Trishiffany de su piel estropeada, de su vista, que empezaba a fallarle, de su marido desaparecido, del hombre del restaurante chino, del vagabundo de su orgasmo. Quería que la abrazara alguien amable. Quería llorar y lamentarse con una mujer que siempre se acordase de llevar clínex en el bolso.

Trishiffany pestañeó y, a continuación, le guiñó un ojo.

—Avísame si alguna vez necesitas un abrazo gratis —dijo—. Me apasionan los abrazos gratis, ¿sabes? El otro día vi a un hombre en el metro con un cartel en el que ponía ABRAZOS GRATIS y me encantó.

En ese momento, Josephine («introvertida, precavida, reservada») se replegó en sí misma, cambió de opinión. Al fin y al cabo, apenas conocía a Trishiffany.

—Gracias por el ofrecimiento —contestó educadamente—. Te avisaré cuando lo necesite.

Por primera vez desde que la conocía, Trishiffany parecía incómoda; puede, incluso, que le hubieran subido un poco los colores de su ya de por sí colorada piel.

—Bueno, ¿y tienes novio o algo? —preguntó Josephine, para cambiar de tema y a modo de ofrenda de paz. Había perdido práctica con la amistad desde que se habían marchado del *hinterland*, donde tenía unas cuantas amigas que le hacían más revelaciones íntimas de las que a ella le habría gustado.

Era fácil imaginar a Trishiffany en una cocina, horneando algo lleno de mantequilla y azúcar para un hombre que la encontraba encantadora. Era fácil imaginarla tranquilizando algún día a un bebé con esos grandes pechos.

—No —dijo Trishiffany de forma inexpresiva. En su voz no quedaba ni rastro del entusiasmo habitual.

Un terrible paso en falso. Hacer que una persona amable como Trishiffany se sienta mal por no tener a nadie. Porque la verdad es que era una persona amable, a pesar de algunas peculiaridades irritantes. Josephine dudó si debía disculparse o no.

—¡Me encanta vivir a través de las experiencias de los demás! —añadió Trishiffany, animada de nuevo—. No te preocupes por mí, chica Jojo. Tengo todo lo que necesito, ¿sabes? Uno hace lo que tiene que hacer por sí mismo. Disfruta de las galletas, ¿vale?

—Eres demasiado amable —dijo Josephine, tan sinceramente que se le hizo un nudo en la garganta al llegar a la última palabra.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió Trishiffany con un último guiño.

Nadie.

Nadé.

Sola.

Cola.

—¿Hola? —dijo Josephine en la soledad de su despacho. Fue como si alguien hubiera hablado. Miró la Base de Datos. Miró las carpetas. Miró las paredes dañadas.

Oh, la la.

No pudo aguantar la risa que le salió de dentro. Se sintió como una anciana loca.

Anciana loba.

Aciaga boda.

—¿Hola? —dijo otra vez.

Oh, la la.

A las 16:57, La Persona con Mal Aliento abrió la puerta y dejó una caja de carpetas grises en el escritorio de Josephine.

—Cincuenta y seis para tramitar de inmediato —anunció La Persona con Mal Aliento. Las pastillas para el aliento lo intentaban sin éxito. La cara

parecía aún más imprecisa de lo normal.

Josephine pensó que ojalá tuviera el valor suficiente para decirle que era viernes y que tenía que marcharse sin falta dentro de tres minutos. Pero, en vez de eso, respondió con un ligero asentimiento y sacó la primera carpeta de la caja. ¿No había un cuento sobre una chica con una rueca y una habitación con cantidades infinitas de paja?^[8]

A fin de hacer la tarea algo más llevadera, se imaginó a la gente a la que pertenecían los nombres de las carpetas en distintas situaciones: un par de ojos entrecerrados, una mano eligiendo fruta en una verdulería, un cuerpo pasando por una puerta. Se distrajo fantaseando con la posibilidad de llegar a conocerlos —por ejemplo, en un bar con las paredes revestidas de madera, techo de hojalata y relucientes botellas llenas de líquido de color bronce—. Se los imaginó saliendo de entre las líneas de la Base de Datos, entrando en su vida, dándole la mano, pidiendo su bebida favorita, achispándose un poco, pasándole un brazo por los hombros, estampándole besos húmedos en la frente, agradeciéndole su trabajo.

Sin embargo, la fantasía no podía durar mucho; al final, agotada, cedió a la inexorabilidad de teclear 09272013 cincuenta y seis veces, sin molestarse en buscar coincidencias, dejando que las letras no fueran más que letras y los números, solo números, FASAD/FADIL/MURR... FISHBEIN/SAMUEL/BLAKE... HOLGATE/CATHERINE/JOAN... KAPLOWITZ/MICHAEL/EPHRON... LAZAN-VINCENT/PAULINA/RENEE... MCGOWAIN/THERESE/RAINE... MCMURPHY/SHANNON/SIOBHAN... MURCER/JONATHAN/KEITH... PANIAGUA/YASMIN/JADE... PRINCE/JOSHUA/DAVID... SCANDURA/DAVID/SCOTT... SCHMIDT/DIANE/HOPE... SHAFIQ/IMRAN/SEAN... SMITH/LYNETTE/ARLENE... TOUSSAINT/PAOLO/IVES... TROILER/JENNIFER/BROWN... YAU/TZER/SUNG... ZILBERMAN/EZRA/TODD...

TRECE

90frebESSD

El domingo por la mañana, todavía tenía los ojos inyectados en sangre, manchadas de toda la semana. La despertó su estómago vacío, que rugía enfadado. Ahora le resultaba más fácil que antes zafarse de la calidez del sueño, abandonarlo a él en la cama. Todos esos años había detestado el momento en que uno de los dos se levantaba de la cama primero y dejaba allí al otro; ese día, en cambio, casi lo disfrutó, separar su cuerpo del de Joseph.

De raíz.

Infeliz.

Lo que quería era regaliz; necesitaba regaliz. Regaliz lo bastante negro para dejarle las tripas verdes.

Ni siquiera la sucia pastilla de jabón azul en el cuarto de baño o la pequeña cucaracha paseándose por la encimera consiguieron quitarle el antojo. Se cepilló los dientes, bebió un vaso de agua y vio una mancha en el techo bajo.

Antes siempre dejaba una nota, pero ya no.

—¿041-74-3400? —susurró en el dormitorio mientras se abotonaba el jersey.

Fuera, la luz gris le daba a todo una tonalidad gris.

Un par de ratas pasaron zigzagueando por las vías del metro. Parecían asustadas, como si buscasen algo por ahí abajo. «Son bonitas», le había replicado él cuando solo llevaban unos días allí y ella se quejó de los bichos que había por todas partes, del salvajismo de aquella ciudad.

Salvo seísmo.

Sadomasoquismo.

—¿Hola? —murmuró.

Oh, la la.

El tren apareció, empujando aire estancado, y se detuvo con una serie de chirridos cansados.

La tienda de golosinas estaba cerrada. Eran las 07:43 de un domingo. La tienda abriría dentro de tres horas y diecisiete minutos. «Algunas de tus aspiraciones son poco realistas». Se quedó plantada delante del escaparate, hambrienta. Había expuesto un tarro enorme lleno de regaliz negro. Estuvo observando su reflejo en el tarro hasta que tuvo la sensación de que el regaliz formaba parte de su cara. La piel le vibraba.

Al final salió de su ensimismamiento y volvió a la realidad de la acera, los transeúntes que pasaban de tanto en tanto, un hombre con una sudadera gris que caminaba en ese momento por detrás de ella.

En el metro de vuelta, un mendigo elegante —pelo largo blanco, traje holgado y polvoriento— pasó por el vagón enumerando comidas:

—Sándwich de huevo. Espaguetis. Falafel.

Llevaba en la mano un vaso de papel que agitaba al ritmo de sus palabras. Un reguero de mocos iba de la nariz a la camisa, con su esbelto perfil suspendido airosamente a lo largo de quince centímetros o más.

—Queso *cheddar*. Tacos. Tostadas con mermelada de uva. Un batido de chocolate.

Le resultó desagradable, pues consiguió que se sintiera más hambrienta que nunca, así que le dio la espalda y se quedó mirando la oscuridad al otro lado de la ventanilla. Las paredes del túnel brillaban debido a algún tipo de humedad.

—¡Skittles! ¡M&M's! ¡Snickers! —mendigó el mendigo—. ¡Regaliz negro!

Se volvió como un resorte, convencida de que tendría la vista clavada en ella, dentro de ella. Pero ya estaba empujando las puertas interiores, arrastrándose hacia el siguiente vagón.

En el asiento contiguo al suyo, había un periódico del día abandonado. No tenía por costumbre tocar objetos abandonados en el metro, pero estaba

inquieta, ansiosa por encontrar algo con lo que distraerse.

«UNA PAREJA DE RECIÉN CASADOS, UN COCINERO Y UN INGENIERO ENTRE LAS VÍCTIMAS DEL ACCIDENTE DE AVIÓN... El pasado viernes, bien entrada la noche, cerca de la costa... Solo se ha dado a conocer el nombre de unas pocas víctimas: Marvin Anderson (43), Hilary Bower (35), Jerome Chavez (67), Jillian Coleman (52), Alison Egret (27), Sam Fishbein (31)».

Sam Fishbein.

«Sam Fishbein».

FISHBEIN/SAMUEL/BLAKE.

«De momento, se calcula que hay cincuenta y seis víctimas mortales».

—¿Qué te ha pasado en los dedos? —le preguntó él cuando entró tambaleándose en el sótano. Estaba cocinando avena—. Te gusta con canela, ¿verdad?

Ella bajó la vista. Tenía los dedos grises, adormecidos, y tardó un buen rato en darse cuenta de que la tinta del periódico le había manchado la piel.

CATORCE

))'&%#\ODFLHGRFVE

El lunes por la mañana, muy temprano, Josephine recorrió a toda prisa el largo pasillo, tapándose los oídos con las manos. Hasta ese momento, no se había percatado de que se había acostumbrado al ruido de las máquinas de escribir hasta tal punto que ya no lo notaba, pero ese día volvía a oírlas, el discreto e insoportable rugido de un millón de cucarachas desfilando. Era temprano, pero no lo suficiente para adelantarse a los mecanógrafos.

—¿Qué le pasa al reloj? —había dicho él desde la cama cuando ella se levantó con el dormitorio en penumbra. Estaba desorientado, soñando.

—No te preocupes, duerme —susurró ella hasta que él volvió a recostar la cabeza en la almohada—. Hoy tengo que entrar temprano.

—¿Hay un perro? —murmuró él desde debajo de la colcha de mariposas.

Ahora ella entró apresuradamente en la discutible seguridad de su despacho, donde la esperaban seis montones de carpetas grises; el trabajo acumulado durante el fin de semana.

Tal vez estuviera trabajando para una compañía aérea.

Se sentó. Abrió la primera carpeta. AMATTO/ANNA/MARLENA. La cerró de golpe.

No cogió la siguiente carpeta. No puso los dedos en el teclado. Se levantó. Se sentó.

La Base de Datos zumbaba, hambrienta.

Abrió y volvió a cerrar inmediatamente la primera carpeta del segundo montón (EATHER/HARVEY/JAMES), del quinto montón (PESAVENTO/ARTURO/BENJAMIN).

¿Qué iba a hacer? ¿Iba a pasarse todo el día allí sentada, temblando y abriendo y cerrando carpetas, ignorando la Base de Datos?

Volvió a abrir la de PESAVENTO/ARTURO/BENJAMIN. D09302013. La fecha de ese día.

Pero, si su teoría era correcta, la «D» no era de «Día».

Por primera vez, examinó la segunda línea del impreso. La había visto antes, por supuesto, miles de veces, pero siempre como una confusa y compacta sucesión de letras y números mecanografiados.

«G1(Z)01102003G2(B)01152003G3(E)01252003G4(F)3122003G10052003».

Comprendió entonces, avergonzada, que los números que había entre las letras eran fechas; había sido una estúpida por no darse cuenta antes.

Aquella revelación la atravesó, la rodeó, la envolvió, la asfixió. Preferirla no hacer eso. No quería pensar en esas líneas. Pero, volviendo atrás, al fijarse otra vez en la segunda línea (confundida todavía por aquellas crípticas letras), ¿no podía suponer que todas esas fechas de 2003 tenían alguna relación fundamental con D09302013, a pesar de que había una «G» donde ella habría esperado una «N»?

Pero no. Era imposible. Sí resultaba que tenía razón, significaría que, ese día, un niño de diez años llamado Arturo Benjamín Pesavento...

Arte en mi convento.

—No puede ser —susurró Josephine.

No ser no duele.

Era imposible que estuviera en lo cierto, No cabía duda de que se trataba de un malentendido; un malentendido cósmico. Y, sin embargo, le temblaban tanto las manos que apenas podía sostener el lápiz con el que estaba escribiendo en un pósito el nombre completo de Arturo Pesavento. ¿Por qué hada eso? ¿Qué iba a hacer con ese bonito nombre cuando consiguiera escribirlo de forma legible?

Legible.

Vil gel.

—¡Serénate! —dijo en voz alta, consciente de pronto de lo que tenía que hacer, la única forma de calmar los temblores.

Los Pesavento vivían en una casa adosada de ladrillo, en un barrio exasperantemente silencioso al lado de un cementerio, con la acera barrida a conciencia y unos grafitis no demasiado ofensivos al otro lado de la calle. Unos pocos árboles delgados e inestables se esforzaban por seguir creciendo en los cuadrados de tierra que les habían adjudicado. El ruido de una pelota botando resonó por toda la manzana vacía como si estuviera jugando con ella la última persona con vida de la Tierra, a pesar de que Josephine no veía a nadie con un balón.

Arturo Pesavento estaba sentado en los escalones de cemento de la entrada. Un niño de diez años regordete, con el pelo negro y espeso cortado a lo casco y la barbilla pringosa de haberse comido un polo hacía poco. Estaba jugando con una videoconsola portátil.

Josephine no cabía en sí de alegría. Había sido facilísimo encontrar la dirección por internet, ir hasta allí, verlo, quedarse tranquila. Era consciente de que tenía que dejar de mirarlo fijamente, pero no podía evitarlo.

—¿Qué miras? —preguntó él, alzando la vista de su videoconsola.

El alivio que sentía era tan grande que no la dejaba hablar. Se habría quedado allí todo el día haciendo guardia; para asegurarse de que ningún conductor daba un volantazo y se subía a la acera, de que el niño se iba a la cama esa noche tan sano y salvo como lo había encontrado ella.

—¿Tengo monos en la cara? —le gritó él, enfadado.

—Los... árboles —dijo ella—. Estoy haciendo un estudio sobre los cerezos.

—Vale —contestó él, un poco más relajado, y volvió a concentrarse en la videoconsola—, pero estos son manzanos silvestres.

—Vale —repitió ella. Parecía tan sano, tan vivo, tecleando con energía en su maquinita, a millones de kilómetros de su muerte.

—¡Lo maté! —farfulló, dirigiéndose a la pantalla—. He ganado —le hizo saber a Josephine, encorvando la espalda para darle mayor vehemencia a la noticia.

—¿Cuántos años tienes? —dijo ella, sin mucha naturalidad.

El chico pareció dudar si debía responder a la pregunta.

—Once —contestó por fin.

—¿Once? —Se te tensó la garganta—. ¿No tienes diez?

Él arrugó el ceño y la miró.

—No —dijo, casi con paciencia—. Tenga once.

—Lo siento. —Tal vez se había equivocado con las fechas—. Pensaba que tenías diez.

—Pues no tengo diez —zanjó sombríamente Arturo Pesavento—. Mi hermano estaba a punto de cumplir diez.

—Tu hermano —repitió ella, mientras la casa de los Pesavento ganaba nitidez delante de ella. ¿Cómo había podido pasar por alto los globos medio desinflados que estaban atados a los barrotes de la ventana y en los que todavía se leía MEJÓRATE, y el altar que rodeaba a la pequeña virgen azul fijada con cemento a la acera al lado de los escalones, y el osito de peluche empapado, y las cintas y las notas y el trofeo de fútbol? ¿Por qué no se había preguntado qué hada un niño de esa edad fuera del colegio un lunes a esas horas?

El hermano mayor de Arturo Pesavento cogió su videoconsola y subió los escalones hasta la puerta de entrada.

—Vete —le dijo bruscamente—. ¡Por favor!

Cuando se dio la vuelta para marcharse, un hombre con sudadera gris que paseaba por la acera de enfrente la miró y sonrió.

QUINCE

GRFV?>TUK<JM>0<;

El ambiente en el cementerio era extrañamente caluroso, con un veranillo de San Miguel holgazaneando sobre las tumbas. Hasta el ángel de mármol que soltaba agua en el estanque parecía deshidratado. Y era dolorosamente bonito: las colinas mullidas y ondulantes como las del *hinterland*, los árboles inmóviles, el césped tan bien cuidado. Ciento noventa y cuatro hectáreas de prados y muerte, medio millón de cuerpos bajo sus pies, sus moléculas llevando a cabo, muy probablemente, algún tipo de intercambio con las de ellos. La planta de los pies le vibraba.

Nombres, nombres por todas partes; nombres en los que ponía su atención apenas un segundo antes de desviarla a otro sitio; una sensación que le resultaba bastante familiar, la de estar sola con miles de nombres. Las lápidas brillaban al sol. Acanthus Path, Monarda Path, Spirea Path, Laburnum Path, Woodbine Path.

Pato monarca.

Espía real.

Cuando se dio cuenta de que tenía sed, ya estaba un poco mareada. Se obligó a llegar a lo alto de una colina y allí se sentó medio grogui a la sombra de un panteón familiar.

Iba a vomitar; se preparó para hacerlo; estaba avergonzada; la angustia disminuyó. Recostó la cabeza en la fría piedra.

Cría hierba.

Volvió a levantar la cabeza. Pero ¿qué hacía usando una lápida como almohada? Quiso pedirle perdón a los muertos por su falta de respeto. Quiso

pedirse perdón a sí misma por pedirle perdón a fantasmas que podían perfectamente seguirla a casa después.

Levantarse le exigió una enorme fuerza de voluntad. Rodeó la tumba hasta la parte de delante.

BOOMHAVEN

¡Boom, amén!

Su tumba-refugio^[9]; otra azarosa coincidencia, como las que tanto le gustaba encontrar en la Base de Datos.

Deseó que su apellido fuera Boomhaven. Un nombre para alguien que podía defender con uñas y dientes a sus seres queridos y a sí mismo. Josephine Boomhaven, superheroína, estudió el listado de ocupantes del panteón.

MATTHEW JAMES BOOMHAVEN

N. 3 DE OCTUBRE DE 1872 - M. 17 DE AGOSTO DE 1918

HARRIET ROSE BOOMHAVEN

N. 11 DE ENERO DE 1876 - M. 27 DE JUNIO DE 1942

EDITH ROSE BOOMHAVEN

N. 18 DE MAYO DE 1899 - M. 18 DE MAYO DE 1899

Alargó el brazo para tocar el 18 DE MAYO DE 1899 y el 18 DE MAYO DE 1899. Las líneas grabadas le enfriaron las yemas de los dedos.

NMNMNM.

MNMNMN.

Se negó a pensar en la niña, en su breve roce con la vida, en los cuarenta y tres años de desconsuelo que debían de haberlo seguido, en las décadas que habían pasado desde que alguien había reparado en la fugaz existencia de Edith Rose Boomhaven.

He dicho que empujasen.

En lugar de eso, abrió el bolso y miró si llevaba algo donde escribir. El único papel que encontró fue un recibo del Four Star Diner. Escribió con esmero los nombres completos, las fechas de «N», y las fechas de «M».

No era un gran plan, pero era un plan.

Cuando acabó de escribirlo todo, dobló el recibo, lo metió en el monedero, se puso de pie y bajó la colina con grandes zancadas. Wintergreen Path, Yew Path, Hill Path, Mahonia Path, Prim Path.

Entonces, una lápida doble: J. NEWBURY, dos veces.

Intentó resistirse, pero el magnetismo de las letras pudo más que ella y la desvió del Vernal Path.

Al verlo de cerca, comprobó que eran JANE LOUISE NEWBURY y JONATHAN PHILIP NEWBURY. Los habían enterrado el mismo día; 4 DE NOVIEMBRE DE 1870.

Una pareja ardiendo en la cama; una pareja que sucumbe junta a la peste. El sol indiferente. Aparecieron quemaduras de sol en sus mejillas calientes. Un dolor de cabeza le emborronó la vista de rojo. Avanzó tambaleándose entre las tumbas hasta que llegó a la verja negra de hierro forjado. Al otro lado, la gente paseaba y los niños lamían cucuruchos. El milagroso carrito de los helados. Caminó pegada a la verja, aferrándose a los barrotes, esperando encontrar una puerta.

Los olores del mundo se abalanzaron sobre ella —hierba en descomposición, meadas de perro—, y, pese a todo, se le despertó un hambre acuciante. Necesitaba helado, requesón, chocolate, arroz, leche, regaliz.

DIECISÉIS

IIII <><>?//KLO

Sabía que él no estaría en el sótano cuando volviera. Sabía que toda la casa se hallaría sumida en la oscuridad, y la bañera, embrujada, y que se pasaría la noche sentada a oscuras, pasando hambre sola. Le dolían las articulaciones; o tal vea fuera el cerebro. Recorrió la última manzana hasta el apartamento cojeando.

Él estaba allí. Las luces estaban encendidas. Había algo cocinándose. Se quedó en la puerta, sin dar crédito.

Joseph salló a buscarla y sonrió como lo hace alguien que no se pasa el día tecleando fechas de defunción en una base de datos. Le cogió el bolso.

—Tienes pinta de necesitar un abrazo —dijo.

Se sentía como una alienígena. Como si nunca se hubiera enfrentado a la forma en que se hacen las cosas en la Tierra, donde puedes volver a casa y encontrarte allí con alguien que se preocupa por ti; donde una frase manida puede llegarte al corazón cuando se dice en el momento oportuno; donde tus músculos pueden relajarse entregados a los de otra persona.

—Ahora verás lo que te he comprado —añadió.

A ella le entraron ganas de llorar cuando él se alejó.

Joseph fue a la nevera y volvió con una Coca-Cola en botella de cristal. La Coca-Cola en botella de cristal era una de las cosas favoritas de Josephine. Él la abrió con el ribete de la camiseta y se la ofreció. Era un ángel, y lo había sido siempre. Ella bebió con ansia, con el gas quemándole la garganta.

Donde podías tener una necesidad; donde alguien podía ofrecerte algo para satisfacer esa necesidad.

Eso le trajo a la memoria una anécdota graciosa de su pasado relacionada con una vieja amiga que confundía el vodka con agua, relacionada a su vez con otra anécdota más reciente en la que Joseph rellenaba de cerveza una botella de Coca-Cola para gastar una broma; pero contado no tenía tanta gracia. Se sorprendió riéndose. Acarició el contorno perfecto de la botella de Coca-Cola.

Hola, Coca Loca.

—Odio mi trabajo —se permitió confesar, como si lo dijera en el mismo sentido en que suele decirlo la gente—. Tú odias el tuyo, ¿verdad? —Mal de muchos, consuelo de todos.

—Es aburrido —dijo—. Pero está bien, en cierto modo.

Ella no tenía ganas de que se lo explicara con más detalle.

Más adelante, se sentaron en el sofá y comieron zanahorias. Ella apoyó la cabeza en la de Joseph mientras él masticaba. Oía su mandíbula moverse. Le gustaba escuchar los ruidos de su esqueleto.

IIII <><>?//KLO

DIECISIETE

El martes por la mañana, sola bajo la mortecina luz del ascensor, Josephine pulsó el botón ABRIR PUERTA una y otra vez. A Instancia suya, el ascensor había parado en la segunda planta, pero ahora se negaba a abrirse. Lo que hizo, en cambio, fue empezar a subir a su ritmo majestuoso y exasperante. Se detuvo sin motivo aparente en la octava planta y después en la décima. Las puertas permanecieron cerradas. A continuación, el ascensor descendió y se detuvo en la séptima planta, donde las puertas se abrieron a la desolación de un pasillo vacío. De camino al sótano y de vuelta a la séptima planta después, Josephine intentó bajar en la segunda.

Se dio cuenta de que todas las plantas pares estaban cerradas. Las de Archivos. Las que tenían esos aseos polvorientos de los que había despotricado Trishiffany cuando apenas hacía unos minutos que la conocía. Igual que la planta a la que había intentado acceder, sin éxito, en busca de la máquina expendedora.

Metido en el sujetador, y humedecido por su sudor nervioso, llevaba el recibo del Four Star Diner con los nombres y fechas de los Boomhaven.

Estaba dando por sentado, sin mucho fundamento, que en la segunda planta estaría el archivo correspondiente a las primeras letras del abecedario. Pero aquella planta se le seguía resistiendo. Fue con el ascensor arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

Había llegado antes de las horas de oficina, pero ahora ya habían empezado. De tanto en tanto, otros burócratas la acompañaban en la subida; todos salían en plantas impares.

Sabía que las carpetas grises estarían acumulándose en su despacho, sepultando poco a poco su escritorio. Un burócrata con la piel apergaminada

y la mirada apagada subió al ascensor, pulsó el 2 y pasó una tarjeta por un teclado numérico en el que Josephine no había reparado. Las puertas del ascensor —esta vez sí, solícitas— se abrieron en la segunda planta. El burócrata zombi enfiló el pasillo iluminado por fluorescentes, sin prestarle atención a ella.

Una explosión de júbilo, una oleada de pánico; Josephine salió rápidamente del ascensor. Nada diferenciaba aquella planta de las demás: el mismo cemento, las mismas puertas de metal. Pero aquellas puertas, a diferencia de la mayoría, tenían un pequeño rótulo mecanografiado justo encima del pomo.

Se sintió victoriosa y extraordinariamente perspicaz cuando vio que en la primera puerta ponía «AA-AE»; había acertado, por fin.

AAAE.

AEEI.

¡EOEO!

Le dieron ganas de correr y saltar por el pasillo, pero se obligó a caminar como una burócrata, con paso vencido y apresurado.

Más fácil de lo que habría soñado: ahí estaba, la puerta con el rótulo «BL-BR».

Primero probó el pomo: abierta. Se armó de valor, empujó con el cuerpo y entró trastabillando, pues la puerta se abrió sin ofrecer la menor resistencia.

Sonrojándose, cerró y se dio la vuelta para enfrentarse al Archivo BL-BR. El sitio estaba a oscuras. No había dado ni tres pasos cuando se encendió una luz. Se quedó paralizada, pero enseguida se dio cuenta de que la iluminación estaba controlada por un sensor automático. La luz tenue de una bombilla con rejilla metálica iluminaba una zona minúscula del almacén. Parecía imposible que pudiera haber un espacio tan cavernoso detrás de una puerta idéntica a la que daba a su despacho. Pasillos de estanterías metálicas, llenas de cajas con carpetas grises, se elevaban hacia un techo que no alcanzaba a ver.

Josephine avanzó por el primer pasillo. Se encendió una segunda luz, que le causó un leve sobresalto, y después una tercera, y una cuarta, a medida que iba pasando por delante de cajas etiquetadas con múltiples combinaciones de letras. Hacía un calor desagradable, cargado de polvo. Extensas hileras de «BLA», pasillos y pasillos llenos de ellos, y a continuación los «BOA» (apenas había «BM» y «BN»), los «BOB», los «BOC». Cuando por fin se le

agotó la paciencia, empezó a correr, precedida por las bombillas, que se esforzaban por seguirle el ritmo.

Y allí estaban. Los «BOO». Los «BOOM».

Boo.

Boom.

Boomshakalaka.

De nuevo, otro golpe de buena suerte: la caja de los «BOOMH» no estaba en uno de los estantes imposibles, aquellos que se perdían en la profunda oscuridad, sino en uno que quedaba casi fuera de su alcance pero no del todo. Se estiró para llegar a ella. Se sentía fuerte, poderosa, provista de múltiples recursos. Puso a trabajar todos los músculos de sus brazos y dejó la caja en el suelo.

Esas carpetas grises eran como todas las carpetas grises que había visto en aquel sitio. Cuando estaba revisándolas, una de las hojas le hizo un corte en el dedo anular, pero no prestó atención al pequeño hilillo de sangre.

Allí estaban, sus tres BOOMHAVEN, los únicos, justo delante de los BOOMHOWERS. Estaba temblando.

Matthew James Boomhaven. Harriet Rose Boomhaven. Edith Rose Boomhaven.

Sacó las tres carpetas y las extendió en el suelo de cemento en bruto. Se sacó el recibo del sujetador. El impreso no había cambiado. Allí estaban, las fechas mecanografiadas, la «D» arriba a la derecha, la «G» al final de la segunda fila, justo como se temía: D03171913, G10031372. D06271942, G01111876. D05181899, G05181899.

Cerró los ojos y se arrodilló ante las carpetas, comprendiendo, abatida. Notó cómo la fuerza colosal que la había llevado hasta allí la abandonaba.

Cuando volvió a abrir los ojos, se inclinó sobre el impreso de Edith, en el que solo había una pequeña parte del texto caótico habitual en la quinta línea: S*(8X8c'-P=+/- . Edith, que no era más que una recién nacida; Edith, cuya vida había terminado menos de veinticuatro horas después de nacer.

Miró afligida el final de la tercera línea de Edith, la que empezaba con P/G01221872 y terminaba con D08171918.

Ese 08171918 estuvo royéndola durante unos segundos de ofuscación y estupidez, hasta que se dio cuenta de dónde lo había visto. Con los sentidos

otra vez alerta, examinó la cuarta línea del impreso, que empezaba con M/G04151875 y terminaba con D06271942.

Entonces lo entendió. Fecha de defunción del padre. Fecha de defunción de la madre.

Quería que la primera fecha de la tercera y la cuarta líneas del impreso de Edith fuera la fecha de nacimiento de sus padres; deseaba con toda su alma que siguieran aquel orden lógico. Pero ahora tendría que averiguar qué significaban realmente esas fechas; estudiaría aquellas condenadas hojas hasta haberlo entendido todo.

En ese momento, oyó unos pasos; el inconfundible sonido de unos zapatos recorriendo los inmensos pasillos en su dirección, acompañados por el sonido de las bombillas con rejilla al encenderse.

Contuvo la respiración. Ni siquiera se atrevía a mover la hoja que tenía en la mano, por miedo a que hasta ese imperceptible ruido la delatará.

DIECIOCHO

<MY?>TU345< JIMKGN

—Chica Jojo —dijo Trishiffany, apareciendo por el pasillo con un traje fucsia y zapatos de tacón de aguja a juego. Sus ojos estaban más inyectados en sangre que nunca—. No deberías estar aquí.

—¡Eres tú! —exclamó Josephine, aliviada.

—Tienes una pinta horrible, Jojo. ¿Qué te pasa, cielo? ¡Qué ojos más rojos!

—He averiguado lo que hago aquí —explicó Josephine, con un gesto que pretendía abarcar todo el edificio.

Tenía la esperanza de que Trishiffany le preguntase a qué se refería, de que le dijera que estaba equivocada, que lo había malinterpretado todo (¡tontina Jojo!), que no era la burócrata reina de las fechas de defunción.

Pero lo que hizo Trishiffany fue asentir con la cabeza.

—No me sorprende, cielo. Eres más lista que el hambre. Era solo cuestión de tiempo.

—Me niego.

Miniego.

Mi cielo.

—Sí, todos pasamos por ese momento. Pero, si tú no lo haces, chica jojo, lo hará otro. —Trishiffany se recostó en la estantería metálica y apoyó la mejilla en una caja de «BOO»—. Eres muy buena en tu trabajo. Muy minuciosa y muy discreta. Eres capaz de hacerlo con más compasión de la que sentirían otros. En el pueblo donde me crie, el propietario de la funeraria les daba una piruleta a todos los niños que pasaban por allí.

La luz de la bombilla se reflejaba en los dos pares de ojos inyectados en sangre.

—En fin, algunas veces uno ve que pasan cosas buenas —prosiguió Trishiffany—. ¿Te acuerdas de Viola Pink Olguin? Vivita y coleando. Treinta y tres años. La quimio funcionó, o el coche no patinó, quién sabe. Pero ahí está, el angelito.

—No puedo hacerla —dijo Josephine. Y tosió. El polvo.

—No estás haciendo nada, chica Jojo. Solo estés introduciendo datos. Procurando que todo esté al día. Nada más.

—Entonces, ¿quién decide las fechas? —quiso saber Josephine.

—Las cosas se dan por terminadas cuando llega el momento de que así sea. Seguirán muriendo unas cincuenta y siete mil personas al año en esta ciudad, y unos cincuenta y cinco millones en el planeta, con Josephine Newbury o sin ella.

Josephine se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

—¿Lo que más deseas no es tener una buena vida con tu marido y tu hijo sin tener que preocuparte por el paro?

—No tengo hijos —dijo Josephine con amargura.

—Tu escritorio está sepultado por el trabajo pendiente de dos días. —El severo reproche no armonizaba con el tono tranquilo de su voz—. Te recomiendo encarecidamente que vuelvas de inmediato al 9997 y te pongas con esas carpetas.

La fría mirada de Josephine se cruzó con la de Trishiffany, cargada de compasión; ¿era eso el brillo de una lágrima?

Trishiffany le quitó de entre los dedos la hoja de Edith, la metió en su carpeta, recogió del suelo las de los tres BOOMHAVEN, las metió en la caja y volvió a poner esta en la estantería.

Josephine se tapó la cara con las manos.

—Oh, no hagas eso —dijo Trishiffany—. La grasa de las manos no es buena para el cutis. Por cierto, ¿has probado alguna vez PurePore? Podría venirte bien. No es fácil mantener cuidada la piel en estas circunstancias. Yo sigo una rutina diaria para la mía.

Trishiffany hacía maravillas con el maquillaje, pero, al fijarse bien, Josephine advirtió que también su cutis se estaba resintiendo; las huellas de

una erupción quedaban apenas disimuladas por las capas de maquillaje. El descubrimiento le hizo sentir mucha lástima, por sí misma y por Trishiffany, atrapadas en aquel sitio sin ventanas, ganándose el sueldo con funestos trámites burocráticos mientras su piel y sus ojos se deterioraban; mientras ellas se deterioraban.

—Gracias por el consejo —susurró—. PurePore.

—Para eso estoy aquí, chica Jojo —respondió Trishiffany—. Bueno, a bailar.

El nuevo hablará.

Giró sobre sus tacones de aguja y condujo a Josephine por el pasillo en dirección a la puerta.

De nuevo en el 9997, Josephine estaba de pie al lado del escritorio, mirando las carpetas acumuladas, mareada. Una gota de sudor se formó en su axila y le bajó por el torso. No se atrevía a tocarlas. Como si fueran serpientes. Manipular con un palo y evitar a toda costa el contacto con la piel.

DIECINUEVE

))' & \V//}] I BHNMJN I HIGJER

El miércoles por la mañana, Josephine no salló de la cama. No se puso la ropa interior, las medias, la falda, la blusa, sus zapatos de batalla, su cárdigan. No fue al cuarto de baño, no se cepilló los dientes.

Se había preparado la mentira (una supuesta fiebre, náuseas, el principio de una gripe). Nunca le diría la verdad sobre su trabajo; no quería que él también estuviera envenenado.

Pero él apenas pareció notar su letargo.

—Vete sin mí —le dijo ella desde la cama—. Yo no voy a trabajar hoy.

—Ya veo —contestó él y la besó en la frente.

Ella esperaba sus preguntas atentas, alguna muestra de preocupación, pero él se limitó a ponerse la chaqueta con aire satisfecho, como un hombre al que le estuviera esperando un desayuno con cruasanes y café con leche con una amante guapísima.

—Descansa —dijo él, al tiempo que se despedía de ella con la mano.

No estaba segura de si aquella palabra sonaba falsa o si eran sus propios oídos los que le conferían esa falsedad.

Cerró los ojos para retener las lágrimas y se dio permiso para fantasear, para imaginar un café con leche o una copa de vino en una plaza de España, con música alegre, gente bailando y alguien animándola a que bailase también. Pero lo único que vio cuando cerró los ojos fue su despacho, las carpetas de tres días engullendo su escritorio, las paredes rosas magulladas suspirando, cerrándose sobre el ordenador y su zumbido.

A media mañana, su estado físico había empeorado hasta hacer buena su

mentira; se notaba con fiebre, mareada, impregnada en la enfermedad. Tardó media hora en decidirse a levantarse, Ir al cuarto de baño y beber agua. Había una araña en el fregadero.

—Ey —le dijo a la araña.

La araña la miró.

—Hola —respondió la araña—. Vaya, deberías volver a la cama. Tienes una pinta horrible.

—Gracias —dijo con sarcasmo; o agradecida, ni siquiera ella lo sabía.

Se acostó. Un pequeño rectángulo de luz solar entró por la ventana y recorrió la colcha de mariposas. La cama giró lentamente en círculo, en el sentido de las agujas del reloj; a continuación, giró lentamente en sentido contrario. El techo empezó a ondularse.

Nodulares.

De un rosal.

Es un dólar.

Lo durasen.

Rudo en sal.

Salud, reno.

No ser dual.

Un dos real.

—Por favor —suplicó Josephine—. ¡Silencio!

¡Sin cielo!

¡Cien líos!

¡Ni los hice!

Un perro negro enorme estaba en una sombra en el parque, esperando para atacar, en silencio, bonito. Dominada por el pánico, se alejó corriendo y se metió de un salto en un coche. Se puso a conducir, a pesar de que se le había olvidado cómo se hacía. Se saltó un semáforo en rojo, se quedó atrapada en un cruce, provocó un atasco, tomó una autopista, una de esas inmensas autopistas de doce carriles del *hinterland*. Iba a tener un accidente, pero al menos estaba sola en el coche. Entonces miró por el retrovisor y se dio cuenta de que estaba conduciendo un autobús en el que viajaban cien mil millones de personas.

—¡Puedes dejarlo! —le gritó al techo.

VEINTE

|62 |cv |63 |ve1767zuno r8a

El jueves cogió el metro con Joseph para ir a trabajar, como cíe costumbre. Después de pasarse la mañana sentada en su silla, ignorando la avalancha de carpetas grises de su escritorio, sin atreverse a moverse, sin atreverse apenas a pestañear, por fin se levantó justo después del mediodía, salió del 9997 y enfiló el pasillo hada el despacho en el que la habían entrevistado.

—Adelante —dijo la voz, tan seca como siempre.

Para gran sorpresa de Josephine, el escritorio estaba cubierto por un mantel blanco y en él se había dispuesto una elaborada comida para dos, con los cuatro platos protegidos por campanas metálicas. Una jarra de agua, una cafetera de acero inoxidable, servilletas de tela, varias cucharas y tenedores, un par de saleros y pimenteros, una jarra de nata y una cesta con panecillos.

El olor del mal aliento, más apestoso que nunca, inundaba el despacho: Josephine casi esperaba ver un pequeño animal muerto en la lengua de su jefe.

—Discúlpeme —murmuró Josephine, aliviada por tener una excusa para no entrar—. No pretendía interrumpir. Volveré más tarde.

—Por favor, siéntese, señora Newbury.

Seguía habiendo esa imprecisión en su rostro, con la piel mimetizándose con las paredes grises hasta el punto de que la boca casi parecía flotar en el aire. Con su mano derecha señaló el sitio del segundo comensal y, a continuación, cogió la jarra de agua y llenó los dos vasos.

Josephine, indecisa en el umbral, se sonrojó.

—La mesa está dispuesta para usted, señora Newbury —dijo La Persona

con Mal Aliento, con una sonrisa que podía ser amable o forzada; imposible descifrarla—. La estaba esperando.

Alarmada pero obediente, Josephine cerró la puerta y se sentó.

—Aquí tiene la sopa. Buen provecho.

La Persona con Mal Aliento retiró la campana metálica de los dos platos soperos.

Era una sopa verde; guisantes secos, tal vez. Josephine sujetaba la cuchara con dedos temblorosos. Intentó sin éxito concentrarse en el considerable vacío de estómago que tenía en lugar de en el olor que emanaba de su acompañante, agravado ahora por su asociación con el aroma a sopa recocida y sosa.

—Quisiera aprovechar esta oportunidad para darle las gracias —prosiguió La Persona con Mal Aliento untando con mantequilla un panecillo— por el trabajo que está haciendo.

Seta hedónica.

Josephine levantó la segunda campana metálica y centró su atención en los pepinos mustios y en los tomates blanquecinos, buscando desesperadamente algo que mirar que no fueran esos labios resecos. Se refugió bebiendo agua y observó a su acompañante a través del escudo que le proporcionaba el culo del vaso.

—¿Alguna vez le he hablado —dijo La Persona con Mal Aliento— de mis mascotas?

Mismas cosas.

Al parecer, La Persona con Mal Aliento tenía dos gatas, hermanas, de trece años, pero con personalidades diferentes. ¿No le parecía curioso que Lucky fuera encantadora y, en cambio, Charm^[10] fuera insociable? Josephine no pudo evitar imaginarse a las gatas sin cara, con los pequeños colmillos flotando.

El monólogo sobre las gatas duró todo el segundo plato —unos *fettuccini* Alfredo con demasiada nata de los que Josephine tomó soto tres bocados— y les condujo por fin al pringoso y empalagoso pastel de cerezas.

—Esta tarta es un auténtico vicio —dijo La Persona con Mal Aliento, y a continuación, haciendo un movimiento con el tenedor en dirección al postre intacto de Josephine, añadió—: ¿Le parece bien que la ayude con eso?

Asintió y su jefe engulló la tarta.

—Lo dejo —anunció ella.

—¿Alguna vez le he contado lo de Lucky y la tarta de manzana?

La Persona con Mal Aliento desenroscó la tapa del salero y se lo llevó a la boca, donde vertió una buena cantidad de sal.

Josephine lo miraba fijamente.

Con la misma despreocupación, sin dejar de divagar sobre Lucky y Charm, La Persona con Mal Aliento desenroscó la tapa del pimentero y engulló un poco; lamió los restos de mantequilla del papel de aluminio en el que estaba envuelta y se bebió lo que quedaba de nata directamente de la jarra.

—Y por eso —concluyó La Persona con Mal Aliento— tuve que ponerle un ambientador al collar de Charm. No puede dejarlo.

—Este es un país libre, ¿no? —dijo Josephine, en un arrebató de ira.

—Así es —respondió La Persona con Mal Aliento, levantando la campana con la que Josephine había tapado sus *fettuccini* Alfredo después de apartarlos—. Pero usted todavía no ha sacado el máximo partido de toda su capacidad.

Josephine se quedó paralizada, incapaz de responder.

Los labios se trocaron en una sonrisa reseca y misteriosa. Los dedos giraron el tenedor hasta hundirlo en la pasta.

—Adelante. Márchese a casa ya si quiere —dijo La Persona con Mal Aliento—. Tómese el viernes libre; la veremos de nuevo por aquí la semana que viene.

VEINTIUNO

{[]<><CXXT%& | GUYS

—Venga, que nos vamos —anunció Joseph entrando al sótano el viernes después de trabajar.

Ella estaba repantigada en una silla de la cocina, con una taza de té entre las manos, Igual que cuando él se había ido a trabajar. «Hoy voy a tardar un poco más en estar lista —había mentido ella—. Vete sin mí, no pasa nada».

—¿Nos vamos? —dijo ella ahora, con la voz de quien no ha hablado en todo el día.

—¿Estés bien? —le preguntó él, observándola con atención.

—Sí, estoy bien.

—No. —Fue a la cocina y se quedó detrás de ella, ahuecando las manos en torno a su cuello—. Pero al menos ya es fin de semana. ¿Todo bien en el trabajo hoy?

Asintió como si no se hubiera pasado todo el día arrastrándose por el apartamento.

El desconocido al que pertenecía el apartamento con jardín volvería ese fin de semana y Joseph había encontrado un tercer apartamento; un sitio que prometía ser mejor que ese, un poco más caro ahora que su situación económica era ligeramente mejor; un barrio algo más alejado del centro, pero en la misma línea de metro.

—¿Dónde está la bolsa de lona? —dijo él y se fue por el pasillo a oscuras hacia la habitación.

El propietario del tercer apartamento le había dicho a Joseph que estaba

«al lado del puente». Cuando el taxi los dejó a ellos y sus pertenencias en la acera, descubrieron que el puente era, en realidad, una rampa de acceso a la autopista.

Otra puerta de un desconocido, otro rellano mal iluminado, otro juego de llaves con el que intentar acertar en fa penumbra. Dentro se encontraron una habitación llena de plantas, cincuenta o más, desde un cactus hasta un naranjo enano; plantas en macetas, plantas colgando del techo. El ambiente era húmedo, sulfúrico. Joseph se dejó caer en un sucio sofá que había entre todas aquellas plantas. Un helecho colgaba encima de su cabeza como un puntiagudo sombrero verde.

—¿Estoy guapo?

En otro momento de su vida, ella se habría reído. Intentó abrir la ventana para que entrase algo de aire, pero se quedó atascada cuando solo se había abierto dos centímetros.

Encendió la luz del vestíbulo, que brilló con intensidad unos segundos hasta que la bombilla se fundió. En la oscuridad, no lograron encontrar bombillas de repuesto.

—¿Qué hemos hecho para merecer esto? —dijo ella.

—Le hemos roto una reliquia familiar a un tío —contestó él.

Ella lo miró, pero estaba demasiado oscuro para saber si lo decía de broma o en serio.

Bien entrada la noche —cuando ya habían comprado bombillas en un pequeño supermercado, él ya había dicho algo con lo que había conseguido hacerla reír y habían dado con una pizzería («recuerdo del *hinterland*», dijo él cuando les sirvieron una tarta con una base muy gruesa)—, él la abrazó con fuerza.

Ella empezaba a notarse de mejor humor, a pesar de los tóxicos efluvios de las plantas; estaba a punto de murmurar «0041-74-3400» como una palabra cariñosa.

—No seas una piedra —dijo él—. Ya no puedes seguir siendo una piedra.

Piedad

Dar pie.

Se separó de él, confundida, ofendida.

Fue un fin de semana lluvioso. Un clima que a ella le pareció acorde con las circunstancias. Se sumieron en una paz silenciosa. Dejó la mente en blanco y apenas pensó en su despacho, en los montones de carpetas grises creciendo hacia el techo.

El domingo por la noche salieron a pasear. La lluvia había dado paso a una suave neblina. Estaban pasando por una iglesia-convento con un cartel de SE ALQUILA cuando se puso a llover a cántaros otra vez. Mientras se esforzaban por protegerse con su paraguas compartido, advirtieron que otra pareja iba detrás de ellos, tan cerca que resultaba molesto, con sus sombras solapándose con las de Joseph y ella. Esa pareja también intentaba guarecerse a duras penas bajo un solo paraguas.

En el jardín del convento, un foco iluminaba desde el suelo una estatua de mármol de la Virgen María. Encima de la estatua, un árbol solitario y azotado por la lluvia esparcía hojas, delicadas como pañuelos de papel abandonados. Más allá de las hojas, una luz débil salía de unas ventanas tintadas de rojo. Josephine imaginó monjas con velas caminando sigilosamente, extraordinariamente bellas, extraordinariamente silenciosas, fingiendo que el cartel de SE ALQUILA no existía.

Echó un vistazo por encima del hombro y descubrió que la pareja que los seguía de cerca eran, en realidad, ellos mismos; una ilusión producida por el cruce de sombras que proyectaban las farolas. Miró al suelo y trató de analizar la confusión de sombras, pero algo distrajo su atención: brillando viscosamente a la luz de las farolas, había por toda la acera gusanos ahogados, los suficientes para revolverle el estómago a cualquiera.

Decidió no decir nada. No quería obligarlo a que supiera de la existencia de todos aquellos gusanos que estaban pisando sin remedio, ni de los restos que se les quedarían en la suela de los zapatos.

VEINTIDÓS

FGW?/>< < >0"SE

El lunes por la mañana, Josephine se vistió para ir a trabajar. Estaba en el cuarto de baño con Joseph. Había una hilera de plantas en el borde de la bañera; bambúes y otras cosas. Mientras se cepillaban los dientes, se hicieron caras graciosas en el espejo. Ella estaba tan absorta en las monerías que tardó un momento en percatarse del penoso estado de sus ojos y de su piel. Escupió la espuma.

Iba vestida para ir a trabajar. Todo apuntaba a que iba a ir a trabajar; a que iba a sentarse en su escritorio, Introducir la contraseña en la Base de Datos y coger una carpeta de la montaña que tenía.

Paro se entretuvo mientras él se ponía la chaqueta.

—¿Vienes? —le preguntó él.

—Necesito unos minutos más —dijo ella—. Vete sin mí.

Él le dio un abrazo, aunque muy rápido, y se marchó. Ella se quedó allí de pie, inmóvil. Iba a ir a trabajar. Fue corriendo hacia la puerta para gritarle: «Espérame, estoy lista», pero algo captó su atención cuando abrió la puerta: NO HA SIDO POSIBLE REALIZAR LA ENTREGA EN EL TERCER INTENTO.

Sin tiempo.

Sintiendo.

Cogió la notificación de un tirón y la rasgó en dos, separando el JOSEPHINE del NEWBURY. Nadie sabía esa nueva dirección.

Andando por el parque, Josephine intentó imitar a una persona feliz; a una persona satisfecha, relajada y competente que pasea por el parque, pero

no conseguía sustraerse a la sensación de que la miraban fijamente. Una niña pequeña con un balón de fútbol. Una mujer muy delgada con un pitbull negro que tiraba con fuerza de la correa. Los horribles ancianos que se atrevían a pescar en el estanque de la ciudad. Todos con la mirada clavada en ella, o eso le parecía, juzgándola sin ningún pudor, como si supieran que no estaba donde se suponía que debía estar. Como si alguien les hubiera ordenado que la vigilaran.

La Base de Datos le había castigado tanto los ojos que vela los cisnes como irascibles manchas blancas. Un niño pequeño sentado en el césped con un abrigo rojo era, en realidad, una boca de incendios; la cabeza de un spaniel era en verdad el culo de un spaniel.

Le dio miedo un pitbull que perseguía un juguete que chillaba como un humano cuando quedaba atrapado entre sus dientes.

Un grupo de colegiales se acercaba en tropel por el sendero pavimentado; su agotada profesora los conducía a la salida. «¡Pero si ni siquiera nos ha dado tiempo a perdernos!», protestó una niña.

Josephine huyó del sendero pavimentado y tomó uno de tierra que se adentraba en el corazón del parque. Pasó por árboles marcados con grafitis. Latas de refresco tiradas, condones usados, servilletas sucias, jirones de telarañas, ardillas más inquietas de lo normal.

A punto estuvo de pisar un compacto revoltijo de plumas y ramitas en ángulos extraños, algo tan horrible que costaba mirarlo, incluso. Solo un psicópata se habría detenido a observarlo con curiosidad para intentar averiguar lo que era, barajando posibilidades: ¿un nido caído o lo que quedaba de algo que había muerto?

Llegó a una cinta de balizamiento de la policía que delimitaba el área comprendida entre tres árboles, pero no había nada en ella. Ni sangre ni señales ni nada.

NI siquiera había cogido el móvil.

Se quedó mirando la cinta policial hasta que un padre con su hija a hombros pasó por detrás de ella.

«Ni siquiera sé qué estás señalando», le estaba diciendo él, casi con desdén. «¿Estás señalando los árboles? ¿Qué? ¿Quieres que vayamos a vivir a ese bosque y nos hagamos salvajes?».

Josephine se alejó a toda prisa de la cinta de balizamiento, salió de entre los árboles a una extensión de césped llena de gansos picoteándolo. Los gansos empezaron a graznar y a caminar hacia ella.

Huyó por un sendero bordeado de aneas.

Enemas.

Anegas.

Una fila de gatos muertos colgando de la cola.

Un hombre y una mujer, él con traje y corbata y ella con traje de chaqueta, pasaron delante de Josephine, hablando en voz alta y andando rápido. El hombre iba diciendo: «Y viviremos junto a un lago. Tendremos una barquita. Un bote de remos». La mujer parecía cansada. Tenía una mancha en la blusa color crema. «Si, sí, si», repetía ella, en tono sarcástico, tal vez.

Y después, a la salida del parque, un ratón en mitad de la calle, prácticamente de dos dimensiones ya, con la boca abierta en un grito.

No dejaría que ganasen los gansos. Sería valiente; iría al supermercado como una persona normal. Compraría comida. Cocinarla la comida. Hablaría con él. Se lo contaría todo. Idearían un pían. Como habían hecho siempre.

Siguió caminando y caminando hasta que llegó a una tienda de comestibles con un toldo amarillo roñoso pero alegre y una pirámide de granadas en la puerta. No sabía si el criterio para elegir una granada era la dureza, el olor o el color.

Gran hada.

Granizada.

Grano y azada.

Cogió tres al azar, más unas cuantas verduras, un paquete de espaguetis y una cuña de parmesano, El cajero llevaba torcido el cuello de la camisa, con la parte izquierda levantada. Sintiendo una gran lástima por él, Josephine desvió la mirada.

Cuando volvió al apartamento que habían realquilado junto a la rampa de acceso a la autopista, las plantas parecían estar muriéndose. Tenía un mensaje de texto de su madre. «¿Todo bien por la gran ciudad podrida?». La cama estaba sin hacer, y la ropa, sucia, desperdigada. Del cubo de basura sallan extraños olores. En la cocina, los ratones ya habían repuesto los montones de

cagadas que Joseph había limpiado esa mañana. Desde hacía un tiempo, le resultaba imposible ser escrupulosa. Llenó un vaso de agua y regó algunas de las plantas más mustias. ¿Les hablan dado instrucciones acerca de regar las plantas? ¿Había dicho Joseph algo de eso cuando ella no escuchaba? Se sintió culpable.

Pera también se sintió valiente mientras cortaba los ajos en rodajas, encendía el fuego, calentaba el agua; ese relajante aroma de la pasta hirviéndose. Sirvió aquella cena ganada con esfuerzo en la maltrecha mesa de centro. Él llegaría a casa de un momento a otro. Ella le sacaría una cerveza; él se arrellanaría a su lado en el suelo sofá del desconocido. Cenarían y después irían al cine, o harían cualquier otra actividad humana normal. Estaba impaciente. Sonrió. Miró fijamente la puerta.

VEINTITRÉS

{‘W:JBQsdwrtEXx| 4378

Josephine puso las granadas en un cuenco y lo dejó en la mesa de centro, enfrente de ella, como si fuera otro comensal. Se sentó entre las plantas y comió espaguetis, más y más espaguetis, hasta que estuvo llena. Un poco saciada, por fin.

Lo llamó y le dejó un mensaje de voz. Después no se acordaba muy bien de lo que le había dicho exactamente; había levantado la voz, de eso estaba segura, y los tacos y las maldiciones habían tenido un gran protagonismo. Por un momento se sintió de maravilla, pero al poco empezó a sentirse seca, sedienta y sola.

Se marchó del apartamento, que para entonces apestaba a abandono y hojas muertas. El pálido atardecer había dado paso a una rara puesta de sol, de un gris moteado de amarillo. Un clima para alienígenas. La temperatura había bajado bruscamente y un viento racheado castigaba sus ojos con el polvo de la autopista. Pensó en las cajas con sus jerséis y su abrigo. El trastero; casi se había olvidado de él. Se quedó de pie en la entrada del edificio, temblando, mirando los coches que subían la rampa para incorporarse a la autopista. Resultaba difícil creer que las granadas pudieran crecer en algún sitio del planeta.

Caminó. Esquivó un pequeño animal que yacía muerto en la calzada. Entró en un bar. «A veces tienes muchas dudas sobre si has hecho lo que debías».

Cuando le sirvieron la tercera copa, pensó con sentimiento de culpa en sus ancestros puritanos, caminando a través de campos verdes con los ojos y

el hígado limpios.

Presionó el bolso contra su hígado; una abeja zumbó en su interior. «Tienes una gran capacidad a la que todavía no le has sacado partido». Pero la barra de madera era tan bonita, con botellas del color de metales preciosos, y ahora estaba dándole la mano a la alegría, dándole alegría a la mano.

—Lo que me ha tenido preocupado últimamente... —dijo alguien detrás de ella.

El bar se estaba llenando. Cala una intensa lluvia en la intensa oscuridad de la noche. Quería saber qué había tenido preocupado a alguien últimamente.

—... sí, una casa de oro, sí puedes...

—... que es la principal diferencia entre...

—... ¡tres! ¡En serio, tres!

¿Quién era toda esa gente?

En la otra punta del bar, un hombre con una sudadera gris estaba tomando una bebida fuerte, Cuando levantó el vaso para saludarlo, la sonrisa que le devolvió el hombre podía ser siniestra, o tal vez amable.

«La seguridad es uno de los principales objetivos de tu vida». Déjalo ya. Bebe agua. Vete a casa. «Pero te sientes insatisfecha cuando te ves confinada».

—... así que empieza a estudiar todas esas cosas sobre el matrimonio...

Manicomio.

Mal demonio.

—¡... caricia!

Codicia.

Casi mía.

—¿... aquí sola?

Tardó bastante en darse cuenta de que esa pregunta iba dirigida a ella.

—¡No! —respondió. Los signos de exclamación los había añadido la ginebra. «Deseas estar acompañada. No te parece prudente sincerarte demasiado cuando te das a conocer a los demás».

—Bueno, ¿a qué te dedicas? —Insistió la persona que se había dirigido a ella. Qué pregunta tan burda y dolorosa. Una pregunta que era como apretar una moradura o levantar una costra. El taburete de madera se derritió debajo

de ella.

—¡Eh, cuidado, mujer!

Se preguntó dónde estaba la amada voz que transformarla «Eh, cuidado, mujer» en «He empezada a tejer». Fue hacia la puerta como flotando en un globo de risas y ruido.

Ya era noche cerrada. El cielo ya no estaba amarillo. Tenía que mear. Hizo un truco de magia; recorrió la calle flotando a varios centímetros de la acera. La acera estaba mojada. Había trozos de gusano en la suela de sus zapatos. Tenía que mear. Alguien la agarró del brazo y tiró de ella para sacarla del cruce. Martes, viernes, domingo, miércoles, lunes, sábado, jueves. Una lavandería automática; todas las lavadoras y secadoras llenas de ropa colorida, pero las máquinas paradas, sin dar vueltas. Un gorila en el asiento del conductor de un coche aparcado. Un pájaro transparente, una bolsa de plástico enganchada, el brazo de una mujer desapareciendo en una pared de ladrillo. Tres luminosos camiones de Coca-Cola parados al lado de una fábrica. El destello azul verdoso de una cola en el estrecho canal industrial; siempre había pensado que las sirenas estaban limitadas al agua salada. El cruel sonido de las llaves forzando y hurgando era ella en la puerta equivocada, en el edificio equivocado, en la calle equivocada, en el barrio equivocado, en la ciudad equivocada, en el estado equivocado, en el país equivocado, en el planeta equivocado.

Entró tambaleándose y cayó en un sofá en medio de una jungla, como la mujer del cuadro. Alguien sentado en un rincón, pasando lentamente las páginas de un libro. Todo el mundo sabe que solo los asesinos leen libros en la oscuridad. Le salieron gruesos pelos negros en los pezones. No la invitaron a la boda de Trishiffany. En el DMV, le radiografiaron el cerebro y descubrieron un miedo insuperable a conducir. Un niño ciego cruzó la calle en un reluciente triciclo. Había cinta de balizamiento policial cerrando el paso en la puerta de su despacho. «Algunas de tus aspiraciones son poco realistas». Cuando les preguntó a sus padres cuánto tiempo llevaban casados, uno respondió: «Unos pocos meses» y el otro dijo: «Cien años». Una reina demonio, encaramada a lo alto de un rascacielos, contempla una ciudad marrón.

En algún momento, pasada la medianoche: desvelada, acalorada,

hambrienta, con los ojos inyectados en sangre, arrepentida, intoxicada.

Un insecto zumbó junto a su oído. Bob-bob, hizo el insecto. Bob-bob-bob, cada vez más frenético, enfureciéndola. Le dio manotazos hasta que se marchó.

Su bolso, tirado de cualquier forma en el suelo, al lado del sofá; su móvil, con la pantalla en negro dentro del bolso. Pulsó la tecla redonda y se iluminó para informarle de que eran las 02:57.

Y para decirle: «Tiene un mensaje de voz de Joseph».

El insecto volvió. ¡Bob-bob-bob-bob-bobobbobbobbobbob!

—¡Pequeño insomne! —lo insultó y le pegó un manotazo.

El insecto cayó muerto en su muslo, con las patas torcidas.

Gritó y se echó a llorar. Se puso en pie, fue al cuarto de baño, se aferró al lavabo y se echó agua en la cara.

El mensaje de voz duraba noventa y tres segundos. Durante los primeros once, él hablaba. La voz estaba demasiado distorsionada para entender lo que decía. Ni siquiera pudo determinar en qué tono lo decía: ¿apremiante, arrepentido, calmado, excitado, nervioso, despreocupado? En los siguientes ochenta y dos segundos, podía oírse movimiento. Tal vez ruido de papeles, o el del móvil volviendo al bolsillo; quizá el graznido de un cisne, o una mujer, o un calentador; el sonido de unos pasos o el de alguien andando; una grapadora, un clic, un plaf o un guijarro al caer en un estanque; a continuación, tal vez un portazo, ecos, el océano, o puede que truenos; y, por último, unos segundos más de distorsión antes de que se cortara la comunicación.

Escuchó el mensaje tres veces, con la esperanza de que la distorsión de su voz se debiera a una mala señal de su propio teléfono y no del de él, pero la grabación le resultaba en cada ocasión igual de indescifrable.

Lo llamó. No contestó. Lo llamó. No contestó.

«Yo no soy el que adereza nuestra comida con cristales», dijo Joseph con una enigmática sonrisa. El aire que respiraba mientras dormía le ennegrecía los pulmones y, sin embargo, en sus sueños había nieve, había bosques.

VEINTICUATRO

o< :Ion2 1 2 3 |62

Josephine se despertó embarazada.

Fue un amanecer gris, El sofá le había dejado marcas en la piel que semejaban letras de un extraño alfabeto. Dos de las plantas estaban definitivamente muertas.

Lo sentía dentro, aferrándose; casi le dolía. No entendía cómo no se había dado cuenta antes. El hambre desmesurada, los mareos. Y esa voz irreprimible, siempre tergiversando sus palabras desde dentro; los juegos de palabras se juntaron con su malestar, unidos ahora en un único ser. Puso las manos en el estómago; era un alivio consolar a otro ser vivo. Sintió que su soledad disminuía con efectos retroactivos, ahora que sabía que su bebé había estado con ella todo ese tiempo.

—Hola —dijo en voz alta, con timidez.

Oh, la la, respondió el bebé.

Pero «bebé» era una palabra demasiado sosa para aquella vitalidad. Fiera, fiera diminuta, fierecilla querida y perfecta recién surgida de la oscuridad del universo, llena de anhelos.

El corazón le latía con fuerza, como una lata que se golpease una y otra vez contra una roca. Las matemáticas divinas, aterradoras.

1

2

4

8

16
32
64
128
256
512
1.024
2.043
4.096
8.192
16.384
32.768
65.536
131.072
262.144
524.288
1.048.576
2.097.152
4.194.304
8.388.608
16.777.216
33.554.432
67.108.864
134.217.728
268.435.456
536.870.912
1.073.741.824
2.147.483.648

Había una farmacia abierta veinticuatro horas al final de la calle. Ella lo sabía; no le hacía falta una prueba. Así y todo, a las 06:03 estaba sentada en la taza del váter del apartamento del desconocido, observando la aparición de las fantasmales líneas azules. La alegría venció a la resaca.

—Siento las copas de anoche —murmuró, rogando por que no hubiera

pedido una cuarta.

Panocha.

Ano pocho.

—¡Eh! —gritó, alborozada.

VEINTICINCO

R0R6VR'WE UIJ70pU ||

A las 06:56, estaba haciendo cola detrás de una madre con tres niños en la única clínica del barrio que abría temprano. Cerró con fuerza la mano sobre su tarjeta del seguro médico, agradecida de nuevo por su trabajo. Podría haber esperado, haber buscado tocólogos y haber pedido cita con algún médico privado. Pero, en vez de eso, se había puesto rápidamente un pantalón de chándal y había salido disparada del apartamento en cuanto había localizado la clínica en el directorio que su aseguradora tenía en la página web.

Porque quería empezar a hacer las cosas bien sin perder un segundo. Había sido muy negligente. No podía esperar un día, ni ocho horas, ni dos horas, a que alguien lo dijera en voz alta, lo reconociera y lo hiciera real. Solo podía esperar cuatro minutos, y después cinco, y seis —empezaba a removerse con nerviosismo—, siete, ocho, hasta las 07:04, cuando una enfermera con bata azul llegó andando sin ninguna prisa y abrió el candado de la reja metálica que protegía la puerta.

—La doctora llegará enseguida —dijo la enfermera, conduciéndolas a la sala de espera.

—Mis hijos han sufrido una intoxicación o algo así —explicó la madre—. Comieron *nuggets* de pollo y los tres se han pasado toda la noche vomitando hasta la primera papilla.

Los tres soltaron una risita.

—La doctora llegará enseguida.

La enfermera señaló las sillas de plástico alineadas a ambos lados de la

sala.

Josephine se sentó en el lado contrario a la madre con los niños, que no tenían pinta de haber estado vomitando toda la noche. Parecían espabilados, orgullosos de haberse ganado una excursión a un sitio desconocido.

En la pared, encima de ellos, había un póster:

ASEGÚRESE DE HABER COMIDO TRES HORAS
ANTES DE DONAR SANGRE

¿Cómo sería comer tres horas? Se notaba ingeniosa. ¿A qué sabrían? ¿A algodón de azúcar, a césped, a cemento?

La niña más pequeña cruzó corriendo la sala y dejó en el regazo de Josephine una revista para padres. A continuación, se dio la vuelta y salló corriendo, riéndose de su propio atrevimiento. Josephine sonrió a la niña y después a la madre, que no le devolvió la sonrisa. La niña volvió al cabo de un momento, se encaramó a la silla que había al lado de la de Josephine, señaló el cielo en la portada de la revista y dijo:

—¿Qué *coló*?

—Dímelo tú.

—¡*Marillo!*, —exclamó la niña.

—Azul —la corrigió uno de sus hermanos, que las observaba desde el otro lado de la sala.

Josephine abrió la revista por una página en la que se anunciaban pañales que duraban toda la noche.

—¿Qué color es este?

—¡*Marillo!* —Insistió la niña.

—Blanco —dijo el otro hermano.

—¿Qué color es este? —preguntó Josephine, señalando la fotografía de una galleta con forma de corazón.

—¡*Marillo!*

—¡*Rojo!* —replicaron sus hermanos.

—¿Y qué color es este? —le preguntó, señalando un limón en una página en la que se daba la receta del merengue de limón.

—¡*Marillo!* —gritó la niña en tono victorioso.

—¡Muy bien! —dijo Josephine.

La niña apoyó la cabeza en el hombro de Josephine durante un momento maravilloso antes de salir corriendo hacia su verdadera madre, que la cogió en brazos y le acarició el cuello, Josephine se sintió ligeramente desamparada sin el peso de esa cabecita caliente, hasta que se acordó de su propio hijo.

Oh, la la.

La euforia difícil de controlar.

Manamanamanamama.

—¡Josephine Newbury! —gritó la enfermera.

Después de cumplir con el papeleo, de que le tomaran la tensión, la pesaran y la hicieran orinar en un bote, se sentó sobre el papel arrugado de una camilla y esperó. Incapaz de esperar. Con el corazón latiéndole histérico.

Entró la doctora, seguida por una enfermera joven con bata rosa. Josephine estrujó el papel que tenía debajo para que no advirtieran que le temblaban las manos.

—Pues sí —dijo la doctora—. Estás un poquito embarazada.

Josephine estaba entusiasmada y al mismo tiempo un tanto decepcionada, Habría dado cualquier cosa por unos signos de exclamación en esa confirmación.

—Creía que, en estos casos, se estaba del todo o no se estaba —dijo ella.

—Ajá. Solo hemos medido los niveles en la orina —señaló la doctora. Parecía que hubiera perdido ya la fe en aquel día—. Buena, búscate un tocólogo. La tensión la tienes bien. Bebe mucha agua.

—¿Ya está? —preguntó Josephine—. ¿No va a examinarme?

La doctora negó con la cabeza.

—El cuerpo sabe lo que hacer.

—Oh, ¡gracias! —dijo ella, perdonando al instante a la doctora.

El cuerpo sabe lo que hacer.

Cuando se fueron la doctora y la enfermera, Josephine se quedó un momento sola en el cubículo iluminado por fluorescentes. Pero no estaba sola.

Todo se desplegó ante ella. Todas las citas con médicos a los que iría con

aquella preciosa fierecilla suya, Todas las veces que se sentarían juntos, los dos, hablando o en silencio, en salas de espera o en trenes o en mesas de cocina. Todos los espacios que los acogerían algún día como lo hacía en ese momento aquel cubículo.

Estaba llorando.

Cubo y culo.

Algo verían.

Oh, la la.

Cuando volvió a la sala de espera, la niña de la intoxicación estaba gritando e intentando zafarse de su madre, que también gritaba: «¡Es por tu bien! ¡Es por tu bien!».

La joven enfermera de la bata rosa se sentó a la mesa. Le hizo un gesto con el dedo a Josephine para que se acercara.

—Para usted —dijo con una sonrisa cómplice, a la vez que le entregaba una bolsa de plástico de color pastel.

Josephine cogió la bolsa, la prueba fehaciente, y vio que estaba llena de muestras y productos promocionales para mujeres embarazadas.

—Muchas gracias —dijo, con los ojos llenos de lágrimas de gratitud.

—Nos los dan gratis —explicó la enfermera.

—Aun así —insistió Josephine.

—¡Enhorabuena, mami! —le respondió guiñándole el ojo.

VEINTISÉIS

*^(&))U)BBJE()

Josephine se quedó plantada en la acera. Por delante de ella pasaban papeles y hojas arrastrados por el viento.

Le entraron ganas de empezar a celebrarlo de alguna forma, allí, en ese mismo momento. Había esperado tanto. Sacó un folleto de la bolsa: *Tu bebé está creciendo*, «A las cinco semanas, tu bebé tiene el tamaño de la punta de un lápiz». Miró la ilustración: una mancha bulbosa en la que no era posible distinguir ninguna parte del cuerpo. Trató de no ponerse nerviosa.

—Qué guapo eres —dijo.

Qué guay, poderes.

Seres que guardo.

Sacó el móvil del bolso y llamó a Joseph, como si no supiera que le iba a saltar el buzón de voz. No dejó ningún mensaje. Se dio cuenta de que no estaba sola. Prometió hacer todo lo que debía. Comería espinacas y brócoli y nueces y semillas de calabaza. Engordaría, se pondría enorme, para que a su fiera le salieran uñas y dientes, las herramientas de un ser salvaje. Le suministraría lo necesario.

Si se daba prisa en ir a casa a cambiarse, todavía podía llegar a tiempo al trabajo.

En la jungla realquilada, se llenó un vaso de agua y se lo bebió de un trago. Se daría una ducha. Se pondría la falda, el cárdigan, los zapatos. Si. Iría a trabajar y haría lo que tenía que hacer.

En la ducha se enjabonó la tripa con una ternura que no había conocido

hasta entonces.

Estaba a punto de salir hacia AZ/ZA, la mano ya en el pomo, cuando sonó el timbre de la puerta. Se alejó de un salto, pero enseguida volvió a acercarse lentamente.

Era el cartero.

—Paquete para Josephine Newbury —anunció.

Lo aceptó, Una caja marrón de tamaño mediano.

—Firme aquí —le indicó el cartero, ofreciéndote su tablilla con sujetapapeles.

Firmó al lado de la X.

—Es una suerte que estuviera en casa —dijo él—. Era el último intento.

La caja podría haber tenido una bomba dentro. El remitente era una empresa de Inglaterra. Cortó la cinta de embalar con un cuchillo y apartó varias capas de plástico con burbujas y papel de seda.

Una capa color neblina. Cachemir, con el interior forrado con raso color crema y un botón enorme en el cuello. Apretó la prenda contra su cara: la imposible suavidad del raso, el olor apenas perceptible a cabra criada en remotas colinas verdes. Estrecha de hombros, con una capucha lo bastante grande para ponérsela a una reina con corona y todo. Nunca había tenido una prenda de vestir de tanta calidad.

Cogió el albarán. El precio era tan desorbitado que le hizo resoplar. La descripción del producto captó su atención. «Capa de cachemir con capucha para embarazada, estilo princesa, colección otoño-invierno para mujeres». Aquellas dos palabras, «para embarazada», destacaban de un modo espantoso entre las demás.

Le dio la vuelta al albarán.

El pedido lo había hecho Joseph D. Jones. Quién si no. La única persona del planeta que había sabido la dirección de todos los apartamentos en los que habían estado.

—¡Ja! —dijo en voz alta, liberada por fin del miedo al acosador de las notificaciones de correo.

Nunca se le habría ocurrido pensar que Joseph sería tan optimista, ni tan derrochador, ni tan temerario, para comprar una prenda para embarazadas antes incluso de que se quedara embarazada.

Pero allí estaba: embarazada.

De camino a la parada de metro, vio una maceta con caléndulas encima de un coche aparcado. Uno siempre puede encarrilar su vida. La capa la protegía lo suficiente del frío matinal de octubre. Metió *Tu bebé está creciendo* en el bolso. Lleno de vida. «¿Y si tuvieras un momento de absoluta felicidad ahora mismo, en este preciso instante? Venga, Inténtalo».

Y ahí estaba: una oleada de felicidad, un destello de felicidad.

Feliz edad.

Fe lícita.

Podía vivir con eso, con todas aquellas carpetas grises amontonadas en su escritorio; podía ser la que llevase nombres de una orilla a la otra. Podía..., podía verlo como algo digno. Robaría un nombre de la Base de Datos y se lo daría a la fiera. Un buen nombre, fuerte, con carácter, original, flexible, Un nombre para que una fiera hiciera con él lo que quisiera: mordisquearlo o desecharlo.

VEINTISIETE

2s3qd423efwdbgr7h

Josephine giró la llave y se preparó para empujar con todo su peso la puerta de su despacho. Dio por hecho que las carpetas acumuladas llegarían ya hasta la puerta y bloquearían la entrada.

Pero la puerta se abrió con facilidad. No la recibió la montaña de carpetas que había gobernado su imaginación. Lejos de eso, cuatro dóciles montones la esperaban en su escritorio. El calendario seguía clavado en la pared, donde ella lo había dejado. La Base de Datos zumbaba como lo hada siempre. Ese día el sonido le pareció neutro; tal vez incluso benevolente.

Vena volante.

Viene y va lento.

Había empezado un nuevo mes, pero no pasó la hoja del calendario. Se apoyó con una mano en la pared, se inclinó y miró de nuevo a la mujer con el niño en las sombras de los árboles.

HS89S05242381: esta vez, sus dedos disfrutaron con la familiaridad de la contraseña.

Cogió la carpeta de Emmitt Judd Archington.

Ayuda al pintor.

Bar Chinatown.

Buscó el número HS, cotejó la información, Introdujo los datos. Su primera carpeta desde el montón urgente con las víctimas del accidente de avión; el primer impreso que tramitaba a sabiendas de lo que hada.

Fue menos horrible de lo que había imaginado. Conservó la serenidad mientras los nombres seguían llegando sin cesar. Apenas se paró a pensar que

cada una de aquellas carpetas representaba a una persona que alguna vez había sido el hijo recién nacido de una madre, Evitó bajar la vista a la línea en la que venía la fecha de nacimiento; se protegió de las edades; los de treinta y un años, los de setenta años, los de dos años. Cada uno de aquellos nombres podía acabar siendo el de la fiera.

Cuando llevaba veinte carpetas tramitadas, ya se sentía como si no hubiera dejado de hacerlo nunca.

Metió las manos bajo la falda y se recreó en el calor considerable que desprendía su vientre.

Era tal el silencio en su despacho que empezó a pensar que se habían marchado todos del edificio, de la ciudad y del mundo. Su fierecilla y ella eran los únicos que quedaban en este planeta abandonado. También los aseos se habían convertido en un sitio donde reinaba una soledad profunda y asombrosa; se alejó rápidamente de allí, para refugiarse entre sus cuatro paredes magulladas y familiares. Se sobresaltó cuando el calefactor del rincón emitió el primer siseo de la temporada.

Antes de mediodía ya estaba hambrienta. Se comió un sándwich de fiambre sentada en su escritorio, un sándwich extragrande que había comprado para alimentar una vida. Con aguacate y espinacas. Como si no se hubiera pasado toda la mañana haciendo lo que había estado haciendo. Como si ella solo fuera la cómplice con menos responsabilidad.

Mientras comía, hojeó el folleto *Tu bebé está creciendo*, fijándose en la evolución semana a semana; de cigoto a blastocito, a embrión, a feto y a bebé. Miró otra vez la ilustración de la semana cinco. Consiguió, a fuerza de voluntad, que la fiera la hiciera partícipe de su profunda y oscura comodidad. Pero entonces se avergonzó de ser ella, la adulta, la madre, la que buscase comodidad; qué ridículo, pedirle a tu propio hijo que te acoja en su refugio.

Aun después de haberse comido el sándwich, sintió un hambre acuciante.

GRABER/AUDREY/COYNE

GRINNELL/LUCY/SPADE

GUJJAR/HAKEEM/MIR

GURLEY/KAREN/JEAN

HAAGENSEN/DONALD/WINTERS

HABICHT/GERTRUDE/ANNE

HACHEZ/PAULINE/CHIOSSONE

HAGGAS/JAMES/CONNOR
HEAGEL/WILLEAM/ARCHIBALD
HEIERMANN/IRA/ABRAHAM
HIGA/FELIX/CESAR
HOEZEL/JOSEPH/ALEXANDER
HYUN/MIN/SEO
IANACONE/IOAO/PAOLO
IGNOWSKI/ALAN/ALE KSANDER
IKZDA/JENNIFER/SUN
ILIFF/GEORGE/EVAN
IMAIZUMI/KATSUMI/REI
INNIS/GREGORY/BARRON
IRESON/STELLA/JANE
IVASKA/ELMA/ADELE
IWATA/KIYOJI/MASAKI
JABARA/AZARIA/LEYA
JACKSON/MATTHEW/SHANE
JAISHANKAR/AARAL/DAEVI
JAMES/ANIKA/SUMMER
JEAN BATISTE/MARCUS/HENRY
JEHLE/LUELLE/WINONA
JEONG/KIMBERLY/SARA
JI/MARVIN/MIN
JIMENEZ/DOLORES/DELGADO
JOACHIM/HEKTOR/BORREGO
JOLIVETTE/ZENA/CRYSTAL
JONCAS/MARION/CLAXTON
JONES/ELIZABETH/CAROL
JONES/JOSEPH/DAVID

JONES/JOSEPH/DAVID.

JOSEPH DAVID JONES.

Hay muchos Joseph Jones. Muchos Joseph David Jones. Pero ahí estaba la fecha de nacimiento. Y la de defunción. La fecha de ese día. 10082013.

VEINTIOCHO

4BKVBE [{}] - + — — QWBGX

Se quedó sentada en el silencio absoluto del despacho. Su cuerpo estaba haciendo cosas extrañas y terribles —su corazón, sus tripas, sus glándulas sudoríparas— que no la dejaban pensar con claridad.

Esa carpeta gris. Igual que otros miles de millones. Las páginas frías y silenciosas. Y, sin embargo, era la suya. Su sangre y su columna vertebral, sus dientes y sus manos.

Cógela y márchate.

Cogió la carpeta y corrió hacia la puerta.

No. Escóndela primero.

Los dedos le temblaban y resultaban casi inservibles, pero consiguió meter la carpeta en el bolso. En su cerebro, el ruido de la lluvia intensa.

No olvides tu capa.

Ahora, vamos, vamos.

Agarró el bolso y salló corriendo al pasillo.

Pero ¡aparenta tranquilidad!

En contra de lo que le dictaban todos sus instintos, aminoró la marcha. Salió del edificio con paso tranquilo y se alejó caminando, con los músculos doloridos por el esfuerzo que hada para no perder el dominio de sí misma.

Cuando llegó a la esquina, se volvió a mirar el edificio. Echó a correr sin dejar de agarrar con fuerza el bolso, que había adoptado la forma de la carpeta que iba dentro, su carpeta.

Carpeta.

Escapar.

¿Cómo era posible que no hubiera reparado en eso nunca?

Lo llamó mientras corría. La voz automatizada de mujer le ofreció una y otra vez la inaceptable opción de dejar un mensaje de voz.

Corrió durante mucho tiempo, sin atreverse a mirar atrás. Había robado algo muy valioso, lo más valioso del planeta; quién sabe de lo que serían capaces para recuperarlo.

El sol se reflejaba despiadadamente en los parabrisas, convirtiendo los coches en máquinas de atormentar ojos sensibles. La asaltó un repentino dolor de cabeza. Su vista borrosa confundió un edificio de apartamentos en ruinas con una catedral. Pasó corriendo al lado de una anciana en silla de ruedas a la que le faltaba un zapato púrpura. Un hombre corpulento con una calabaza minúscula. Un muñeco desnudo con genitales masculinos. Una fila de niños con alas de ángel cruzando la calle y hablando entre ellos en español. Todo en ese mundo inexplicable le recordaba a él.

No tenía ningún plan.

Se había llevado su carpeta del edificio: ¿acaso podía esperarse de un burócrata mayor muestra de valentía?

Un tren subterráneo pasó retumbando por debajo de la acera, haciendo vibrar las farolas y el buzón azul y los geranios de la entrada de una casa, echando por tierra la ilusión de que aquella calle fuera algo más que una simple capa por encima de túneles y alcantarillas, de ratas y podredumbre.

Necesitaba un lugar seguro. ¿Algún lugar era seguro?

Solo él había estado allí para ser testigo del cubo de basura con los fragmentos verdes cuando rompió aquel plato que era una reliquia familiar del desconocido.

Por fin un lugar tranquilo. Agua, pájaros.

¡Carpeta!

¡Carpeta!

¡Escapar!

¡Escapar!

¡Carpeta!

La preciosa fiera sonaba nerviosa, casi desesperada.

—No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada —murmuraba Josephine, sin mucha convicción.

Una pareja joven que paseaba en dirección contraria se quedó mirándola.

Se había quedado un día templado y apacible, poco propicio para una persecución. Y, cuando entró en el parque, no había nada que alimentase sus sospechas de que la estuvieran persiguiendo; ni frenazos de coches ni una respiración jadeante detrás de ella.

VEINTINUEVE

{sdgafk%#\ODFhwok'lk | v — —

Llegó a pensar que lo encontraría en el banco no tan perfecto, puede que acercando su móvil al agua para grabar el sonido de los cisnes. Cuando vio que no estaba, se dio cuenta de lo mucho que había confiado en descubrirlo allí.

El banco estaba vacío, con la pintura en peor estado que cuando se habían sentado los dos a comer higos no hacía ni tres semanas.

Se sentó exactamente en el mismo sitio que aquella noche. Si pudiera retroceder solo un poquito en el tiempo, estaría al lado de él: sin niño, inocente, ignorante.

El día era cada vez más espléndido. La débil luz otoñal negaba la muerte, al tiempo que los rayos de sol sacaban brillo a las hojas desahuciadas. Encaramadas a un tronco que asomaba en la resplandeciente superficie del agua, tres tortugas estiraban el cuello hacia la luz. Josephine las imitó y el sol fue un bálsamo para la piel escondida de su garganta. Pero enseguida volvió a bajar la barbilla, asustada por el lenitivo esplendor de aquel día, por la belleza ofensiva e inapropiada del mundo.

¿Y ahora qué?

Escapar, dijo la fiera, gimoteando. Carpetas.

Abrió la cremallera de su bolso y comprobó que la carpeta seguía allí, aunque no podía estar en ningún otro sitio.

Joseph podía morir de un ataque al corazón.

Podía morir atropellado por un coche, o por un autobús, o por un camión, o por un tren.

Podía morir por un disparo.

Podía suicidarse.

Le entró pánico.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Mi marido va a morir hoy.

—¿Desde dónde llama?

—Desde el parque, pero...

—¿Qué parque?

—El grande, el parque principal, pero...

—¿En qué zona del parque está?

—Al lado del lago, pero él...

—¿Qué lago?

—El de los cisnes.

—¿El de los cisnes?

—Donde la gente siempre está dando de comer a los cisnes.

—¿Cuál es el cruce de calles más cercano?

—Está en medio del parque. Pero mi marido no está aquí.

—¿No ha dicho que le preocupaba que fuese a morir?

—Pero no está aquí. No sé dónde está. Pero sé que va a morir.

—Señora —dijo la operadora dulcemente—. Señora. ¿Necesita una ambulancia?

—No.

—¿Necesita a la policía?

—Necesito que alguien encuentre a mi marido.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Ayer por la mañana.

—¿Ayer? —La operadora hizo una breve pausa—. Puede denunciar la desaparición de una persona en la Unidad de Personas Desaparecidas. Le daré el número de teléfono. ¿Tiene papel y boíl?

Rebuscó en el bolso con la otra mano y encontró un lápiz con la punta rota. No tenía más papel que el impreso de la carpeta de Joseph.

—¿Qué le hace pensar que la vida de su marido corre peligro? —preguntó la operadora, puede que por simple protocolo o puede que por

curiosidad.

Josephine colgó.

De no ser por el sendero pavimentado, las sirenas lejanas y los edificios visibles por encima de los árboles, aquel podría haber sido un lago en las tierras vírgenes del *hinterland*. Atrapadas en el cieno pegajoso de los bajos, las hojas naranjas tenían colores más vividos que cualquier otra hoja. Se volvió a mirar a sus padres mientras corría por el sendero al atardecer. «¿Habrá algún gnomo?», gritó, rodeando el afloramiento rocoso y perdiendo de vista a sus padres.

—¡Josephine! —exclamó su madre, levantando demasiado la voz por el teléfono móvil. Aquella palabra, el cariño, bastó para arrancarle de inmediato cuatro lágrimas—. ¿Josephine?

—Hola —consiguió decir. ¿Por dónde empezar? Se llevó la mano al estómago, caliente por el nieta que llevaba dentro.

—¡He estado pensando en ti! ¿Leíste mi mensaje?

—Sí —contestó, incapaz de recordar ningún mensaje. ¿Cómo pedir ayuda? ¿Qué tipo de ayuda pedir?

—Me gustaría mucho que respondieras mis mensajes —dijo su madre.

—Lo siento, mamá. He estado...

—Espera un segundo, estamos pintando la habitación de invitados, ¿te lo había dicho? Estábamos ya un poco hartos del esponjado púrpura, así que la estamos pintando de amarillo. O más bien dorado. Es clásico, te gustará. Espera, que dejo la esponja, vale...

Podía oír a su madre moverse por el dormitorio de su infancia y a continuación el ruido de un bote metálico de pintura deslizándose por el suelo de madera y una inocente maldición: «¡Demonio de...!».

—Acabo de tropezar con el dichoso bote de pintura, pero no me he caído —gritó su madre.

—Ya lo he oído, mamá —dijo ella.

—Te noto rara, Josephine, ¿pasa algo?

—Pues la verdad es que... —empezó a decir, sintiéndose enormemente aliviada, comprendida. La mujer que más la quería en el mundo.

—¿Se trata de Joseph? —preguntó su madre. La asombrosa capacidad

intuitiva de una madre.

—En realidad, sí...

—Oh, lo siento mucho. Pero siempre hay altibajos, ¿sabes? ¿Tienes alguna amiga con la que hablar de eso? A estas alturas, ya habrás hecho amigas allí, ¿no?

—Sí, claro —respondió Josephine.

—Muy bien. Pues ve a hablar con esas chicas tan simpáticas. Es el mejor remedio para este tipo de cosas.

Un hombre se sentó a su lado en el banco, demasiado cerca para sentirse cómoda. Estaba cantando *Proud Mary*. No quiso mirarle la cara, pero vio que sus manos llevaban varios días sin tocar el agua. La pierna derecha se movía de un modo desenfrenado. Tres relucientes cisnes blancos sobre el agua oscura, si su vista no la engañaba. «*Big wheel keep on turning, Proud Mary keep on burning*».

—¿Quién es ese? —preguntó su madre.

—Tengo que irme, mamá.

—Bueno, yo también tendría que dejarte, cariño. No quiero que se me seque la pintura.

Corrió. Salió corriendo del parque. Pasó corriendo al lado de algo. Al principio se dijo que los ojos le estaban jugando otra mala pasada, que no era más que un helado tirado en el suelo, un manchurrón de nata montada, una espiral creciente de salsa de chocolate, una cereza hundiéndose. Pero eran plumas aplastadas, sangre oscura, tripas hinchadas, alas extendidas de forma exagerada, barro secándose en el pavimento. Estuvo mirándolo hasta que se sintió como una perversa.

Carpeta.

Escapar.

La fiera susurró, jadeó.

TREINTA

90fre% % %bESSD

Afortunadamente, Hillary estaba trabajando ese día en el Four Star Diner. Josephine reconoció su pelo a través del escaparate, nada tan naranja como ese naranja; estaba inclinada sobre la barra, hablando con una clienta.

Josephine se obligó a dejar de correr y entrar en el restaurante como un ser humano normal. La gente estaba sentada en los reservados, tomándose sin prisa un café o comiéndose una tostada, charlando o leyendo el periódico o mirando el móvil. Era la escena más tranquila, corriente y anodina del universo.

Nadie pareció darse cuenta de la prisa con la que se dirigió hacia Hillary. Y esta estaba tan concentrada en examinar la palma de la mano de la clienta que tampoco reparó en ella.

La clienta era una mujer de mediana edad con algo de sobrepeso y una expresión dulce y preocupada; el tipo de mujer que padece estreñimiento.

—... a menudo deseas estar acompañada —estaba diciendo Hillary.

Josephine se acercó un poco más.

—Tienes una gran capacidad a la que todavía no le has sacado partido —añadió Hillary, mirando la mano de la mujer con los ojos entornados—. Disciplinada y serena por fuera, sueles ser aprensiva e insegura por dentro. A veces tienes muchas dudas sobre si has tomado la mejor decisión o sí has hecho lo que debías. Eres demasiado dura contigo misma.

La mujer emitió un profundo suspiro.

—No te parece prudente sincerarte demasiado cuando te das a conocer a los demás —prosiguió Hillary con aire pensativo—. A veces eres afable y

extrovertida, pero tiendes a ser precavida y reservada. Te enorgulleces de tener tus propias ideas.

—¡Para! —gritó Josephine, interponiéndose entre las dos y desviando la atención de Hillary de la mano de la mujer.

—Vaya, aleluya —dijo Hillary—. ¡Mira quién está aquí!

—¡Esa es mi buenaventura! —le reprochó Josephine, con infantil desesperación: había ido allí para averiguar cómo iba a morir Joseph y se encontraba con que su falsa vidente no era capaz de adivinar nada.

Hillary no parecía avergonzada.

—¡Es la buenaventura de todo el mundo, cielo! —replicó—. Además, solo soy una aficionada.

La clienta miraba a Josephine con expresión un tanto molesta.

—Tiene un don —aseguró la mujer—. Todo lo que ha dicho, hasta la última palabra, son verdades como puños.

—Aunque tienes algunas flaquezas, normalmente eres capaz de compensarlas —le hizo saber Hillary a la mujer.

—Aquí tienes otra Zita para tu colección —dijo la mujer, rebosante de agradecimiento, mientras sacaba del bolso una tablilla de madera y se la daba a Hillary.

Esta la examinó entusiasmada. Después se la pasó a Josephine para que viera la imagen.

En una mano, la bruja tenía un manojo de llaves exageradamente grandes, y en la otra, una manzana. Era uno de esos cuadros con pretensiones de artesanía tradicional en colores primarios y con todas las proporciones mal: la cabeza enorme y la boca torcida. Los ojos eran grandes y estaban mal hechos, pero, de algún modo, se clavaban en ti. O el artista se había equivocado con las líneas del vestido, o la bruja estaba jorobada. A Josephine el cuadro le pareció horrible. La manzana parecía un coágulo de sangre.

—Santa Zita —explicó Hillary—. Patrona de las camareras y de las llaves perdidas.

—Mi marido es fontanero. ¿Sabíais que también hay un santo patrón de los fontaneros? —dijo la mujer—. Hay santos patronos para absolutamente todo.

—No para los burócratas —murmuró Josephine.

—Ya lo creo que sí —contestó Hillary—. Solo tienes que buscarlo en el índice.

—Bueno, será mejor que me marche —dijo la mujer.

Josephine metió la mano en el bolso para tocar la carpeta. El pánico dio paso a una tristeza insoportable. Una tristeza que alteraba sus sentidos y transformaba todos los colores en agentes despiadados. Mareada, cerró los ojos para protegerse de sus agresiones.

Lo siguiente que supo es que estaba en un reservado. Hillary se hallaba sentada a su lado sobre la piel sintética. ¿Desprendía o no desprendía una fragancia de rosas su uniforme púrpura imperial? Una vez más, Josephine tuvo la sensación de que había gente con los ojos clavados en ella. Le daba miedo todo el mundo. Temía alzar la vista, ver sus caras sonrientes o con el ceño fruncido. Eran espías de La Persona con Mal Aliento. Y también lo eran las cucharas, y el salero, y el servilletero, y el pelo que había en la mesa; todos vigilando a la ladrona. Volvió a cerrar los ojos.

—Dios Santo, cielo —exclamó Hillary—. No pasa nada, no pasa nada.

Josephine notó una servilleta fría en los párpados, la mejilla y la barbilla. ¿Cuándo la habían tratado con tanta ternura? Se atrevió a abrir los ojos.

—Tengo un trabajo —empezó a decir.

—Vale —dijo Hillary y esperó.

—Me traen carpetas de gente que está a punto de morir —continuó en tono monótono—. Yo introduzco su fecha de defunción en una base de datos.

Miró a Hillary, esperando alguna reacción. ¿Incredulidad, horror, burla?

—El verano de mis dieciocho años —dijo Hillary, con un tono igual de monótono— trabajé en un laboratorio de revelado de fotos. La gente dejaba sus carretes en la tienda local y desde allí nos los enviaban para que hiciéramos copias impresas. Mi trabajo consistía principalmente en vigilar las tiras de fotos mientras entraban en el tambor de revelado y después cortarlas. Vi las cosas más increíbles. Vi al padre de mi mejor amiga en una habitación de motel con una mujer a la que no reconocí. Vi cunnilingus y felaciones, aunque en ese momento no entendía lo que estaba contemplando. Vi niños muertos en ataúdes rodeados por sus hermanos.

Hillary hizo una pausa. Josephine enseguida echó de menos su voz.

—Pero lo peor eran las películas que los soldados enviaban a sus familias

para que las revelaran aquí.

Hizo otra pausa.

—Eso era lo peor —concluyó.

Josephine sacó la carpeta del bolso y la dejó en el trozo de banco que había entre ellas. Parecía inofensiva y endeble; una carpeta gris, solo eso. Dentro de su bolso le había parecido magnética, caliente.

—Esta es la carpeta de mi marido —susurró—. La he robado.

La abrió y señaló la fecha de defunción.

—Pobrecita —dijo Hillary, mirándola sin asomo de preocupación.

—¿Qué? ¿Crees que estoy loca?

—Mira, yo estoy loca por mí maridito —respondió Hillary—. Se apellida Tillary, ¿te lo puedes creer? Así que, cuando me casé con él, me convertí en Hillary Tillary. ¿No es el tipo de coincidencia que hace girar al mundo?

—¿Ni siquiera volvió a casa anoche! —confesó Josephine entre dientes.

—Oh, eso —dijo Hillary—. ¿Qué me vas a contar de hombres que no vuelven a casa?

Dolida, Josephine bajó la vista a su mano. Su uña descuidada, su dedo poco elegante, presionando contra la fecha de la muerte de Joseph.

—¿Sabes?, doy buenos consejos —aseguró Tillary—. La gente siempre viene a pedirme que la oriente. Es algo de lo que estoy orgullosa.

Josephine la miró, esperanzada de pronto.

—Pero en este caso, en esta situación particular, lo siento, no tengo ningún consejo que darte. —Estrechó la mano de Josephine—. Todo saldrá bien.

—Discúlpame —murmuró Josephine y se puso en pie para intentar pasar por delante de Hillary, pero la esquina de la capa se había enganchado en la costura del banco y la retenía. Un cansancio terrible y unas fuertes náuseas se apoderaron de ella.

Volvió a derrumbarse en el asiento.

—Creo que voy a vomitar —confesó, deseando que la fiera mezclase sus palabras, pero siguió callada.

Hillary salió del reservado y volvió enseguida con una jarra de agua con hielo y un vaso.

—Ya está, ya está, cariño. Bebe...

Josephine echó atrás la cabeza y bebió para ver si se le pasaban las náuseas.

—... algún día recordarás esto, sea lo que sea, y te parecerá que le ha sucedido a otra... Oh, espera un segundo, ¡espera un segundo! ¡Pero bueno! ¡No sé cómo no me he dado cuenta antes! ¡Siempre se lo noto a las chicas en la cara! Mira, ni siquiera sé cómo te llamas, pero ¡creo que eres la mamaíta más dulce y encantadora del mundo! ¿Me equivoco? ¿Me equivoco?

—Me he hecho la prueba esta mañana. Y he ido al médico —explicó Josephine, que se sorprendió al notar cómo se ruborizaba. Era maravilloso poder hablarlo con alguien—. ¡Y después el cartero me ha traído una capa para embarazadas!

—Desde luego, la vida nunca deja de sorprendernos, ¿verdad? —dijo Hillary—. Que me aspen si no es la capita de maternidad más elegante que he visto nunca.

—Mi marido la encargó expresamente de Inglaterra —continuó con orgullo, olvidándose por un momento de que tal vez no lo volviera a ver—. Es curioso, pero la encargó antes incluso de que me quedara embarazada.

—Pero, mujer, ¡seguro que lo sabía! —exclamó Hillary con convicción.

—Sencillamente, es muy optimista —replicó, a pesar de que nunca había tenido a Joseph por una persona optimista—. ¿Cómo iba a saberlo?

—Eh, ¿no me acabas de decir que sabes cuándo va a morir la gente antes de que muera?

Hillary cogió la jarra y rellenó el vaso de Josephine.

Y, entonces, allí estaba, la explicación obvia, milagrosa: la inestable conexión telefónica. El ruido de papeles, el siseo de un calentador, el eco oceánico de un portazo en un pasillo. La pequeña celda que ella tenía como despacho equilibrada en la balanza con un despacho en el otro extremo del interminable pasillo, el lugar donde debía de llevarse a cabo la operación contraria. Y en ese despacho, una persona sentada en el escritorio. Pero no cualquier persona.

Una mano le tiró del pelo con fuerza desde el reservado contiguo. Sorprendida, dio un grito ahogado y se volvió, convencida de que sería El Hombre de la Sudadera Gris o algún otro esbirro, capturándola ahora que por

fin había descubierto algo fundamental acerca de AZ/ZA.

Pero el culpable era un alegre niño pequeño con una sonrisa amplia y redonda como una pelota de *ping-pong*. La mueca de dolor desapareció del rostro de Josephine. La madre se disculpó con una sonrisa y reprendió tímidamente a su hijo en un idioma que no reconoció.

—¿Tiene hijos? —preguntó la mujer, que tenía una mirada dulce.

No estaba segura de cómo debía responder a eso. El niño alargó el brazo sin asomo de timidez y le tiró de la nariz.

—Eh, hola, vaquero —dijo Josephine.

TREINTA Y UNO

))' &LHntGRFVE

Salió del Four Star Diner. La tarde era tan exageradamente espléndida que costaba creer que alguien hubiera tenido alguna vez un problema. El sol todavía estaba alto, como si aquel día fuera a durar eternamente.

Volvió corriendo por donde había venido y descubrió que el velo que le daba a su mirada ese aire ausente había desaparecido, Ahora el mundo la abrumaba con su nitidez: el brillo de la rara de juguete de un niño, la textura del estuche del violín de una mujer, el grosor del sombrero de fieltro de un hombre. Su capa era como unas alas. Siguió corriendo, deslumbrada.

Estaba a seis manzanas de su destino cuando vio a El Hombre de la Sudadera Gris yendo hacia ella por la acera. La sudadera era tan gris como la carpeta que llevaba ella en el bolso. Estaban los dos solos: no había más transeúntes a la vista. La asaltó una sensación de fatalidad. Intentó correr como una mujer que hubiera salido a hacer un poco de deporte, a pesar de que ni la ropa que llevaba ni el bolso que iba dando sacudidas en un costado armonizaban con esa idea. Justo en el momento en que se cruzaban, ella estornudó.

—Salud —dijo El Hombre de la Sudadera Gris, con la mayor naturalidad, como si fuera una respuesta espontánea. Ella se preguntó si, al fin y al cabo, no serian más que dos personas muy educadas que se cruzan por la calle. La expresión del hombre era de afable indiferencia: la de alguien con una sudadera gris que ha salido a pasear y a disfrutar de una bonita tarde de octubre. No la agarró ni le arrancó el bolso del hombro.

Aun así, no se vio capaz de decir «gradas». Lo que hizo fue seguir corriendo, impaciente por alejarse lo máximo posible de El Hombre de la Sudadera Gris.

Delante de ella, el brillante bloque de cemento ofrecía un aspecto malévolo bajo el sol de la tarde.

Allí estaba, la puerta Z, su primer y único punto de acceso al edificio hasta entonces. La pasó de largo sin dejar de correr, llegando a una altura de la manzana desconocida para ella, hasta la siguiente entrada, una puerta metálica idéntica a la anterior pero señalizada con una Y.

Pues claro. Aquello supuso una inyección de esperanza; ahora sabía lo que estaba buscando.

X W V U T S R Q P O N M
L K J I H G F E D C B

Aquella debía de ser la manzana más grande de la ciudad y puede que del mundo. Se encontraba ya más cerca de la parada de metro de Joseph que de la suya.

Se quedó plantada delante de la A, mirando hacia arriba.

TREINTA Y DOS

GRF | V?>TUK<JM >0<;

No saltó ninguna alarma cuando Josephine cruzó la puerta A. El pasillo al que daba acceso no se distinguía en nada de todos los pasillos que había visto en el bloque Z. Se detuvo, miró a derecha e izquierda: las puertas metálicas, los fluorescentes, el ruido de cucarachas correteando. Al final del larguísimo pasillo, un burócrata fue corriendo de una puerta a otra. Aquello le recordó que debía ponerse en movimiento. Quedarse quieta era peligroso; una auténtica burócrata nunca se detiene. Fue corriendo en la otra dirección. Cuando llegó a la puerta que indicaba «SALIDA DE EMERGENCIA», la empujó y fue a parar al silencio sepulcral de la escalera. Como en Z, los escalones de cemento subían hasta donde no alcanzaba la vista. Hacia abajo, sin embargo, pudo ver que terminaban en un sótano.

El sótano.

Sí su trabajo se hacía en una de las plantas más altas de Z, ¿no cabía la posibilidad de que se hiciera el trabajo contrario en el sótano de A?

Recorrió a toda velocidad el pasillo del sótano, que era igual que todos los demás pasillos salvo por el techo, algo más bajo, y el calor inquietante. Le parecía una pesadilla, pero no lo era; estaba allí, probando suerte con todas las puertas y encontrándolas todas cerradas.

Solo él había estado plantado con ella en la calle al lado de sus trastos amontonados. Solo sus dos cerebros en todo el universo guardaban la misma colección de imágenes: un dibujo de sombras en particular en el techo encima de una cama, una curva de la autopista en particular tomada justo cuando en la radio empezaba a sonar una canción sobre una curva. Decenas de miles de

conversaciones y bromas. Sin él, no era más que un cerebro solitario precipitándose por el espacio, riéndose en silencio.

«Duérmete niño, duérmete ya», dijo moviendo mudamente los labios. Para la fiera, sí, pero más para sí misma. La fiera llevaba mucho rato en silencio, descansando, tal vez. De todas formas, mejor que no oyera «o vendrá el coco y te comerá».

Se sorprendió cuando el pomo que hacía el número veinte o más cedió al giro de su mano. Empujó y la puerta se abrió sin dificultad.

Un burócrata con cara de niño estaba sentado en una silla ergonómica en un reluciente despacho blanco. La miró con desdén y sintió otra vez ese viejo nerviosismo del DMV.

—Vengo de la novena planta del departamento Z —anunció—. Me envía mi superior para hacer una comprobación en relación con un empleado de este departamento.

El burócrata arqueó sus cejas marchitas pero no dijo nada.

—¿Podría indicarme dónde...? —empezó a decir ella.

—¿Qué superior? —la interrumpió el burócrata.

Se maldijo por no saber el nombre de La Persona con Mal Aliento.

—La novena planta del departamento Z —insistió, Intentando mostrarse tan irritada como el burócrata, pero hasta ella se dio cuenta de lo infantil que sonaba su voz—. Es un asunto bastante urgente.

—Lo siento —dijo el burócrata, sin que pareciera sentirlo lo más mínimo—. SI no tiene acreditación, no estoy autorizado a darle ninguna información.

—¿Dónde está su superior?

—Preparándose para una reunión —contestó e hizo un gesto con el hombro en dirección al despacho interior, donde podía verse a un burócrata gigantesco con la vista fija en una gran pantalla de ordenador. La esfera amarilla del salvapantallas estaba transformándose en un cubo púrpura.

—¿Podría hacerle una pregunta rápida?

—Por desgracia, ese no es el procedimiento.

Costaba creer que esa persona tuviera un hogar, una cama, una historia; que existiese más allá de los confines de aquel despacho.

—¿Hay alguna otra persona con la que pueda hablar? —preguntó, optando por buscar una formalidad que acabase desarmándolo.

—Me temo que no.

—¿Sería tan amable de indicarme cómo llegar al despacho del señor Joseph Jones?

—Aquí identificamos a la gente por su número HS —dijo el burócrata, aunque ella habría jurado que una leve muestra de reconocimiento había recorrido sus facciones.

Tardó un segundo en acordarse.

—¡Tengo su número HS! —exclamó.

Abrió la cremallera del bolso con dedos temblorosos. El burócrata la observó mientras sacaba torpemente la carpeta.

—Así que tiene la carpeta —dijo el burócrata, un tanto impresionado.

—HS89805273179 —leyó ella.

—Bueno, puesto que tiene la carpeta... —El burócrata accedió por fin con un suspiro de resignación y puso los dedos en el teclado—. ¿Qué sección?

—Trabaja en el Departamento de Nacimientos —respondió ella.

—Oh —dijo el burócrata, retirando con alivio los dedos del teclado—. En ese caso, me temo que no puedo ayudarla. Se ha equivocado de departamento.

Sorprendida, observó la cara del burócrata, una cara tan aburrida que rayaba en lo trágico. ¿Lo había malinterpretado todo?

Tenía la carpeta de Joseph abierta en las manos. Se fijó en la segunda línea. G1, G2, G3. La palabra se iluminó en su cabeza.

—Quiero decir Génesis —se corrigió, reprimiendo la exclamación—. El Departamento de Génesis.

—¿Cuál era el número HS? —preguntó el burócrata con indiferencia, volviendo a poner los dedos en el teclado.

—HS8980 5273179.

Ese número: el número que correspondía a la ceja de Joseph, a su dedo del pie.

El burócrata parecía disfrutar viendo lo inquieta que estaba mientras él se pasaba varios minutos clicando en el ratón.

—Lo siento —dijo, aunque no parecía sentirlo más que antes, y, por una absurda fracción de segundo, ella pensó que iba a informarla de que Joseph

ya había muerto—. El sistema va muy lento hoy.

Siguió esperando. Con cada segundo que pasaba, Joseph estaba más cerca de lo que fuera que iba a matarlo. Algo estaba ocurriendo en su estómago; un torbellino de náuseas.

—HS89805273179 —confirmó el burócrata por fin—. Trabaja aquí.

—¿Dónde? —preguntó Josephine, exultante.

—Aquí —dijo el burócrata.

—¿Dónde está su despacho, quiero decir?

—No puedo darle esa información sin la autorización de un superior.

—¿Cómo? —protestó ella, enfurecida—. ¡Ya hemos hablado de eso!
¿Acaso no tengo su carpeta?

—Las normas son las normas —sentenció él, encogiendo los hombros de forma casi imperceptible.

—Dígame dónde está —exigió, dando un manotazo en el escritorio del burócrata—. Es urgente.

—«Una mala planificación suya no tiene por qué traducirse en una urgencia mía» —citó el burócrata. Esta vez el movimiento de los hombros fue aún más sutil—. Mire, no llamaré a seguridad para que vengan a buscarla.

—¿Seguridad? —rugió ella.

Pero con esas diez palabras se habían agotado todas las reservas de paciencia del burócrata.

—O quizá... —dijo este, alargando la mano hacia el teléfono de su escritorio.

TREINTA Y TRES

><#SrrstWblm?QTdrk |

Cuando volvió a salir al pasillo, sintió el peso de todo el edificio sobre ella, tan denso e impenetrable como el núcleo del planeta. La empujaba hacia abajo, desinflándola: solo un par de ojos asustados e inyectados en sangre entre los restos de un globo color carne. Concéntrate.

Encuentra a 041-74-3400.

—Vale vale vale vale vale vale vale —murmuró.

Su nombre es sinónimo de carpeta.

Corrección: su nombre es sinónimo de escapar, eso es lo que había querido decir.

La cabeza le daba vueltas.

El estómago le daba vueltas, quería decir.

Entonces, los pasos. No el tap-tap-tap-tap-tap de los zapatos de un burócrata. En este caso eran unas zapatillas. El ruido de unas zapatillas. Los pasos de alguien que lleva una sudadera gris.

Por suerte, había una puerta con el dibujo de una mujer con un vestido triangular.

La persona resbalando en la señal amarilla de ¡PELIGRO! SUELO MOJADO parecía alguien que se prepara para tener sexo o para dar a luz, con sus piernas andróginas abiertas con descaro; descaro, el deseo indomable; estaba arrodillada, aferrada a una taza de váter, vaciándose en ella, con el torbellino descomponiéndola, moléculas y desesperación.

Los siete minutos que pasó intentando recuperarse transcurrieron en

medio de una desesperación confusa y a cámara lenta. Cada minuto era potencialmente fatal para él. Se refrescó la mejilla apoyándola en la tapa del váter mientras se encogía ante todas las armas que podían utilizarse contra ella: el dolor de cabeza cada vez más fuerte, el agobiante dibujo del alicatado.

—Tranquila, chiquilla, tranquila —dijo alguien, con una voz mucho más ronca que la de Trishiffany.

—¿Trishiffany? —suplicó.

Algo nuevo había empezado a ocurrir en su interior, olas moviéndose en varias direcciones. Se dio la vuelta, diarrea, se arrodilló de nuevo, vómitos. Se abrazó al váter como si fuera Joseph; algo no iba nada bien, iba a morir, notaba el hedor animal, la vergüenza. Pero no era su carpeta la que había encontrado, ¿no?, y se acordó de la fiera, de todas las cosas repulsivas que las fieras provocan en las madres al principio, y sintió un destello de alegría y el miedo desapareció, y la capa le abrazó la espalda.

Cuando salió del urinario, el amable desconocido se había marchado. ¿Había habido algún amable desconocido, en realidad?

Cuando volvió a salir al implacable pasillo, no le resultó fácil andar sin tambalearse, pero el vacío absoluto de su estómago le infundió algo de valor, el tipo de valor que le permitía no preocuparse por el olor que salía de su boca mientras iba de puerta en puerta, peleándose con cada pomo como una loca; llamando con fuertes golpes, como si fuera la policía, cuando el pomo no cedía.

Pero nadie abría ninguna puerta y ella siguió probando una tras otra hasta que, por fin, uno de los pomos giró. Entró en un pequeño despacho con las paredes pintadas de un horrible color rosáceo y dijo el nombre del hombre de pelo negro que había sentado en el escritorio, junto a un montón de carpetas grises.

TREINTA Y CUATRO

IIII <><>?//KLO

Se encontraba de espaldas a la puerta y su escritorio estaba situado en perpendicular a la pared de enfrente. Se volvió muy despacio.

Joseph: el hombre que mejor la entendía del mundo.

Pero no era Joseph.

La barbilla tenía una forma distinta, los ojos eran de otro color; su apariencia, más delicada.

—Oh —dijo ella—. Lo siento.

El burócrata asintió con rostro inexpresivo. Sus dedos siguieron sobre las teclas de su máquina de escribir incluso mientras la miraba. Ella se imaginó, solo por un momento, que era Joseph; que era la persona que le importaba, aquella cuya carpeta había tenido la valentía de robar.

—Busco a Joseph Jones —susurró. El silencio allí era sobrecogedor; hasta respirar le parecía una intrusión.

El burócrata se quedó mirándola y esperó.

Ella sacó la carpeta del bolso.

—HS89305273179 —aclaró.

El burócrata asintió por segunda vez, con los ojos puestos en la carpeta. Tras una mirada de disculpa a su máquina de escribir, se puso en pie. Dio los tres pasos que lo separaban de ella, abrió la puerta y le indicó con un gesto que pasara primero.

La condujo por el pasillo, en dirección contraria a los aseos. No era viejo —puede incluso que fuera más joven que ella—, pero sus hombros ya habían empezado a rendirse a la gravedad. Se detuvo delante de una puerta y llamó

con educación, tanta que ella pensó que tal vez no se hubiera oído al otro lado.

Estaban esperando respuesta cuando oyó los pasos otra vez, las zapatillas. Esta vez se acercaban más rápido, apresurándose por el pasillo. Se le ocurrió de pronto que quizá había conducido a El Hombre de la Sudadera Gris hasta Joseph. La sensación de fatalidad aumentó, se expandió por sus capilares. El pomo de la puerta giró desde dentro.

Se volvió para ver a su perseguidor en el momento en que entraba disparada en el despacho. Pero en el pasillo no había nadie aparte del doble de Joseph, que ya volvía rápidamente por donde había venido para retomar su vida.

El despacho más pequeño en el sótano más profundo. Un sitio silencioso y apocalíptico. Tenía un aire de abandono, como si el fin del mundo ya hubiera llegado y se hubiera marchado.

Joseph estaba delante de ella, mudo de asombra.

—¿Tú? —dijo él.

—¡Tú! —exclamó ella.

Por primera vez, se dio cuenta de que él también tenía los ojos inyectados en sangre. Menos que los de ella y muchísimo menos que los de Trishiffany, pero inyectados en sangre, a fin de cuentas. Era inquietante pensar que le había pasado desapercibido un detalle como ese. Observó su frente en busca de señales de deterioro en la piel, pero no tenía marcas en la cara. Al parecer, el Departamento A era mejor para la piel que el Departamento Z.

—Me alejo de verte —dijo él—. Pero ¿cómo demonios me has encontrado?

—¿Qué?

—Que me alegro de verte, pero ¿cómo demonios me has encontrado?

—Has dicho «Me alejo de verte».

—¿Y por qué iba a decir eso?

Él se echó a reír. Ella no pudo controlar el júbilo que la recorrió de arriba abajo. Durante unos pocos segundos, se olvidó de que él iba a morir ese día. Estaba animado, imponente, con cierto aire diabólico, el pelo negro formando picos en el flequillo, la sonrisa irónica, lleno de vitalidad, el monstruo que aullaría cuando ella estuviera en su lecho de muerte.

—La capa —dijo él, alargando una mano para tocarla.

—No me beses, Me apesta el aliento.

En un universo alternativo, habría pedido pasta de dientes, estar desnudos, una cama, una luna en un cielo blanco, siete botellas de cristal alineadas en el alféizar de una ventana; fortalecida por todo eso, sería más fácil decirle lo que tenía que decirle.

En cambio, allí estaban, en otro despacho sin ventanas.

Al menos, la estaba abrazando.

—Estoy embarazada —le anunció ella a la barba incipiente de su mejilla, en el mismo instante en que él le decía a su pelo: «Estás embarazada».

La fiera, por su parte, guardó silencio, dormitando incluso en un momento crucial como aquel; a ella le habría gustado oír lo que era capaz de hacer con la palabra «embarazada».

—Así que ya lo sabes —dijo él con satisfacción y se separó de ella para ver su cara—. ¿Estás contenta?

—¿Procesaste tú ese impreso?

Él enarcó las cejas, asombrado por lo mucho que ella sabía.

—Yo creé el impreso —contestó, bajando la voz—. Eso es lo que estuve haciendo las noches que pasé fuera de casa. No fue fácil encontrar toda la información necesaria.

Un valiente burócrata recorriendo pasillos a oscuras, colándose en salas secretas, mientras, a solo un par de barrios de allí, una burócrata desconfiada se sienta muerta de miedo en la cama de un desconocido y deambula aterrada por la casa de ese desconocido, haciendo mezquinas conjeturas.

—Lo siento —dijo, en voz tan baja que le extrañó que él la oyera.

—Hubo algunas dificultades —prosiguió él—. A última hora de ayer me devolvieron el impreso rechazado. Por eso me tuve que quedar anoche, para averiguar cuál era el problema. Le faltaba un dato fundamental. Pero he puesto el documento corregido en la bandeja de salida a primera hora de la mañana, Nuestro blastocito se convertirá en embrión en cualquier momento.

En otras circunstancias, ella le habría dicho algo cariñoso, se le habría ocurrido la forma de celebrarlo, habría convertido sus dedos en fuegos artificiales: sus desapariciones magníficamente explicadas, las preciosas células de su hijo dividiéndose una y otra vez en su interior. Pero el otro

asunto se cernía sobre ellos, amenazando con aplastarlos.

—Trabajo aquí... —empezó a decir ella.

—¿Tú? —preguntó él con incredulidad.

—En Z.

—En Z —repitió él, muy serio—. Allí también os hacen jurar que guardaréis el secreto, ¿verdad?

—En Z —repitió ella, atrapada en esas tres letras, incapaz de avanzar.

Él ahuecó las manos en torno al cuello de ella, como hacía a veces.

¿Cuántos minutos le quedaban a su vida juntos?

Ella dijo su nombre lentamente, como si El Hombre de la Sudadera Gris no estuviera esperando al otro lado de la puerta. Sacó la carpeta del bolso.

La mirada de él se agudizó cuando vio lo que era.

—He robado esto —dijo ella.

—¿Por qué lo has hecho?

No era capaz de decirlo. Abrió la carpeta. Su dedo, el mismo dedo que lo había acariciado a él en muchas partes del cuerpo, el mismo con el que había señalado cientos de miles de cosas, señaló esta vez, sin embargo, una fecha: D10082013.

TREINTA Y CINCO

<:lon2 1 KGN

El Hombre de la Sudadera Gris no estaba al otro lado de la puerta cuando salieron del despacho. Corrieron por el interminable pasillo que conectaba el sótano de A con el de Z. Ella alargó la mano hacia Joseph, pero él no tendió la suya hacia atrás. Lo rodeaba un escudo de soledad. Iba corriendo un paso por delante de ella, a veces como si no se conocieran, otras como si fueran gemelos. Él se negaba a mirarla. Ella quería saber qué era lo que él no quería que viera en su rostro: ¿pánico, egoísmo, soledad? Humilde, nerviosa, patética esperanza humana. Estaba más sedienta que nunca. La fiera guardaba silencio. Que la fiera solo sienta un fango negro y caliente. La carpeta iba dando sacudidas y golpeándole la muñeca. Intentó decir algo, pero los labios le temblaban. El pasillo recto. Ininterrumpido y vacío. La gravedad absorbía la suela de sus zapatos, tiraba de sus pulmones. Detrás de ellos, alguien apuntó a la espalda de Joseph con una pistola invisible.

B
C
D
E
F
G
H
I
J

K
L
M
N
O
P
Q
R
S
T
U
V
W
X
Y
Z

Por la salida de emergencia, hacia arriba por la escalera infinita, él siempre dos pasos por delante, sin mirar nunca atrás.

Y ahora una puerta de salida de emergencia que da acceso desde la escalera a la décima y última planta de Z. No digas una palabra. No hagas tanto ruido al respirar. El zumbido de los fluorescentes. Una monótona sucesión de puertas cerradas para evitar a los intrusos.

Pero ¿qué es esto? Dame la mano, por fin. Una puerta en el punto medio exacto del pasillo, una puerta abierta sujeta con una cuña de madera, Invitándolos de forma inquietante a entrar. Y, aquí, las palabras que andábamos buscando. Caracteres diminutos bajo una cinta vieja.

TREINTA Y SEIS

))' & \\\\/} | e1767z | HR

—Bienvenidos a Errores de Procesamiento —dijo Trishiffany con un guiño—. Llevamos siglos esperándoos. ¡Empezábamos a pensar que nunca vendríais, chicos Jojo!

Estaba sentada detrás de un escritorio metálico, con un traje a medio camino entre el rojo y el rosa. A su lado, La Persona con Mal Aliento, con aire relajado, daba golpecitos con un lápiz en la única carpeta gris que había en la mesa.

El despacho era parecido al de Joseph y al de Josephine: pequeño y sin ventanas.

Pero detrás del escritorio había dos puertas. Y ese despacho, a diferencia del suyo, parecía sumamente apacible. En aquellas paredes, observó Josephine, no había manchas ni huellas de dedos.

—Perfecto —dijo La Persona con Mal Aliento—. Tiene la carpeta.

—Como nos imaginábamos —contestó Trishiffany.

—¡Echa el pestillo! —le ordenó Josephine a Joseph, que estaba detrás de ella.

—No hace falta —dijo La Persona con Mal Aliento cuando Joseph se dio la vuelta para cerrar con pestillo.

—¿Muy paranoica, chica Jojo? —preguntó Trishiffany sonriendo.

—Vuestro asesino nos ha seguido hasta aquí —respondió Josephine.

Trishiffany se rio tontamente.

—¿Nuestro asesino?

—El Hombre de la Sudadera Gris. Lleva siguiéndome desde hace

semanas.

—Yo tengo una sudadera gris —dijo Joseph.

—Todos los hombres son El Hombre de la Sudadera Gris —observó La Persona con Mal Aliento.

Las palabras surgieron de una bocanada de aliento tan pestilente que Josephine se preocupó por el bienestar de la fiera; una espiración como esa por fuerza tenía que ser perjudicial.

—No me encuentro bien —dijo Joseph, con la vista puesta en la carpeta del escritorio.

—Siéntense —les pidió La Persona con Mal Aliento, señalando un par de sillas de plástico.

—¡Se está muriendo! —gritó Josephine.

—No exactamente —respondió Trishiffany.

—¿Qué es eso? —preguntó Joseph, señalando la carpeta del escritorio, pero incapaz de mirarla.

—Es lo que tú crees que es —dijo con ternura Trishiffany.

—¿Qué es? —insistió Josephine, pero la fría y terrible certeza ya estaba impulsándola.

Se apoderó de la carpeta una fracción de segundo antes de que la cuidada mano de Trishiffany pudiera impedirselo. Reculó hacia Joseph, con una mirada furiosa clavada en los burócratas, dispuesta a bufar como un gato si a alguno de los dos se le ocurría acercarse. Pero Trishiffany y La Persona con Mal Aliento se quedaron observando tranquilamente cómo abría la carpeta.

Dentro solo había una hoja. No le resultó nada fácil mirarla pero, al mismo tiempo, no podía dejar de hacerlo.

—Eres el *Homo sapiens* número 89.805.242.381 de la historia —explicó Trishiffany—. Y tu hijo es el 129.285.656.702.

—¿Tienes idea de cuántas horas me he pasado dando vueltas por aquí a escondidas en plena noche para averiguar tu número? —le dijo Joseph entre dientes a Josephine.

—Una de muchas transgresiones —señaló Trishiffany.

—Entrada sin autorización en el despacho de un superior —añadió La Persona con Mal Aliento—. Apertura de un archivador confidencial. Robo de un impreso no autorizado. Entrada sin autorización en el Archivo N. Entrada sin autorización en el Archivo J. Anotación de información confidencial. Utilización de la máquina de escribir de un superior para rellenar un impreso con información fraudulenta, Registro de información fraudulenta en la Base de Datos. Persistencia en falsificar un documento fraudulento y colocarlo en la bandeja de salida aun después de que un superior le solicitase que lo invalidara. Presencia no autorizada en el puesto de trabajo fuera del horario laboral.

—En tres ocasiones —agregó Trishiffany.

—¿Y qué esperan que haga alguien —dijo Joseph— cuando se da cuenta de que puede crear vida?

—¡Zigoto, blastocito, embrión, feto! —exclamó Josephine cuando comprendió el significado de la segunda línea.

—Hoy es el día de nuestro embrión —confirmó Joseph. Puso el dedo en el 10082013 que seguía a G3(E).

10082013.

10082013.

—Precisamente ahí está el error —dijo Trishiffany—. ¿Veis cómo el número se sale de la línea de la fecha de embrión e invade la de la fecha de defunción del padre? El texto mecanografiado tiene que estar completamente dentro del espacio que le corresponde.

Joseph le arrancó la carpeta a Josephine de las manos y examinó el impreso.

—Ha hecho usted un buen trabajo —lo felicitó La Persona con Mal Aliento—. No cabe duda de que ha demostrado un conocimiento de los mecanismos superior al de la mayoría. Pero ni siquiera la falsificación más

lograda ha llegado nunca hasta el final.

—Pero ella está embarazada, ¿no? —protestó Joseph.

—Eres concienzudo, Joey-Jo —admitió Trishiffany, sonriéndole con tristeza—. Tienen que haber sido noches muy largas. Pero las cosas son como son.

—Has escrito la fecha de tu propia muerte —susurró Josephine con incredulidad, quitándole la carpeta.

—Escribí la fecha de conversión de blastocito en embrión —replicó él—. Lo que hice fue subsanar el error por el que me devolvieron el documento ayer. La primera vez no caí en la cuenta de que tenía que incluir esa fecha.

—Oh, no, Joey-Jo. Se te devolvió el documento porque el sistema había detectado ya la falsificación —dijo Trishiffany—. Tendrías que haberlo invalidado, tal y como se te pidió. Sumergirla dulcemente en el éter, por así decirlo.

—Lo que hizo, en cambio, fue poner en marcha el procesamiento de su muerte —continuó La Persona con Mal Aliento.

—Las máquinas de escribir tienen estas cosas —lo confortó Trishiffany—. Aunque ofrecen, sin duda, algunas ventajas en un sistema como el nuestro.

—¿Las máquinas de escribir tienen estas cosas y ahora él va a morir? —estalló Josephine.

—Bueno, en este preciso momento, parece que los dos hechos son ciertos —dijo La Persona con Mal Aliento—. Su blastocito se convertirá en embrión el 10082013 y Joseph David Dones morirá el 10082013.

Josephine cogió la mano derecha de Joseph, apretándole con fuerza los huesos de los dedos.

—Pero no por mucho tiempo —comentó Trishiffany como de pasada—. Vamos a corregirlo ahora mismo. A ponerlo todo en orden.

—Un poco de papeleo añadido —dijo La Persona con Mal Aliento.

—Un fastidio, desde luego —prosiguió Trishiffany—. Y un poco de pena. Pero todo irá bien, todo irá bien, todo irá bien. ¿Qué tal si me pasas esas carpetas, chica Dojo?

Josephine dijo que no con la cabeza. Los fluorescentes resaltaban todas las imperfecciones en la piel de los burócratas. Los notaba brillando sobre la

constelación de granos que tenía en la frente. El mundo entero olla como La Persona con Mal Aliento.

—Ahora ya es solo papeleo —dijo Trishiffany—. Se trata de enviar un impreso a Errores de Procesamiento e invalidar el otro.

La garganta de Josephine emitió un rugido nudoso. Trishiffany no reconoció el sonido, la disconformidad primigenia; dio unas palmadas enérgicas.

—¡Venga, chica Jojo!

—¿Por qué nos hacéis esto? —dijo Josephine intentando gritar, pero las palabras salieron con dificultad y su voz sonó débil.

Trishiffany soltó una risa breve y aguda.

—¡No hay nada malévolo en todo esto, cariño! Solo hacemos lo que tenemos que hacer.

Josephine sujetó con fuerza las carpetas. Joseph apoyó su cabeza en la de ella y juntos miraron las casillas en blanco del impreso de su hijo. Y después el impreso de Joseph, el caos que seguía a las cuatro primeras líneas, las casillas con letras y números y símbolos, el denso bosque de su papeleo.

—Acabemos con esto, chicos —les pidió Trishiffany, en un tono triste que contrastaba con la frivolidad de sus palabras.

La tristeza de su voz hizo que Josephine dejara de sujetar con tanta fuerza las carpetas. Dio un paso adelante y las dejó en el escritorio.

—Buena chica —dijo Trishiffany con cansando.

—Debería sentarse, señora Newbury —sugirió La Persona con Mal Aliento al tiempo que Trishiffany se sacaba del sujetador un bote de títex y se lo daba a su colega.

La Persona con Mal Aliento destapó el títex, abrió las dos carpetas y tachó la fecha de defunción en el formulario de Joseph.

—Gracias —dijo este.

La Persona con Mal Aliento alzó la vista, sorprendida.

—Oh, no me dé las gradas —respondió, con una risa glacial—. Tampoco hay nada benévolo. No les estoy haciendo ningún favor, solo hago trámites. Para poner las cosas en orden.

A continuación, La Persona con Mal Aliento dejó el minúsculo pincel suspendido encima del impreso del niño. Trishiffany cogió aire, lo soltó y se

quitó el pintalabios de los dientes con la lengua. El olor del tóxex se mezcló con el olor del aliento. Joseph miró a Josephine, con el rostro encendido por la esperanza, y se abalanzó sobre el escritorio para sujetar el brazo de La Persona con Mal Aliento.

Pero la muñeca lo esquivó, la mano bajó y el tóxex cubrió la segunda línea.

La fiera llevaba en silencio mucho tiempo.

—Por favor, siéntate, chica Jojo.

Josephine se derrumbó en la silla, con la mirada enrojecida puesta en los enrojecidos ojos de Trishiffany, Dejando a un lado aquellos ojos echados a perder y aquella piel áspera que trataba de ocultar, Trishiffany era una mujer bastante atractiva. Con un manto púrpura con capucha, habría podido pasar por una imagen misericordiosa en el jardín de una iglesia.

Rodeó el escritorio y, en un gesto poco natural, pasó un dedo por la mejilla de Josephine, Su mano olía a coco y a joyas de oro baratas.

—Dios mío —dijo maravillada, más para si misma que para los demás—, juraría que tu piel ya está mejorando. Y mira esos ojos.

En lo más profundo de sí misma, un puño se cerró y se abrió, se cerró y se abrió, se cerró y se abrió, como un latido extraño que interfería con su respiración. Cada vez que se cerraba, Josephine soltaba un débil gemido; y, con cada gemido, Trishiffany se tensaba.

Algo roto.

Alboroto.

Aborto.

Pero solo estaba fingiendo. No era más que su propia voz en su cabeza.

Cuando abrió los ojos, su regazo estaba lleno de sangre.

El sonido creció en su interior, desde el punto por el que estaba perdiendo sangre, y se coló por todos los orificios, se abrió paso hasta la boca, pasó de largo la lengua, se coló entre los dientes.

—Cálmate, chica Jojo —murmuró Trishiffany—. Tienes que dejar de chillar así.

Lo intentó y al final lo consiguió.

En cuanto Josephine se calmó, Trishiffany la cogió de un hombro y le indicó a Joseph con un gesto que hiciera lo mismo por el otro lado.

Juntos avanzaron con dificultad hacia una de las puertas que había detrás del escritorio. La Persona con Mal Aliento se puso en pie cuando pasaron por su lado y frunció el ceño al ver el reguero rojo en el immaculado suelo gris.

—Nosotros nos encargaremos del papeleo —dijo Trishiffany, en tono apagado y cansado, pese a que tenía el pelo más voluminoso y brillante que nunca. Abrió la puerta, que daba a un cuarto de baño—. Deberías tener todo lo necesario ahí dentro.

—Están los dos despedidos, por supuesto —señaló La Persona con Mal Aliento, llevándose dos dedos a los labios resecaos y sonriendo a Josephine; un gesto tierno, a medio camino entre el gesto para pedir silencio y el que se hace justo antes de lanzar un beso.

—Entrad —ordenó Trishiffany, imponente con sus zapatos de tacón de aguja, mientras hacía pasar a Joseph y a Josephine por la puerta—. Adelante, chicos Jojo.

TREINTA Y SIETE

|62 |cv |63 |ve1767zuno r8a

Estaba sentada en el váter con la cabeza agachada, mirando fijamente lo que no debería estar mirando.

Joseph le quitó la ropa interior de los tobillos y la tiró en el cubo de basura.

Alguien llamó a la puerta.

Cuando él alargó el brazo para intentar tirar de la cadena, ella gruñó.

—Vale, vale, vale —dijo él, levantando las manos por encima de la cabeza como si le estuvieran apuntando con una pistola.

Cuánta compañía le había hecho la fiera.

Alguien llamó a la puerta.

Tenía que ser ella. Tenía que ser ella quien tirase de la cadena.

—Dime algo —pidió.

—Las canciones que nos gustan siguen fórmulas matemáticas —dijo él con temor—. No te avisé de que estuvimos pisando gusanos.

Los minutos difíciles.

Alguien llamó a la puerta.

Pero, cuando la abrió de golpe, no había nadie fuera.

TREINTA Y OCHO

T97GI8HIU W HEZISDNVKD

En el Despacho de Errores de Procesamiento no había nadie. Y tampoco había carpetas en el escritorio.

Fueron hacía la puerta, abierta y sujeta por una cuña de madera. Ella notó algo húmedo en la parte interior de la capa. En algún sitio, dentro de un cubo de basura, había un test positivo de embarazo todavía humedecido de orina. Al cruzar la puerta con paso vacilante, tropezó con la cuña. Se salió del sitio y la puerta se cerró tras ellos.

Sin embargo, no volvieron a salir al pasillo iluminado por los fluorescentes, como tendrían que haber hecho. Se quedaron en aquella sala desconocida y mal iluminada.

Una bombilla con rejilla metálica, que sobresalía de la pared justo por encima de su cabeza, iluminaba apenas un metro cuadrado de desconchones en el enlucido gris. No alcanzaba a verse el techo y las paredes se perdían en la oscuridad mirasen en la dirección que mirasen.

Joseph se dio la vuelta para abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Tiró del pomo sin dejar de maldecir.

—Es inútil —aseguró ella con mucha serenidad. Notaba el cerebro reblandecido, la vista nublada y las tripas líquidas. Estaba destrozada, como en un sueño.

Se cogieron el uno al otro bajo la pequeña esfera de luz.

Uno de ellos lloró y el otro no.

Al final se soltaron y se volvieron para enfrentarse a la oscuridad.

—Espera —dijo él, señalando hacia delante—. ¿Eso es una señal de

salida?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Ves esa luz roja? —preguntó él.

Una mancha roja a lo lejos. No se fiaba de sus ojos.

—Necesito gafas —contestó ella.

No obstante, notaba algo: una corriente de aire frío casi imperceptible que le acariciaba el acalorado rostro y agitaba el borde de la capa. Escuchó el profundo silencio en su interior.

Él le cogió la mano y se adentraron unos pocos pasos en el despacho. La bombilla se apagó a sus espaldas. Un fogonazo de oscuridad. Calor entre sus manos. Se encendió la siguiente bombilla. Estaba enganchada en una estantería de metal cargada de cajas llenas de carpetas.

Sus ojos de burócrata advirtieron enseguida que en las etiquetas de aquellas carpetas, a diferencia de todas las que había visto hasta ese momento, no había escrito un apellido seguido de un nombre de pila. En aquellas había parejas de palabras que no reconoció: ALLOLOBOPHORA CHLOROTICA, AMYNTHAS DIFFRINGENS, APORRECTODEA TUBERCULATA.

Se separó de él, se acercó a una de las cajas y levantó la mano para pasar los dedos por el borde de aquellas carpetas que conocía tan bien.

—No —dijo él, tirando de ella.

Oyeron un ruido agudo detrás de ellos, mucho más lejano que la puerta por la que habían entrado; unos pasos rápidos, tacones de aguja sobre cemento, garras sobre metal, y después un fuerte clic mecánico.

Todas las bombillas con rejilla se encendieron de golpe y la intensidad de la luz la dejó aturdida. Tuvo que cerrar los ojos. Una célula se retorció y se dividió. Un puñado de pájaros o de murciélagos pasó volando en la oscuridad, detrás de sus párpados. Algo desapareció entre la maleza. Un bosque de papeles. El olor de billones de hojas de papel, el olor de gusanos digiriendo papel, excretando papel.

Se armó de valor y abrió los ojos. Aquel lugar era más grande de lo que había imaginado. Infinitos estantes de metal bajo la luz, su inagotable geometría expandiéndose en todas direcciones, perdiéndose en aquel resplandor. Carpetas sin fin. Vidas y muertes crujiendo, moviéndose y revoloteando junto a la suya. El intolerable calor de su sangre. La mano de él.

En cualquier momento seguirían andando bajo aquel resplandor hacia la señal de salida, más allá de la carpeta del gusano. La carpeta del perro. La carpeta de la rata.

La carpeta del cisne. La carpeta de la tortuga. La carpeta de la cucaracha. La carpeta de nuestro hijo, nuestro hijo. Y también la tuya.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Faye Bender, mi agente y amiga, por tu clarividencia.

Gracias, Sarah Bowlin, por tu talento editorial, que ha hecho posible que este libro llegue a ser lo que es, y gracias a todo el equipo de Henry Holt, en especial a Leslie Brandon, Lucy Kim, Ebony La Delle, Jason Liebman, Courtney Reed y Maggie Richards.

Gracias a la Fundación Rona Jaffe, que apoyó este proyecto cuando daba sus primeros pasos, y a la Fundación Ucross.

Gracias a todos los que han ido aportando cosas a mi trabajo, en especial a Lou Asekoff, Michael Cunningham, Lisa Graziano, Joshua Henkin, Krista Marino, Jenny Offill, Eilen Tremper y Mac Wellman.

Gracias al Brooklyn College MFA Program y a los talentosos miembros de mi grupo de escritores.

Gracias a mis colegas en el Departamento de inglés del Brooklyn College y gracias a mis estudiantes, por sus preguntas imposibles de responder.

Gracias, David Finston, por todas las dudas que me has resuelto sobre cuestiones matemáticas.

Gracias por su amistad y sus consejos, no solo literarios, a Helene Bertino, Avni Bhatia, Sarah Brown, Adam y Aysu Farbiarz, David Gorin, Camille Guthrie, Lucas Hanft, Elizabeth Logan Harris, Amelia Kahaney, Jonas Oransky, Laura Perciasepe, Genevieve Randa, Kendyl Salcito, Maisie Tivnan, Andy Vernon-Jones y Tess Wheelwright.

Gracias a mi familia: mis padres, Paul Phillips y Susan Zimmermann; mis suegros, Gail y Doug Thompson; mis cuñados, Peter Light, Raven Phillips y Nate Thompson; mi hermano, Mark Phillips; mi hermana Katherine Phillips (se nota tu presencia); y mi hermana Alice Light, mi mejor amiga y mi mejor

lectora.

Gracias, Neal, mi maravilloso bebé de acción de gracias; tu compañía, tanto en el útero como fuera de él, ha sido un talismán durante la revisión del libro.

Gracias, Ruth, mi alegría, por decirle con orgullo a las niñeras: «¡Mamá trabajando en libro!», esas mañanas en las que yo misma apenas me lo creía.

Y a ti, Adam... no hay palabras. Solo este libro.

NOTAS

[1] Voz alemana que significa «reglón interior alejada de los grandes centros urbanos». (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] El orden de la fecha es el utilizado en los Estados Unidos: mes-día-año. En este caso, 7 de septiembre de 2013. <<

[3] Indicio de tierra. <<

[4] «Es el regalo de ser sencillos, es el regalo de ser libres, es el regalo de bajar adonde tenemos que estar». De la canción *Simple gifts*, compuesta en 1848 por Joseph Brackett (1797-1882) para la organización religiosa Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Aparición de Cristo, conocidos como Shakers o Shaking Quakers. <<

[5] En el folclore irlandés, hada que con sus gritos anuncia la muerte de alguien cercano. <<

[6] Department of Motor Vehicles. Organismo gubernamental encargado de expedir los permisos de conducir en los Estados Unidos, aunque no tiene el mismo nombre en todos los estados. <<

[7] Internal Revenue Service. Agencia federal del Gobierno de los Estados Unidos encargada de la recaudación fiscal. <<

[8] Se refiere al cuento *El enano saltarín*, de los hermanos Grimm. <<

[9] *Haven* significa «refugio». <<

[10] Encanto. <<